UNA CREACION
DE
ESPASA - CALPE, S. A.

La **COLECCION AUSTRAL** publica:

Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente, los libros que usted deseaba leer, los libros que aún no había usted leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros que son actuales ayer, hoy y siempre. La COLECCION AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La COLECCION AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector.

VICTOR COUSIN

Víctor Cousin, el gran político, orador y filósofo francés, nació en París en 1792 y murió en Cannes en 1867. Formado en la disciplina y el rigor del estudio, después de haberse dedicado a la enseñanza de las lenguas antiguas, abandona esa ocupación para entregarse con gran fervor y brillo al cultivo de la filosofía, ocupando desde 1815 la cátedra de Historia de la Filosofía en la Facultad de Letras de París, donde se hicieron famosos sus cursos. Apartado de su cátedra por los vaivenes de la política, Cousin viajó por Alemania, tradujo a Platón y, por fin, recuperó su cargo en 1828, inaugurando su curso con las trece célebres conferencias que forman su Introducción a la Historia de la Filosofía y que constituyeron un triunfo resonante que marca el camino ascendente del filósofo, que es nombrado en 1852 profesor honorario de la Facultad de París. Aparece hoy en la COLECCION AUSTRAL la traducción de la primera parte de aquellas lecciones que le dieron fama, con el título de **NECESIDAD DE LA FILOSOFIA**, y en cuyas páginas resalta la elegancia, la sencillez y la erudición del creador y fervoroso sostenedor de la llamada escuela ecléctica. Acertado opositor de los sistemas de los demás filósofos, se destacan en el presente volumen sus semblanzas de Sócrates y Descartes, siendo de admirarse la soltura con que analiza temas tan diversos como la industria, las bellas artes, las religiones orientales, la guerra, asentando por fin su teoría sobre la metodología, con la que, según ha dicho Menéndez y Pelayo, «prestó a la erudición filosófica servicios más eminentes que ningún otro hombre de nuestro siglo».

•

ESPASA - CALPE, S. A.
Ríos Rosas 26 - Madrid

Digitized by

VICTOR COUSIN

NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA

(Introducción a la Historia de la Filosofía)

ESPASA-CALPE, S. A.

Digitized by Google

Primera edición popular para la
COLECCIÓN AUSTRAL

Prólogo y traducción de Manuel Granell

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley Nº 11.723

Todas las características gráficas de esta colección han sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas de la Nación

Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1947.

b 15535022

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 14 de abril de 1947

Cía. Gral. Fabril Financiera S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

Digitized by Google

ÍNDICE

PÁG.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR..... 9

Lección primera
Necesidad de la filosofía..... 13

Lección segunda
Verificación histórica de la necesidad de la filosofía..... 31

Lección tercera
Defensa de la historia de la filosofía..... 53

Lección cuarta
Del método y de su aplicación..... 73

Lección quinta
Dios, la creación, el mundo y el hombre..... 97

Lección sexta
Conciencia e historia..... 121

Apéndice
Fragmentos de la lección séptima..... 147

Digitized by Google

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Cuando en la Francia de 1828, dos años antes de Luis Felipe, sube al poder el ministerio Martignac, Víctor Cousin (1792-1867) recobra su cátedra y pronuncia las trece famosas lecciones que constituyen su «*Introduction à l'Histoire de la Philosophie*», cuya primera parte traducimos. Un público ferviente, numerosísimo, desbordante de admiración, acude a escuchar su exposición elocuente. Cada lección era taquigrafiada y recorría inmediatamente toda Francia, pasaba las fronteras, mientras los periódicos daban detenida cuenta del acontecimiento filosófico.

Ciertamente, el entusiasmo provenía en gran parte de razones extrañas a una estricta preocupación científica; pero el talento oratorio y las persuasivas dotes del pensador consolidaron con justicia la celebridad de este curso, de igual modo que en 1815, cuando suplía la cátedra de Royer-Collard, se ganó con inusitado brillo y rapidez el favor de un público escogido que días antes le desconocía. Por otra parte, las ideas expuestas, y en las cuales se acusa una notable influencia de Schelling y de Hegel, se prestaban a una expresión filosófica cuajada de magníficas palpitaciones poéticas que el cordial estilo de Cousin se encargaba de lograr con elegante mesura.

En efecto, según nos atestigua Hipólito Taine (1), «el talento de Cousin era un talento oratorio. Tiene el don y el gusto de la elocuencia. Hallaréis en él todas las cualidades que pueden nutrirla u ornarla. Ante todo, dispone perfectamente las diversas partes de un tema:

(1) «Les Philosophes classiques du XIX siècle en France», cap. IV.

Digitized by Google

en esto son un modelo sus lecciones de 1828. Ningún profesor sabía ordenar mejor las cuestiones, anunciándolas, dando cuenta a los auditores de todos los momentos de su método, llevándoles como de la mano, sosteniéndoles en los pasajes difíciles, subrayando las etapas del viaje, para detenerse al final de cada cuestión y hacerles abarcar con una sola mirada todo el camino recorrido. Se siente que siempre domina su tema, que se mueve en el campo de las ideas como en su propio dominio, que conoce todos sus caminos y está presto a abrir otros si uno de ellos se cierra, que tiene derecho a cura de almas y a ofrecerse por guía de ignorantes y extranjeros que quieran visitar la solitaria y peligrosa comarca en que se ha establecido. En efecto, el orador es un guía; su obra no trata de inventar, sino de conducir. No crea las ideas, las divulga. Las de Cousin han nacido en Escocia, en Alemania, en el siglo XVII; pero ha sabido explicarlas, embellecerlas, propagarlas, y así, adquiriéndolas un imperio, ha cumplido su oficio de orador.

»No ha hecho otra cosa. Y hallaréis, por ejemplo, en sus lecciones, el más asombroso contraste entre la exposición y la invención. Nada más trabajado que sus planes; nada más improvisado que sus ideas. Construye edificios admirables, atrevidos, elegantes, de nueva y simétrica arquitectura; pero son castillos en el aire.»

Y agrega H. Taine más adelante (1), en otro lugar de la misma obra. «Era el más admirable trágico de su tiempo. Preparaba su lección ocho días antes, en sus ideas, plan, estilo, metáforas y hasta en sus latiguillos; las escribía una y otra vez, aprendiéndolas de memoria, repitiéndolas a los amigos, a los indiferentes, a todo el mundo. Las poseía en los más pequeños detalles, como domina un pianista su programa de concierto. Cuando llegaba el momento, los aplausos, la popularidad, los anuncios de los periódicos, la afluencia de público, el interés de partido, el sentimiento de la glo-

(1) Capítulo IX.

Digitized by Google

ria, le transportaban hasta la genialidad. Sus ojos negros centelleaban. Su rostro, sus brazos, su cuerpo, todo él hablaba. Su discurso estudiado cobraba el acento de una improvisación sublime; la filosofía le iluminaba. Con sus gestos multiplicados, sus cambios de fisonomía, las inflexiones de su voz, parecía querer salir de sí mismo. Lanzados por ese rostro claro y esa boca expresiva, sus pensamientos tomaban cuerpo, se hacían visibles, penetraban en el auditorio, le dominaban, le poseían, entregándole a efectos teatrales y de estilo, a la pasión, a las sorpresas del método. Arrebatado por el torbellino metafísico, sitiado por visiones intensas, se estremecía y creía. Un viejo magistrado de provincia, escéptico, positivo, y que daría el infinito, lo finito y su relación por un cuarto de gallina, me repetía que todo el auditorio quedaba subyugado bajo el encanto: «Cuando ese diablo de hombre nos decía: «Ved», fuere lo que fuere, se creía «ver». Al día siguiente, tras la reflexión, ya era otra cosa; sólo se conservaba intacta la admiración; y se volvía a otro curso.»

* * *

Las lecciones traducidas constituyen la visión general de ese famoso curso acerca de la filosofía y de la filosofía de la historia. Forman, pues, un todo con perfecta independencia. Las lecciones eliminadas de esta versión por razones de espacio particularizan en su teoría de la historia, estudiando temas como el clima, la guerra, los grandes hombres, etc., más una crítica de los grandes historiadores de la humanidad.

«Cousin — comenta Alaux (1) — reduce toda la filosofía a cuatro puntos principales: el método, la aplicación del método a la psicología, el paso de la psicología a la ontología y a la alta metafísica, y la visión general sobre la propia historia de la filosofía.» Pues bien: los tres puntos primeros aparecen expuestos con amplia precisión en las lecciones recogidas. Del cuarto

(1) J. E. Alaux: «La Philosophie de M. Cousin», cap. I.

Digitized by Google

sólo aparece el cuadro genérico de su filosofía de la historia, y unas ligeras indicaciones programáticas sobre la historia de la filosofía que no han sido recogidas por el propio Cousin en sus trabajos históricos sobre filosofía. Puede decirse, pues, que las citadas lecciones condensan las partes fundamentales de su posición filosófica. Y es tal la sencilla y clara elegancia de su exposición verbal, que el lector agradecerá el placer de conocer su filosofía tomando contacto directo con ella.

Unas advertencias finales. He dado a cada lección un título que resuma su particular temática, y los cuales no aparecen en la edición francesa de 1841 en la casa Didier, que revisa y corrige la anterior, pudiéndose considerar la citada como definitiva (1). Y puesto que razones de espacio aconsejaban no dar el texto completo, he preferido poner como título del conjunto el que mejor resume el primer tema tratado: *La necesidad de la Filosofía*. Además, la visión filosófica de la historia que expone a continuación explica y corrobora más profundamente esta necesidad. De todos modos, aparecerá como subtitulo el auténtico que dió nombre a este célebre curso.

MANUEL GRANELL.

(1) Fué en 1840 cuando Cousin comenzó a corregir las nuevas ediciones de sus obras para eliminar todo vestigio de panteísmo.

Digitized by Google

Lección Primera

NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA

Sumario: *Que la filosofía es una necesidad real y un producto necesario del espíritu humano. — Enumeración de las necesidades fundamentales del espíritu humano, de las ideas generales que gobiernan su actividad: 1º, idea de lo* útil, *ciencias matemáticas y físicas, industria, economía política; 2º, idea de lo* justo, *sociedad civil, Estado, jurisprudencia; 3º, idea de lo* belio, *el arte; 4º, idea de* Dios, *religión, culto; 5º, de la* reflexión, *realidad y necesidad de la necesidad y del hecho que fundamenta la filosofía. — La filosofía, último desarrollo y última forma del pensamiento. — La filosofía, fuente de toda aclaración. — Supremacía de la filosofía. — Su tolerancia; no destruye nada, todo lo acepta, explica y domina. — Su relación con la civilización del siglo XIX. — Indicación del tema de la próxima lección.*

Señores:

No puedo menos de sentir una profunda emoción al volver a encontrarme en esta cátedra, a la cual se me llamó en 1815 por elección de mi ilustre maestro y amigo el señor Royer-Collard. Los primeros actos de un poder que ya no existe me alejaron de ella; hoy me siento orgulloso y feliz por ocuparla nuevamente con el retorno de las esperanzas constitucionales de Francia *(Aplausos)*; y, con leal agradecimiento, experimento la necesidad de dar las gracias públicamente a mi país, al rey y a la nueva administración. *(Aplausos)*.

Separado del público desde hace ocho años, he perdido la costumbre de dirigir la palabra a semejantes asambleas. En mi retiro, acostumbrado a formas de pensar que podrán servirnos muy bien para hacernos oír de nosotros mismos, pero no de los demás, temo no

Digitized by Google

hallar la palabra precisa que convenga a tan numeroso auditorio, y que, en cambio, traiga a esta cátedra el monólogo de un solitario. Hace algunas semanas ignoraba aún que debiera presentarme ante vosotros; ninguna preparación me acompaña ni me sostiene. Por tanto, la prudencia me aconsejaba diferir el comienzo de estas lecciones y trabajar para hacerlas menos indignas de vosotros en el próximo año. Pero esto, señores, serían meras consideraciones personales, y he creído que debía rechazarlas para no preocuparme de otra cosa que de cumplir con mi deber; e inmediatamente que se me da devuelto este derecho, he considerado su uso como un deber, reanudando la interrumpida cadena tradicional de la Escuela Normal, reapareciendo en la escena de mis primeros trabajos, reuniendo aquí a quienes todavía se acuerdan de mí, para servir, a expensas de mi vanidad y de mi persona, la causa de la filosofía. En lugar de consultar mis fuerzas, me he confiado a mis conocidas intenciones y a una antigua indulgencia. Se presenta, señores, el mismo profesor, la misma enseñanza, los mismos principios, el mismo celo. ¡Ojalá encuentre en vosotros la misma confianza! Mirando en torno mío me testimoniaría que en medio de las agitaciones de nuestra época, en los diversos azares de los acontecimientos políticos, en los cuales haya podido estar mezclado, mis sufragios jamás han sobrepasado este recinto. Entregado por entero a la filosofía, después de haber tenido el honor de sufrir un poco por ella, vuelvo a consagrarla, sin reservas, cuanto me quede de vigor y de vida. *(Nuevos aplausos.)*.

Señores, para el año próximo me propongo introduciros en Grecia, haceros conocer esa filosofía admirable que lleva el nombre de Platón, y que recuerda al mismo tiempo cuanto hay de más profundo en el pensamiento y de más gracioso en la imaginación. ¿Pero pensáis, señores, que un sistema, cualquiera que sea, puede ser comprendido aisladamente? ¿Podrá predecir el espíritu más penetrante y más firme con precisión infalible todas las consecuencias, desconocidas para su propio

Digitized by Google

autor, que un sistema contiene en su seno? Y, sin embargo, ¿qué son los principios sin la cadena de sus consecuencias? Un sistema sólo puede ser totalmente comprendido en tanto que se conocen todas las consecuencias reales que la historia se ha encargado de sacar de sus principios. Por otra parte, no se conoce un sistema si no se sabe de dónde viene, cuáles son sus antecedentes, qué sistemas presupone. Platón, por ejemplo, apenas puede ser comprendido sin sus sucesores los neoplatónicos; pero tampoco puede serlo sin sus antecesores, sin sus padres, por decirlo así, Heráclito y Pitágoras. Por tanto, señores, de querer haceros comprender con cierta profundidad la filosofía platónica, será preciso que la ponga en relación con la época general de la historia de la filosofía a la cual pertenece.

Pero lo que es cierto sobre un sistema también lo será respecto a las diferentes épocas de la historia de la filosofía. En efecto, una época no es otra cosa que el dominio de un único y gran sistema con sus antecedentes y consecuencias, que es preciso conocer igualmente; de suerte, que aunque se redujera toda la historia de la filosofía a un número muy pequeño de épocas, para comprender una sola de esas épocas habría que conocerlas casi todas con las relaciones que las ligan.

Por eso, considero indispensable presentaros ante todo — durante el corto espacio que nos queda hasta las vacaciones próximas —, y como introducción a la exposición completa de la filosofía platónica y de la época filosófica a la cual pertenece, un panorama de todas las épocas de la historia de la filosofía. Sin duda alguna, desfloraré los temas, pero los tocaré todos. Ante todo debe trazarse el cuadro para acabarlo más tarde, profundizando sucesivamente en las diversas épocas particulares de la historia de la filosofía, como haremos, por ejemplo, el próximo año, con la gran época que llena casi por completo la filosofía platónica. Por lo demás, en este plan tendré la ventaja de desenvolverme a mi gusto. Así todos los problemas que puede

Digitized by Google

proponerse el pensamiento humano y que han sido sucesivamente planteados por los diferentes siglos y las diferentes escuelas, podrán ser presentados en esta cátedra. Desde las alturas de la ciencia y de la historia, el público que no me conoce y quiere saber ante todo a dónde pienso conducirle verá plenamente al descubierto mi fin, mis designios, y, por decirlo así, esa estrella filosófica que nos servirá de guía en el largo camino que debemos recorrer juntos, en el estudio y examen de las diferentes escuelas que han dividido al espíritu humano, de los diferentes problemas que le han agitado. Así, señores, para el año próximo, Platón y Grecia; para éste toda la humanidad y la historia general de la filosofía.

Pero observaréis, señores, que razono sobre una hipótesis que quizá muchas personas estén inclinadas a no admitir, a saber: que la historia de los problemas y de las escuelas filosóficas no es un registro de imaginaciones arbitrarias; que la filosofía no es el producto de una vana ensoñación, sino el necesario despliegue de una necesidad real del pensamiento. Es sobre este punto sobre el que debemos entendernos ante todo. ¿No es la filosofía otra cosa que una tradición de quimeras nacidas del ensueño de algunos hombres geniales, extendidas por el mundo, propagadas y mantenidas mediante la autoridad de su ejemplo, o es, por el contrario, una hija legítima de la humanidad? ¿Pertenece únicamente a Platón y a Aristóteles, o al propio espíritu humano? ¿Es un capricho y un lujo del pensamiento, o se funda en la naturaleza común del hombre, teniendo por tanto un lugar en la jerarquía de los conocimientos y siendo su historia algo serio y fundado? El examen de esta cuestión preliminar constituye el tema especial de esta lección. Es preciso, ante todo, que sepamos si hemos venido aquí, vosotros por una vana curiosidad, yo por simple hábito; o si, en efecto, aunamos nuestros esfuerzos, no para perseguir más o

Digitized by Google

menos ingeniosamente vanas quimeras, sino para satisfacer una necesidad más elevada, pero tan real como las demás, e inherente a la propia constitución de la humanidad.

Inmediatamente que el hombre tiene conciencia de sí mismo se encuentra en un mundo extraño, enemigo, cuyas leyes y fenómenos parecen en contradicción con su propia existencia. Para defenderse, el hombre posee la inteligencia y la libertad. No se sostiene, no vive, no respira dos minutos seguidos, sino a condición de prever; es decir, a condición de haber conocido esas leyes y esos fenómenos que romperían su frágil existencia si no aprendiera poco a poco a observarles, a medir su alcance y a calcular su retorno. Con su inteligencia sucesivamente desarrollada y dirigida, toma conocimiento de este mundo; con su libertad, lo modifica, lo cambia, lo rehace para su uso. Detiene los desiertos, cruza los ríos, allana las montañas; en una palabra, en el suceder de los siglos realiza toda una serie de prodigios, que hoy nos conmueven muy poco en virtud del sentimiento y de la reiterada costumbre de nuestro poder y de sus efectos. El primero que a la menor distancia de su cuerpo midió el espacio que le rodeaba, contó los objetos que se le presentaban, observó sus propiedades y su acción, ése ha creado y dado al mundo las ciencias matemáticas y físicas. Quien modificó en el menor grado posible el obstáculo que se le presentaba ha creado la industria. Multiplicad los siglos, fecundad ese débil germen mediante los trabajos acumulados por las generaciones, y tendréis cuanto hoy existe. Las ciencias matemáticas y físicas son una conquista de la inteligencia humana sobre los secretos de la naturaleza; la industria es una conquista de la libertad sobre las fuerzas de esa misma naturaleza. El mundo, tal como el hombre lo halló, le era extraño; el mundo, tal como lo han hecho las ciencias matemáticas y físicas, y a continuación la industria, es un mundo semejante al hombre, hecho por él a su imagen y semejanza. En efecto, mirad en torno vues-

Digitized by Google

tro y apenas observaréis otra cosa que vosotros mismos; por todas partes hallaréis la forma más o menos degradada y debilitada de la inteligencia y de la libertad humana. La naturaleza no había hecho más que cosas, es decir, seres sin valor; el hombre ha metamorfoseado las cosas y, dándolas su forma, al menos ha puesto en ellas la huella de su personalidad, las ha elevado a simulacros de libertad y de inteligencia, y con ello les ha comunicado una parte del valor que en él reside. El mundo primitivo no es otra cosa que una base, una materia al trabajo del hombre: todo el valor primero que el análisis pueda dejarle reside en la posibilidad de que el hombre lo use. Éste es su más noble destino, así como el destino del hombre (se sobreentiende que en sus relaciones con el mundo) consiste en asimilar lo más pronto posible esta naturaleza, transformarla, depositando en ella la inteligencia y la libertad de que está dotado y haciéndola brillar cada vez más. La industria, me complazco en repetirlo, es el triunfo del hombre sobre la naturaleza, que tiende a invadirle y destruirle, pero que retrocede ante él y se transforma entre sus manos; no se trata de nada menos que de la creación de un nuevo mundo por el hombre, y no tiene otros límites que los del poder del pensamiento; su fin es la íntegra absorción de la naturaleza en la humanidad. La economía política explica el secreto, o más bien el detalle de todo esto; continúa los progresos de la industria, los cuales están vinculados a los progresos de las ciencias matemáticas y físicas.

¡Espero, señores, que no se me acusará de injusto con las ciencias matemáticas y físicas, con la industria y con la economía política! Pregunto únicamente si no existen otras ciencias aparte de las matemáticas y de la física. ¿No existe otro poder que el de la industria? ¿Agota la economía política nuestra capacidad intelectual? Las matemáticas y la física, la industria y la economía tienen un solo y mismo objeto: lo útil. La cuestión se transforma en ésta: ¿es lo útil la única

Digitized by Google

necesidad de nuestra naturaleza, la única idea a la cual se refieren todas las ideas de la inteligencia, el único aspecto bajo el cual considera el hombre todas las cosas, el único carácter que en ellas reconoce? No; es un hecho que entre todas las acciones que engendran las diversas relaciones de los hombres existen algunas que, aparte de su carácter de ser útiles o perjudiciales, nos presentan otro: el de ser justas o injustas. Nuevo carácter, tan real como el primero, y que va a producir nuevos resultados, tan ciertos como los primeros y más admirables todavía.

La idea de lo justo es una de las glorias de la naturaleza humana. El hombre la percibe en principio, pero sólo la percibe como un rayo en la noche profunda de las pasiones primitivas; la ve violada sin cesar, borrada en todo momento por el necesario desorden de las pasiones y de los intereses encontrados. Lo que se ha complacido en llamar sociedad natural no es más que un estado de guerra donde reina el derecho del más fuerte y la idea de justicia apenas aparece sino para ser pisoteada por la pasión. Pero, en fin, también conmueve esta idea al espíritu del hombre; y de tal modo responde a su más íntimo modo de ser, que poco a poco llega a ser su realización una imperiosa necesidad; y así como antes había formado una naturaleza nueva basada en la idea de lo útil, ahora, en lugar de la sociedad primitiva, donde todo estaba confundido, crea una sociedad nueva sobre la base de una sola idea, la de la justicia. La justicia constituída es el Estado. La misión del Estado es hacer respetar la justicia por la fuerza, conforme a esta idea inherente a la idea misma de justicia: que la injusticia no solamente debe ser reprimida sino penada. De ahí una sociedad nueva, la sociedad civil y política, la cual no es otra cosa que la justicia en acción por medio del orden legal que representa el Estado. El Estado no tiene en cuenta ninguna de las infinitas variedades de elementos humanos depositados en la confusión y el caos de la sociedad natural; no abarca al hombre íntegro; no lo considera

Digitized by Google

más que en su relación con la idea de lo justo y de lo injusto; es decir, como capaz de cometer o de sufrir una injusticia; es decir, como pudiendo obstaculizar o ser obstaculizado por los demás sea por el fraude, sea por la violencia, en el ejercicio de la actividad voluntaria o libre, en tanto que esta actividad es por sí misma inofensiva. De ahí todos los deberes y derechos legales. El solo derecho legal es el de ser respetado en el ejercicio pacífico de la libertad; el solo deber (se sobreentiende, en el orden civil), es el de respetar la libertad de los demás. La justicia no es más que esto; la justicia es el mantenimiento de la recíproca libertad. Por tanto el Estado no limita la libertad, según se dice; la desarrolla y la asegura. Además, en la sociedad primitiva los hombres son necesariamente desiguales por sus necesidades, sentimientos, facultades físicas, intelectuales y morales; pero, ante el Estado, que únicamente considera a los hombres como personas, como seres libres, todos los hombres son iguales, siendo la libertad igual a sí misma, el único tipo y la única medida de igualdad (la cual fuera de ella no es más que una semejanza, es decir, una diversidad). La igualdad, atributo fundamental de la libertad, constituye, pues, con esta misma libertad, la base del orden legal y del mundo político, el cual, en las relaciones de los hombres entre sí, es una creación del genio del hombre, más maravilloso aún que el mundo actual de la industria con relación al mundo primitivo de la naturaleza.

Pues bien, señores, la inteligencia humana llega todavía más allá. Es aún un hecho incontestable que, en la infinita variedad de los objetos exteriores y de los actos humanos, existen algunos que no solamente se nos aparecen como útiles o perjudiciales, como justos o injustos, sino como bellos o feos. La idea de lo bello es tan inherente al espíritu humano como las de lo útil y lo justo. Interrogaros ante un mar vasto y tranquilo, ante montañas de armoniosos contornos, ante la figura viril o graciosa del hombre o de la mujer, ante

Digitized by Google

un rasgo de heroico sacrificio. Una vez conmovido por la idea de lo bello, el hombre se apodera de ella, la extiende, la desarrolla, la purifica en su pensamiento y, con ayuda de esta idea que le han sugerido los objetos exteriores, examina de nuevo estos mismos objetos y los halla inferiores bajo algún aspecto a la idea que éstos le han sugerido. Así como las fuerzas bienhechoras de la naturaleza nos aparecen al principio mezcladas a los fenómenos horrorosos o desastrosos que los ocultan a nuestras miradas, y así como la justicia y la virtud sólo son relámpagos fugitivos en el caos de la sociedad primitiva, de igual modo, en el mundo de las formas, la belleza sólo se muestra de una manera que, revelándonosla, la vela y desfigura. ¡Qué simulacro oscuro, equívoco, incompleto, de la idea de infinito, el de un vasto mar, una alta montaña, es decir el de un volumen de agua, un amasijo de piedras! El más bello objeto del mundo tiene sus defectos; la más encantadora figura tiene sus faltas. ¡Por cuántos tristes detalles está aún vinculado a la materia! El propio heroísmo, la más grande y pura de todas las bellezas, el heroísmo, visto de cerca, tiene sus miserias. Cuanto es real está mezclado y es imperfecto. Toda belleza real, sea la que sea, palidece ante el ideal de belleza que revela. ¿Qué hace, pues, el hombre? ¿Qué es lo que hace, señores? Después de haber renovado la naturaleza y la sociedad primitiva mediante la industria y las leyes, rehace los objetos que le han dado la idea de lo bello mediante esta misma idea, y los rehace más bellos aún. En lugar de detenerse en la contemplación estéril del ideal, crea mediante este ideal una naturaleza nueva que refleje la belleza de una manera mucho más transparente que la naturaleza primitiva. La belleza del arte es superior a la belleza natural con toda la superioridad del hombre sobre la naturaleza. Y no debe decirse que esta belleza sea una quimera, pues la más alta verdad está en el pensamiento; lo que refleje mejor el pensamiento es lo más verdadero, y las obras de arte son por ello mucho más

Digitized by Google

verdaderas que las de la naturaleza. El mundo del arte es tan verdadero como el mundo político y el mundo de la industria. Como los otros dos, es obra de la inteligencia y de la libertad del hombre, trabajando unas veces sobre una naturaleza rebelde y sobre pasiones desenfrenadas, otras sobre bellezas groseras.

Imaginad un ser que hubiese asistido a los primeros días del universo y de la vida humana, que hubiese visto la superficie exterior de la tierra al salir de manos de la naturaleza y todas las bellezas de esos días antiguos; que hubiese visto las bellas formas que presentaba la naturaleza, oído los bellos sonidos que entonces producía; un ser, en una palabra, que hubiese asistido al espectáculo del mundo primitivo y que volviera hoy entre nosotros, en medio del prodigio de nuestra industria, de nuestras instituciones y de nuestras artes. ¿No le parecería, en la extrañeza de no poder reconocer la antigua mansión del hombre, que ha pasado por la tierra una raza superior que la ha transformado?

Pues bien, señores: este mundo así transformado por el poder del hombre, esta naturaleza así rehecha a su imagen, esta sociedad que ha ordenado bajo las reglas de lo justo, estas maravillas del arte con que ha deleitado su vida, no eran suficientes para el hombre. Su pensamiento se lanza más allá y detrás de este mundo que embellece y ordena; el hombre, todopoderoso, concibe y no puede dejar de concebir una potencia superior a la suya y a la de la naturaleza, una potencia que sin duda sólo se manifiesta por sus obras, es decir por la naturaleza y por la humanidad, que sólo se contempla en sus obras, que sólo se concibe en relación con ellas, pero siempre con la reserva de la superioridad de esencia y de la absoluta omnipotencia. Encadenado en los límites del mundo, el hombre no ve sino a través de este mundo y bajo las formas de este mundo; pero, a través de esas formas y bajo esas formas mismas, supone de modo irresistible algo que es para él la substancia, la causa y modelo de todas las

Digitized by Google

fuerzas y perfecciones que percibe en sí mismo y en el mundo. En una palabra, más allá del mundo de la industria, del mundo político y del mundo del arte, el hombre concibe a Dios. El Dios de la humanidad no está separado del mundo ni concentrado en él. Un Dios sin mundo sería para el hombre como inexistente; un mundo sin Dios es un enigma incomprensible a su pensamiento y un peso abrumador para su corazón.

La intuición de Dios, distinta en sí del mundo, pero haciendo en él su aparición, constituye la religión natural. Pero así como el hombre no se ha detenido en el mundo primitivo, en la sociedad primitiva, en las bellezas naturales, tampoco se detiene en la religión natural. En efecto, la religión natural, es decir el instinto del pensamiento que se lanza hacia Dios a través del mundo, es como un relámpago maravilloso pero fugitivo en la vida del hombre natural; este rayo ilumina su alma, como la idea de lo bello, la idea de lo justo, la idea de lo útil. Pero en este mundo todo tiende a oscurecer, a distraer, a desviar el sentimiento religioso. ¿Qué hace, pues, el hombre? Hace en esto lo que ha hecho precedentemente: crea, para uso de la nueva idea que le domina, otro mundo distinto del de la naturaleza y en el cual, haciendo abstracción de cualquier otra cosa, no percibe más que su carácter divino, es decir su relación con Dios. El mundo de la religión, señores, es el culto. En verdad, sería un sentimiento religioso muy impotente el que se detuviera en una contemplación rara, vaga y estéril. Está en la esencia de lo poderoso el desarrollarse y realizarse. El culto, pues, es el desarrollo, la realización del sentimiento religioso, no su limitación. El culto es a la religión natural lo que el arte es a la belleza natural, lo que el Estado es a la sociedad primitiva, lo que el mundo de la industria es al mundo de la naturaleza. El triunfo de la intuición religiosa está en la creación del culto, como el triunfo de la idea de lo bello está en la creación del arte, como el de la idea de lo justo está en la creación del Estado. El culto es infinitamente

Digitized by Google

superior al mundo ordinario, porque: 1º, no tiene otro destino que el de atraer Dios al hombre, mientras que la naturaleza exterior, aparte de su relación con Dios, tiene otros muchos que distraen sin cesar la débil humanidad de aquella visión; 2º, es infinitamente más claro, como representación de cosas divinas; 3º, es permanente, mientras que en cada instante y a nuestras inquietas miradas el carácter divino del mundo se debilita o eclipsa por completo. El culto, por su especialidad, su claridad, su permanencia, recuerda Dios al hombre mil veces mejor que lo hace el mundo. Es ésta una victoria sobre la vida vulgar, y más alta aún que aquellas victorias de la industria, del Estado y del arte.

Pero, señores, ¿con qué condición recuerda el culto eficazmente a Dios? Con la condición inherente a todo culto: presentando estas oscuras relaciones de la humanidad y del mundo con Dios bajo formas exteriores, bajo vivas imágenes, bajo símbolos. Cuando ha alcanzado esto, la humanidad sin duda alguna ha llegado muy alto. ¿Pero ha logrado el límite infranqueable? Toda verdad, es decir todas las relaciones del hombre y del mundo con Dios están depositadas, según creo, en los símbolos sagrados de la religión. Pero, ¿puede el pensamiento detenerse en los símbolos? El entusiasmo, después de haber entrevisto a Dios en este mundo, crea el culto, y en el culto sigue viendo a Dios. La fe se vincula a los símbolos; contempla en ellos lo que no está en ellos, o al menos aquello que no es más que una manera indirecta y periférica de mostrarlo. En esto estriba precisamente la grandeza de la fe, en reconocer a Dios en lo que visiblemente no lo contiene. Pero el entusiasmo y la fe no son, no pueden ser, los últimos grados del desarrollo de la inteligencia humana. En presencia del símbolo, el hombre, después de haberle adorado, siente la necesidad de darse cuenta del mismo. Darse cuenta, señores, darse cuenta es una palabra muy grave. En efecto, ¿en qué condiciones se da cuenta? En una sola: en descomponer aquello de que quiere darse cuenta; transformarlo en puras con-

Digitized by Google

cepciones que el espíritu examina a continuación, y sobre la verdad o la falsedad de las cuales se pronuncia. Así, al entusiasmo y a la fe sucede la reflexión. Ahora bien; si el entusiasmo y la fe tienen por lengua natural la poesía y se exhalan en himnos, la reflexión tiene por instrumento la dialéctica; y henos aquí, señores, en un mundo diferente del simbolismo y el culto. El día en que el hombre ha reflexionado, ese día ha comenzado la filosofía. La filosofía no es otra cosa que la reflexión en grande, la reflexión con la secuela de procedimientos que le son propios, la reflexión elevada al rango y a la autoridad de método. La filosofía apenas es otra cosa que un método; quizá no le pertenezca exclusivamente ninguna verdad, pero todas le pertenecen a título de que sólo ella puede darse cuenta de estas verdades, imponiéndolas la prueba del examen y del análisis, convirtiéndolas en ideas.

Las ideas son el pensamiento bajo su forma natural. Las ideas pueden ser verdaderas o falsas; se las rectifica, se desarrollan; pero, en fin, tienen esto de particular: su sentido inmediato para el pensamiento, y el no precisar, para ser comprendidas, de otra cosa que de sí mismas. En ciertos casos podrán necesitar un cierto orden de presentación; mas sus combinaciones no cambian nada de su naturaleza. Tienen grados diversos; pero, tanto en el más bajo como en el más alto grado, siempre conservan su carácter, consistente en ser la forma adecuada del pensamiento, es decir el pensamiento mismo comprendiéndose y conociéndose. Ahora bien: el pensamiento no se comprende sino por sí mismo, como en el fondo sólo a sí mismo se comprende. Incluso era él mismo el que se comprendía en las esferas inferiores que hemos recorrido; pero en ellas se comprendía mal, porque se aprehendía bajo una forma más o menos infiel; no se comprende bien sino aprehendiéndose a sí mismo, tomándose a sí mismo como objeto de su pensamiento.

Cuando llega a tal punto ha llegado a su límite. En efecto, no puede sobrepasarse. ¿Pues, con qué se sobre-

Digitized by Google

pasaría el pensamiento? No podría ser sino consigo mismo.

Por tanto, el pensamiento no puede sobrepasar el límite que acabamos de indicar, pero tiende necesariamente a alcanzarlo; aspira a aprehenderse, a estudiarse bajo su forma esencial. En tanto que no ha llegado a esto, su desarrollo es incompleto. La filosofía es este desarrollo completo del pensamiento. Sin duda alguna, existen malas y buenas filosofías, como existen cultos extravagantes, obras de arte y Estados defectuosos, malos sistemas industriales y erróneos sistemas de física. Pero la filosofía, como filosofía, no es menos que la religión, el arte, el Estado, la industria y las ciencias, una necesidad especial y real de la inteligencia, un resultado necesario que no viene ni depende del genio de tal o cual hombre, sino del genio mismo de la humanidad, del desarrollo progresivo de las facultades de que está dotada. Aquellos a quienes la filosofía hiera, no la culpen; culpen más bien a la humanidad y a quien la ha hecho. Pero más bien, señores, felicitémonos de pertenecer a una raza privilegiada y tan maravillosamente dotada, en la cual el pensamiento puede llegar a aprehenderse a sí mismo y no ver otra cosa que él mismo siempre y por todas partes.

Las ideas, señores, son los únicos objetos adecuados a la filosofía. He aquí el mundo del filósofo. Y no vayáis a creer que las ideas representan cualquier otra cosa, ni que las concedamos nuestra confianza por su semejanza con aquello que estén destinadas a representar. Se ha demostrado que las ideas no representan nada, absolutamente nada más que las propias ideas. Es contradictorio que lo invisible represente alguna cosa. Las ideas tienen un solo carácter: el ser inteligibles; yo agrego, incluso, que sólo las ideas son inteligibles; que siempre son ellas las que, frecuentemente sin nosotros saberlo, bajo tal o cual forma, deciden nuestro asentimiento. La filosofía es el culto de las ideas, y de

Digitized by Google

las solas ideas. Es la última victoria del pensamiento sobre toda forma y elemento extraño; es el más alto grado de la libertad y de la inteligencia. La industria significaba ya una liberación de la naturaleza; el Estado, una liberación mayor; el arte, un nuevo progreso; la religión, un progreso mucho más sublime: la filosofía es la última liberación, el último progreso del pensamiento.

En efecto, señores, intentad cambiar el orden en que os he presentado las diferentes esferas recorridas; no lo conseguiríais. Sin la industria, sin cierta seguridad sobre el mundo exterior, sin el Estado, sin la sujeción de las pasiones primitivas al yugo de las leyes, es absolutamente imposible cualquier ejercicio del pensamiento. Implica también que a la reflexión ha precedido el entusiasmo, que la filosofía ha superado al arte. El artista no puede poseer su secreto; sólo llega a ser filósofo cesando de ser artista. Igual sucede en la religión: en sus santas imágenes, en sus augustas enseñanzas contiene toda verdad; ninguna le falta, pero todas se muestran en ella bajo la luz crepuscular del misterio. La religión se vincula a sus objetos mediante la fe, es a la fe a la que provoca, es a la fe a la que se dirige, es el mérito de la fe lo que quiere obtener de la humanidad; y, en efecto, es un mérito, una virtud de la humanidad, el poder creer, en lo que no ve, lo que ella ve. Ello implica que el análisis y la dialéctica no han precedido a los símbolos y a los misterios. La forma racional es necesariamente la última de todas.

También es esta forma la más clara. Sin duda, las ideas son oscuras a los sentidos, a la imaginación, al alma. Los sentidos sólo ven los objetos exteriores a que se dirigen; la imaginación necesita representaciones; el alma, sentimientos. Pero, si toda luz aparente está aquí, sólo hay evidencia en ella a condición de que en el interior del pensamiento haya otra evidencia que garantice la primera. Sólo que en este caso la evidencia interior es débil, no llega a tener conciencia de sí misma, mientras que la evidencia filosófica, que nace de la

Digitized by Google

reflexión, es y se sabe como la última evidencia, como la única autoridad. La filosofía, pues, es la luz de todas las luces, la autoridad de las autoridades. En efecto, quienes quieren imponer a la filosofía y al pensamiento una autoridad superior no piensan más que una de estas dos cosas: o que el pensamiento no comprende esta autoridad, y entonces esta autoridad es para él como si no existiera; o la comprende, se hace una idea de ella, la acepta a este título, y entonces es ella misma la que se toma por medida, por regla, por autoridad última.

Después de haber proclamado la supremacía de la filosofía, apresurémonos a agregar que es esencialmente tolerante. En efecto, la filosofía es inteligencia absoluta, es la explicación absoluta de todas las cosas. ¿De qué podría, pues, ser enemiga? La filosofía no combate a la industria, sino que la comprende y refiere a principios, que dominan a los que la industria y la economía política confiesan. La filosofía no combate a la jurisprudencia, sino que la eleva a una esfera superior, investigando el espíritu de las leyes. La filosofía no corta al arte sus alas divinas, sino que le sigue en su vuelo, mide su alcance y su fin. Hermana de la religión, saca de su íntimo comercio con ella potentes inspiraciones, aprovecha sus santas imágenes y sus grandes enseñanzas; pero al mismo tiempo convierte las verdades que la religión le ofrece en su propia substancia y en su propia forma; no destruye la fe, la ilumina y fecunda, elevándola suavemente desde la luz crespuscular del símbolo al mediodía del pensamiento puro.

Señores, todas las necesidades que hemos considerado son igualmente especiales, igualmente ciertas e imprescindibles, y forman, en su simultaneidad, un conjunto que en cierto modo constituye el alma entera de la humanidad. Pero la fuerza propia de cada una de estas necesidades tiende a realizarse separadamente, y así lo hacen todas. Frecuentemente, demasiado frecuentemente, la filosofía, la religión, el arte, el Estado, la industria, disputan entre sí. La verdadera filosofía

Digitized by Google

abarca al mismo tiempo a la religión, al arte, al Estado y a la industria; no es exclusiva; por el contrario, debe conciliarlo y aproximarlo todo. Yo espero, señores, que de esta cátedra no saldrán jamás palabras enemigas, exclusivistas de lo bello y lo bueno, sea sobre lo que fuere. Es tiempo de que la filosofía, en lugar de formar un partido de la especie humana, domine a todos los partidos. Será éste — yo así lo espero — el espíritu de esta enseñanza; éste es el nuevo carácter que la filosofía francesa debe recibir de manos de la civilización del siglo XIX.

Jóvenes que os proponéis frecuentar esta aula, amad cuanto es bueno, bello y honesto: esta es la base de toda filosofía. La filosofía, agregándose a este amor, le dará su forma: no destruye nada. Seguid con interés el movimiento general de las ciencias físicas y de la industria; contemplad en ellas el espectáculo instructivo de la libertad y de la inteligencia humana caminando diariamente a la conquista y dominio del mundo sensible. Estudiad las leyes de nuestra patria; sacad de su estudio, con el amor a esas leyes gloriosas, el de los principios que nos las han dado y las mantienen. Bebed en la fuente de las artes y de las letras el entusiasmo por cuanto es bello. Nutridos en el seno del cristianismo, preparados por sus nobles enseñanzas a la filosofía, llegando así a la cumbre de vuestros estudios anteriores, hallaréis en la verdadera filosofía, con la inteligencia y la explicación de todas las cosas, una paz superior e inalterable. No excluir nada, aceptarlo todo, comprenderlo todo, digámoslo una vez más, es lo propio del tiempo. ¡Que sea ése el carácter honorable de la juventud francesa! Yo trataré de no ser para ella un maestro infiel.

En esta lección he intentado hacer ver que la filosofía es una necesidad especial, cierta, permanente, indestructible del espíritu humano. Lo he demostrado mediante un rápido examen de las necesidades fundamen-

Digitized by Google

tales del espíritu humano. En la próxima lección espero demostrarlo por otra vía: consideraré el espíritu humano en su imagen visible: la historia; espero, señores, que os demostraré por la historia que la filosofía, siendo una necesidad inherente al espíritu humano, no ha faltado por tanto en ninguna época de la humanidad, que la ha acompañado por todo el curso de su desarrollo. Este será el tema de la próxima lección.

Digitized by Google

Lección Segunda

VERIFICACIÓN HISTÓRICA DE LA NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA

Sumario: *Recapitulación de la última lección. Tema de ésta: Verificación de los resultados psicológicos mediante la historia. — ¿Ha tenido la filosofía una existencia histórica? ¿Cuál ha sido esta existencia? — 1º Oriente. Su carácter general. Nacimiento de la filosofía. 2º Grecia y Roma. Su carácter general. Desenvolvimiento de la filosofía. Sócrates. 3º La Edad Media. La Escolástica. 4º Filosofía moderna. Descartes. 5º Estado actual de la filosofía. Visión sobre su porvenir. — Conclusión: que la filosofía no ha faltado en ninguna época de la humanidad; que su papel ha aumentado de época en época, y que tiende a ser cada vez más una parte mayor de la historia.*

Señores:

En mi última lección he intentado absolver a la filosofía. Me he propuesto probar que la filosofía no consiste en el ensueño de algunos hombres, sino que es el despliegue necesario de una necesidad fundamental de la naturaleza humana. Por tanto, he interrogado a la naturaleza humana: he pasado revista a todas las necesidades que la constituyen, a todas las ideas generales que presiden su desarrollo, a saber: la idea de lo útil, la idea de lo justo, la idea de lo bello, la idea de lo santo y de lo divino; y más allá de estas ideas he encontrado la idea de lo verdadero, de lo verdadero en sí, tomado no en tal o cual grado y en sus formas inferiores, sino en su grado más elevado, bajo su forma más pura, aquella que el pensamiento no puede sobrepasar en su vuelo más libre, porque esta forma es precisamen-

Digitized by Google

te la forma esencial y adecuada del pensamiento. He establecido: 1º, que esas diversas ideas no son ilusiones, sino hechos, hechos que nos son atestiguados por la autoridad de la conciencia y que, por consecuencia, pueden ser considerados como elementos reales de la naturaleza humana; 2º, que no existen otros elementos, que no hay más que los señalados, los cuales agotan la capacidad de la naturaleza humana; 3º, que no se reducen a menos, es decir, que son simples, indescomponibles, irreductibles entre sí; 4º, que si no son contemporáneos entre sí, son simultáneos, y una vez formados coexisten juntos sin poder destruirse, y constituyen la esencia y el fondo eterno de la humanidad; 5º, que en el orden de su desarrollo el elemento filosófico viene necesariamente en último lugar; 6º, que el elemento filosófico es superior a todos los demás: superior en cuanto bajo su aparente oscuridad oculta la verdadera luz; en que, pese a su modo especial de ser, se extiende a los demás y los abarca a todos; y, finalmente, en que, abarcándolos, los domina porque los explica, sin poder ser explicada por ninguno de ellos, sin poder ser explicada por otra cosa que por sí misma.

Tales son los resultados que un rápido examen de la naturaleza humana nos ha dado. ¿Qué hemos hecho para obtener estos resultados? Hemos observado, descrito, referido los hechos reales que hemos hallado en el alma, sin omitir ni suponer ninguno; después hemos observado sus relaciones, las de semejanza y las diferenciativas; finalmente los hemos clasificado mediante estas relaciones. Ha sido un análisis aplicado al alma, es decir, un análisis psicológico. Pienso que los resultados obtenidos por tal análisis en la última lección no pueden ser contestados. ¿Pero tienen, señores, la evidencia deseable? El método psicológico es una conquista de la propia filosofía; este método ya ha tomado, y tomará cada día más, un rango y autoridad incontestable en la ciencia. ¿Pero no es posible unir a este

Digitized by Google

método otro, no más cierto, pero más luminoso, que sin dominar al primero lo confirme? Me explicaré. ¿Qué es el análisis psicológico? Es la observación lenta, paciente, minuciosa de los hechos ocultos en el fondo de la humana naturaleza con ayuda de la conciencia. Estos hechos son complicados, fugitivos, oscuros, casi inaprehensibles por su misma intimidad; la conciencia que a ellos se aplica es un instrumento de extremada delicadeza: un microscopio aplicado a lo infinitamente pequeño. Pero, señores, si la naturaleza humana se manifiesta en el individuo, también se manifiesta en la especie. ¿Y qué hay en la especie, sino los mismos elementos que en el individuo, con la diferencia de que en la especie se presentan en mayor escala, y son por consecuencia más visibles? El desarrollo de la especie humana en el espacio y en el tiempo constituye la historia. Digo desarrollo, pues no hay historia sino de lo que se desarrolla. ¿Y cuál es la idea implicada en la de desarrollo? La idea de progreso. Toda la historia implica, pues, un desarrollo, una marcha progresiva. ¿Qué es el desarrollo progresivo de la especie humana en la historia? La civilización. Tantos elementos como hay en la naturaleza humana, tantos hay en la especie, tantos hay en el despliegue de la historia y de la civilización. Repugna (y se ha dicho desde aquí [1] mucho mejor de lo que yo pudiera decirlo), repugna que se caracterice la civilización desde tal o cual punto de vista particular. Caracterizarla por un punto de vista exclusivo, cualquiera que éste sea, es pretender que la civilización no refleje por completo a la humanidad; o bien, si se es consecuente, consiste por lo menos en mutilar uno de los aspectos de la naturaleza humana. La unidad de la civilización reside en la unidad de la naturaleza humana; sus variedades, en la variedad de los elementos de la humanidad. Cuanto hay en la naturaleza humana, pasa pues al movimiento de la civilización: quiero decir, cuanto es fundamental en la naturaleza hu-

(1) M. Guizot: «Histoire de la civilisation», première leçon.

Digitized by Google

mana; pues la virtud de la historia consiste en desviar lo que no sea necesario, esencial y fundamental. Le pertenece solamente cuanto es digno de subsistir y de dejar tras de sí una cierta memoria. Lo individual brilla un día y se apaga para siempre o queda limitado a la biografía. Nada permanece, sino lo necesario. Y la historia sólo se ocupa de lo que dura, de lo que durando se organiza, se desarrolla y alcanza existencia histórica. Así como la naturaleza humana es la base y la materia de la historia, la historia, por decirlo así, es el juez de la naturaleza humana, y el análisis histórico es la contraprueba decisiva del análisis psicológico. Por ejemplo, si mediante el análisis psicológico habéis encontrado un elemento humano en la conciencia individual que luego no encontráis en la historia, es decir, que no ha sido desarrollado por toda la especie durante dos, tres o cuatro mil años, os aconsejaría calurosamente que desconfiarais de la realidad de ese elemento. O bien, si encontráis en la historia un elemento que no haya sido dado por el análisis psicológico, os aconsejaría que volvierais a comenzar vuestro análisis. En una palabra, la certeza de la observación interior precede a la de la historia, pero la certeza de la historia es una garantía de la primera. La historia es la representación en grande de la naturaleza humana; y lo que apenas se adivina en la conciencia reluce en la historia con brillantes caracteres.

Después de haber interrogado a la una, voy a interrogar a la otra. He intentado demostrar en mi última lección que la filosofía tenía existencia real e incontestable en la conciencia. Hoy intento investigar si la filosofía ha tenido existencia histórica; pues, si la filosofía no la ha tenido desde hace tres o cuatro mil años, corre el riesgo de no tenerla jamás. Pero si nosotros hallamos que en la historia, en el progreso de la civilización, la filosofía siempre ha tenido existencia, como todos los demás elementos de la naturaleza humana; si en ella se desarrolla de la misma manera que en la conciencia; si sostiene con los demás elementos

Digitized by Google

de la civilización las mismas relaciones que la hemos visto sostener con los otros elementos de la conciencia, entonces, señores, estaremos seguros de que nó nos movemos entre quimeras, y en todos nuestros ulteriores pasos pisaremos sobre terreno firme. Tendremos en nuestro favor los hechos interiores y los hechos exteriores. Luego, la verdad absoluta es la identidad de esos dos órdenes de verdades.

Investiguemos, pues, si la filosofía ha tenido hasta hoy alguna existencia histórica y cuál ha sido esta existencia.

Vosotros no esperáis que yo os exponga ahora un cuadro completo de la civilización; trato solamente de ver si en un rincón de ese cuadro podría hallar la filosofía: sólo considero la civilización bajo este aspecto. Pero, ¿por dónde comenzar? Yo, señores, me permitiré comenzar la historia por la historia. Ordinariamente se comienza la historia por hipótesis: por ejemplo, se busca la historia de las religiones o de las sociedades en el estado salvaje, en estados donde la crítica histórica no puede llegar; es en esas tinieblas anteriores a la historia donde se busca la luz que debe iluminar la historia real de la civilización. Yo, señores, lo haré de otra manera: partiré de lo que ahora es, para ir a lo que fué antaño, y llegar al fin a lo que fué en el principio, y más allá de lo cual ni la historia ni la crítica nos suministran monumento alguno. Así, señores, ¿de dónde viene la historia moderna? Es claro que ésta tiene algo ante sí, y no es necesario insistir para mostrar que sus raíces reales y conocidas están en el mundo griego y romano; todos los testimonios coinciden en esta filiación. ¿Y este mundo de la antigüedad clásica, no presupone un mundo anterior? ¿No es evidente que con anterioridad al mundo griego y romano existía también un mundo que ha atravesado la humanidad antes de llegar a Grecia y a Roma? Es perfectamente conocido que si las raíces del mundo moderno están en la anti-

Digitized by Google

güedad clásica, las de la antigüedad clásica están por las costas de Egipto, por las llanuras de Persia, por las alturas del Asia central. Es evidente, en una palabra, que el Oriente ha precedido a Grecia. Los testimonios llegan hasta aquí. ¿Alcanzan más allá? ¿Quién de nosotros tiene secretas memorias acerca de lo que fué previamente al Oriente? Por mi parte declaro que no conozco otra civilización anterior. Por tanto, es por ésta por la que debemos comenzar. Pues bien, señores. ¿Ha habido o no ha habido filosofía en Oriente?

El mundo oriental es vasto; encierra muchas partes diversas que no deben confundirse entre sí y que, en su diversidad, constituyen la vida total del mundo oriental. Pero, en fin, todas esas diversidades tienen su armonía, y el mundo oriental, tomado en su conjunto, tiene su carácter fundamental: ese carácter es la unidad. Todos los elementos de la naturaleza humana están en Oriente, y están allí, señores, en proporciones colosales, pero indistintas, dependiendo las unas de las otras, envueltas las unas en las otras. El carácter oriental es el estado de complicación de todas las partes de la naturaleza humana. Es el de la infancia orgánica del individuo; es también necesariamente el de la infancia de la especie humana. En efecto, señores, ni la industria ni el arte han faltado en Oriente. Recordad: aquí, Babilonia y Persépolis; allí, no solamente las pirámides, sino los templos del alto Egipto; recordad, en fin, todos los gigantescos monumentos del alto Oriente. Tampoco las leyes han faltado; y hasta tal punto no han faltado a la especie humana oriental, que bajo esas leyes la especie humana apenas ha innovado. La idea de la religión es como la idea central del Oriente; el arte, el Estado, la industria, todo se ha formado en torno a la religión, para la religión y por la religión. Examinad el arte oriental: no le hallaréis jamás una finalidad o un carácter particular. El Estado es una teocracia confesada: todas las leyes civiles y políticas son

Digitized by Google

al mismo tiempo leyes religiosas; y la industria de tal modo está al servicio y bajo el dominio de la religión, que códigos a la vez políticos y religiosos trazan por anticipado sus procedimientos y sus límites.

En un mundo como éste, ¿qué existencia podría tener la filosofía? Necesariamente debía sufrir la condición común, quedar envuelta en los otros elementos que hemos señalado, y particularmente en aquel que dominaba a los demás; es decir, el elemento religioso.

En general, la filosofía ha sido en Oriente el reflejo de la religión. Excusado es decir que en Egipto y en Persia la filosofía no ha tenido existencia independiente. Estos dos grandes países han dejado más monumentos figurados que monumentos escritos (testimonio cierto del grado de civilización al cual habían llegado y de la estrecha dependencia en que todavía estaba el pensamiento respecto a la forma exterior). En la India, es verdad, se manifiesta más independencia. Sin embargo, toda la filosofía índica apenas me parece otra cosa que una interpretación más o menos libre de los libros religiosos de la India. Se confiesa hoy que todos los grandes sistemas filosóficos índicos se dividen en dos grandes clases, los sistemas ortodoxos y los sistemas heterodoxos; es decir, que con anterioridad a la filosofía siempre ha habido los Vedas, base de toda verdad, autoridad de autoridades, luz de luces, y que el espíritu humano apenas tenía otra ambición que la de entender exactamente los Vedas. Sin duda alguna más tarde, después de la reforma budista, y particularmente en China, la filosofía se ha desligado mucho más de la religión. China parece como un mundo aparte en Oriente. Pero como los monumentos budistas índicos y chinos todavía son poco conocidos en Europa, o al menos no están en circulación entre los profanos y los filósofos, esperando que Abel Remusat haya publicado su gran obra de historia de la religión y de la filosofía budista, me veo forzado a basarme en los datos que están en mi poder; y escrupulosamente examinados estos datos, parecen manifestar en general

Digitized by Google

un carácter simbólico y religioso bajo el cual reconozco un comienzo de filosofía.

Si en el mundo oriental la condición de existencia de todos los elementos de la naturaleza humana reside en su complicación, se sigue que la filosofía estaba sometida a esta condición; y, al mismo tiempo, como era así la total naturaleza humana, y como la filosofía tiene su lugar en la naturaleza humana, la ha habido también en Oriente. Sólo que el lugar que ocupa ha sido el que debía ser, grande en apariencia, en realidad pequeño. He aquí por qué se pueden formular respecto al Oriente juicios muy contrarios. El hombre habituado al análisis moderno, al dirigir su mirada a los monumentos figurados o incluso a los escritos que nos quedan del Oriente, extrañado de ese carácter simbólico que en todo se manifiesta, y que todavía no hemos descifrado perfectamente, no comprendiendo gran cosa de todo ello, está tentado a considerar todo ese aparato simbólico como el producto de una imaginación grandiosa, es verdad, pero desmesurada y extravagante; y se acusa ante todo al viejo Oriente de no ser otra cosa que un amasijo de supersticiones ridículas. No se piensa que en Oriente también había hombres, y que siempre que se procesa a una civilización que ha durado tanto tiempo y dura todavía, se procesa a una larga edad de la historia de la especie humana. Por otra parte, cuando se leen con atención los monumentos poéticos y filosóficos de Oriente, los de la India sobre todo, que ya comienzan a extenderse por Europa, se descubre en ellos tantas verdades, y verdades tan profundas, las cuales contrastan con los mezquinos resultados en que se ha detenido en los últimos tiempos el genio europeo, que uno se siente tentado a ponerse de rodillas ante el genio oriental, y a ver en esa cuna del género humano la patria de la más alta filosofía. También esto sería un error: la verdad es otra cosa, otra cosa es la filosofía. En esta distinción, señores, reside la verdadera inteligencia del alma y de la historia. No solamente ninguna época de la humanidad, sino que ningún indi-

Digitized by Google

viduo, el último como el primero, ha sido desheredado de la verdad. En efecto, si suponéis que sólo el último la ha tenido, planteáis un problema terrible que no está en vuestras manos resolver. ¿Qué haríais del primero? Matadle o ponedle en relación con su especie. ¿Por qué no podría tener la misma verdad que las últimas generaciones hubiesen conquistado? ¿Es su falta haber llegado el primero? ¿Por qué, pues, la verdad (y no entiendo por verdad tal o cual concepción más o menos interesante, sino las concepciones más interesantes), por qué le habrían faltado esas verdades necesarias? No, señores, no le han faltado jamás. El primer hombre las ha poseído igualmente que el último llegado de la especie humana, si bien no de la misma manera. No hay privilegio alguno, no hay castas en la especie humana. El hombre es igual al hombre; y la única diferencia que existe y puede existir de hombre a hombre es la diferencia del más o del menos, es decir la diferencia de forma. Un pastor, el último de los pastores, sabe sobre sí mismo, sobre el mundo, y sobre Dios y su relación con nosotros, tanto como el propio Leibniz; pero no tiene el secreto y la explicación última de su saber; no se da cuenta de ello, no lo posee bajo esa forma superior del pensamiento que se llama filosofía. Igual sucede con el Oriente. Aunque la filosofía independiente, lo repito enérgicamente, no le ha faltado, sin embargo se puede decir que no le ha sido dada a la primera época de la civilización el poseer la verdad bajo esa forma libre y filosófica que estaba reservada a la segunda.

En Oriente todo estaba mezclado; la filosofía tiene allí su existencia, como todos los demás elementos de la humanidad, pero bajo la condición de implicación: es el carácter general de su existencia, aunque con síntomas graves y comienzos de separación. Lo que estaba implicado tiende a explicitarse. El mundo da un paso. La civilización desciende del centro de Asia, a través

Digitized by Google

de las llanuras del Asia Menor y del Nilo, a esa admirable cuenca del Mediterráneo y a las costas de Grecia. El Mediterráneo y Grecia son el imperio de la libertad y del movimiento, como la más alta meseta del mundo indochino es el imperio de la inmovilidad y del despotismo. Digo de la inmovilidad y del despotismo sin cólera. Era necesario que la cuna del mundo fuera firme y fija, para poder alcanzar todos los desarrollos posteriores de la civilización humana. Hija de un progreso, Grecia es necesariamente progresiva; es el primer paso de la civilización: con ella comienza la libertad en gran escala. En Grecia están todos los elementos de la naturaleza humana como estaban en Oriente; pero están allí bajo una nueva condición, bajo la condición del carácter general del espíritu griego, que es el movimiento. Todo se desarrolla, pues, y por consecuencia todo tiende a separarse; sobre la escena del movimiento y de la vida, la industria, el Estado, el arte, la religión, sin poder pasarse jamás las unas sin las otras, marchan a su independencia.

Os son familiares, señores, las maravillas de la industria griega. La industria griega se ha extendido por casi todo el mundo entonces conocido. Las leyes de Grecia y de Roma (pues es un solo y mismo mundo el griego y el romano) sin duda manifiestan aún un carácter religioso; pero sin embargo son infinitamente más independientes de la religión que las leyes de Oriente. Leed y comparad, por ejemplo, las leyes de Manú y las leyes romanas. En las leyes de Manú nada es progresivo, porque ello implicaría que la religión de una época sería progresiva, y sólo avanzaría a condición de transformarse y destruirse. Las leyes romanas, que se han modificado perpetuamente, debían tener para modificarse así un carácter religioso mucho menos fuerte, aunque repito que ese carácter no les falta, sobre todo en su origen. En cuanto a las artes, ¿quién de vosotros no conoce el contraste de las artes griegas con las orientales? El Oriente tiene poca o ninguna pintura, pues las representaciones ligeras y groseras

Digitized by Google

que encuentro en los monumentos llegados hasta nosotros no muestran más que la ausencia de pintura, o la pintura en su más grosera infancia. Poca escultura, mucha arquitectura. Es decir, el arte de Oriente representa lo que es fijo e impersonal, mientras que el arte griego, que tiene con la arquitectura mucha escultura y una porción ya considerable de pintura, representa sobre todo la persona, el hombre. Así como la religión griega es más antropomórfica que la índica, así el arte de Grecia es más personal. El antropomorfismo, señores, es un paso inmenso. El antropomorfismo es superior a las religiones de la naturaleza con toda la superioridad del hombre sobre la naturaleza; ha sido, pues, un paso inmenso para la liberación del pensamiento el paso del simbolismo natural al simbolismo antropomórfico.

La filosofía siguió y debía seguir necesariamente en Grecia la misma marcha que los demás elementos de la civilización. Puesto que había más libertad en el juego de los otros elementos, debía haber en la filosofía una libertad mucho mayor. Y esto es lo que vemos en Grecia.

Las raíces de Grecia y de Roma son orientales. Lengua, escritura, alfabeto, procedimientos industriales y agrícolas, artes mecánicas, formas primitivas de gobierno, procedimientos y caracteres primitivos del arte, culto primitivo, todo ello es oriental; es sobre esta base extraña que se ha desarrollado el espíritu griego; es de aquí de donde ha partido para alcanzar esa forma original y admirable que se llama la forma griega por excelencia. Igual ha sucedido con la filosofía. Sus primeras inspiraciones, incluso más tarde algunas comunicaciones felices, le han venido de Oriente; pero su desarrollo es completamente griego. En Grecia, la filosofía, de igual modo que en Oriente, ha comenzado por confundirse con la religión; después ha pasado del culto a los misterios. Los misterios han sido en su origen una conquista del espíritu liberal. En efecto, en los misterios se daban ya explicaciones muy grose-

Digitized by Google

ras y distanciadas de lo que fueron después las explicaciones filosóficas; pero, en fin, eran ya tentativas de explicación. En ellos se intentaba dar cuenta de las representaciones visibles del culto. Es de los misterios, señores, de donde ha salido la filosofía. Los primeros filósofos griegos habían viajado por Oriente y se habían iniciado en los misterios.

Poco a poco, después de muchos tanteos y ensayos más o menos felices por diversos puntos de Grecia, la filosofía llega y se establece en la misma capital de Grecia; es allí, en el seno de una cultura siempre creciente y en el rápido progreso del espíritu griego donde rechaza toda forma simbólica y toma al fin la forma que le es propia.

Sabemos hoy de una manera cierta en qué día, mes y año memorable se ha realizado este gran acontecimiento; es decir, cuándo se manifestó de una manera brillante y tomó posesión del mundo griego. El día y el mes se me escapan en este momento; pero en fin, fué en el tercer año de la 77 olimpíada, es decir cuatrocientos setenta años antes de nuestra era, cuando nació Sócrates.

Sócrates, señores, es un personaje eminentemente histórico. En efecto, representa una idea, la idea más elevada de todas, la idea de la filosofía, es decir de la reflexión en sí; no de la reflexión aplicada a tal o cual objeto en particular, sino a todos; no de la reflexión que conduce bien pronto a tal o cual sistema, sino desarrollándose libremente, dominando todos sus resultados sistemáticos, casi diría no buscando ninguno. No hay, señores, un sistema socrático, pero existe un espíritu socrático. Sócrates no enseñaba tal o cual verdad; no ha dejado vinculado su nombre a ninguna teoría en particular. ¿Qué hacía, pues? Sin ser escéptico, dudaba y enseñaba a dudar. Se dirigía al industrial, al legista, al artista, al ministro del culto, a los sofistas, y les exigía cuenta de sus propios pensamientos. Sacudía al espíritu y lo fecundaba mediante el examen; no pedía a sí mismo, no pedía a

Digitized by Google

los demás, otra cosa que entenderse con ellos y hacerse entender. Si entender es darse cuenta, ser claro por sí mismo, saber lo que se dice y lo que se piensa, éste era el fin de Sócrates. Fin, sin duda alguna, negativo; pero no era éste el fin de la filosofía, sino su comienzo. ¿Qué ha sucedido? Que Sócrates produce, no un sistema, sino un movimiento inmenso, un movimiento de reflexión; y como la reflexión sigue su marcha, bien o mal, sin dejar de ser lo que es; como conduce, tanto a buenos como a malos resultados, ésta es la explicación de ese singular fenómeno de que en la escuela socrática se encuentren Arístipo y Platón, Epicuro y Zenón, todos los cuales han pretendido ser descendientes legítimos de Sócrates; y todos tenían razón. Todos, en efecto, mostraban esta unidad: reflexionaban, hacían un libre uso de su pensamiento, trataban de entenderse consigo mismo. Ahora bien; se entendían consigo mismo a su manera, es decir de modo muy diferente; y esto al comienzo era inevitable; además era un bien, y lejos de ser una ruptura era un desarrollo más rico de la sola y verdadera unidad filosófica: la de la libre reflexión.

Diez siglos fueron necesarios para agotar el movimiento socrático. La gloria de este grande hombre consiste en haber dado su nombre, no a tal o cual momento, sino a la totalidad de ese inmenso movimiento, y en haber sido, en cuanto a la forma, tanto el padre de los últimos filósofos de los siglos VI y VII, como de los que salieron inmediatamente de sus manos. La filosofía de Sócrates ha tenido muchas vicisitudes. Después de haber salido violentamente, como ocurre de ordinario, del seno del culto, vuelve a entrar en él bajo los auspicios de hombres que sabían mucho más que Sócrates, y que entrando así, hasta cierto punto y en cierta medida, de acuerdo con los misterios y la religión, sabían perfectamente lo que hacían. Y no eran por esto menos filósofos, señores. ¿Y por qué? Porque sabían lo que hacían; lo que hacían, lo querían

Digitized by Google

hacer; era su propia reflexión, es decir la idea filosófica, la que les conducía a donde consentían en ir. Así la escuela neoplatónica, hija muy legítima de Platón, se ha conciliado con el simbolismo pagano que había dado muerte a Sócrates. Quienes defienden el paganismo expiran y combaten con Juliano; eran los discípulos y los sucesores de esos mismos hombres que salieron de la escuela de Sócrates, y que, después de haber perdido a su maestro mediante la gran catástrofe que conocéis, tuvieron por su parte muchas dificultades para evitar el peligro. Lo que unos rechazaron mediante la reflexión, otros lo admitieron mediante la reflexión misma. Y ésta es, señores, la unidad de la filosofía griega desde el año 470, antes de nuestra era, hasta el año 529, bajo el consulado de Decio, en que, por decreto de Justiniano, fué cerrada la última escuela filosófica en aquella misma Atenas donde se había formado la primera; de suerte que sabemos a las mil maravillas (pues siempre se sabe lo que más importa) el comienzo y el fin de ese gran movimiento.

Pasemos a la historia moderna. Calculo que el mundo griego y romano ha brillado poco más o menos trece o catorce siglos, para luego eclipsarse para siempre. Es ésta una existencia infinitamente inferior a la de Oriente, y ninguno de vosotros, si yo me he hecho comprender, deja de ver el motivo necesario. La época del mundo que representa la inmovilidad debe representarla siempre y quedar inmóvil; la permanencia es su carácter. La época del mundo que debe representar el movimiento debe tener menos duración y más vida. La época griega y romana es, pues, infinitamente menos larga que la época oriental.

¿Quién sabe lo que durará la nuestra? Nosotros, señores, venimos de ayer. La civilización humana no es joven, pero la historia moderna lo es mucho; la filosofía moderna, mucho más aún. Si esta idea no es muy favorable a la presunción, sí es muy favorable a la

Digitized by Google

esperanza; pues cuanto no se tiene detrás de sí se tiene delante, y vale más tener porvenir que pasado.

Hay dos épocas en la historia moderna y solamente dos: la época de formación y la época de explicitación o desarrollo. La edad media no es otra cosa que la formación penosa, lenta y sangrienta de todos los elementos de la civilización moderna; digo formación y no desarrollo. En la edad media —como en Grecia, como en Oriente—, estaban y no podían dejar de estar todos los elementos de la naturaleza humana; pues la edad media es en la humanidad lo que Grecia y Oriente. Todos los elementos humanos coexistían en ella, pero mal diferenciados, confundidos en el elemento dominante de la edad media. En efecto, en toda época hay y siempre debe haber un elemento dominante, el cual no excluye a los demás, pero los envuelve. El elemento dominante de la edad media es el cristianismo. Es el cristianismo quien ha civilizado al mundo moderno: ha tardado cerca de diez siglos en dar una base fija y firme a nuestra civilización. Es el cristianismo quien ha comenzado la industria, quien ha formado el Estado, haciéndole a su imagen, quien ha hecho el arte y quien ha hecho también la filosofía; quiero decir, esa filosofía muy célebre, pero mal conocida, que se llama la escolástica. De igual modo que la filosofía oriental tiene por primera base los Vedas, que la filosofía griega ha salido de los misterios, la filosofía de la edad media está fundada sobre la Biblia, sobre el antiguo y nuevo Testamento y las decisiones soberanas de la Iglesia; es más, así como la unidad de la edad media reside en la organización y dominio progresivo de la Iglesia, así la unidad y el carácter fundamental de la escolástica reside en que se ejerce en un círculo que no se ha trazado por sí misma, sino que le ha sido impuesto por otra autoridad distinta de la suya. El espíritu humano con toda su energía estaba en la edad media; y aunque fuera entonces bajo la forma religiosa más perfecta, en virtud de su naturaleza no podía dejar de intentar darse cuenta de esta forma. De ahí

Digitized by Google

que poco a poco se produjera una enseñanza religiosa más metódica y regular en los claustros; después, las universidades y la escolástica. Los sistemas más diversos tienen en la escolástica una apariencia de extremo atrevimiento; quedaríais totalmente extrañados si supierais con qué libertad aparente se ha razonado en la edad media. Conocéis la querella de los nominalistas, realistas y conceptualistas; si estuvierais más al tanto de los detalles, os trazaría gustosamente los caracteres generales que los representan: baste deciros que las sectas de la escolástica son más numerosas que todas las sectas griegas, índicas y chinas. Además, señores, se encuentran muchas verdades en la escolástica; y, así como hoy, después de haber acusado, blasfemado y desdeñado la edad media en el primer momento de emancipación, nos hemos puesto a estudiarla con ardor, incluso con pasión, de igual modo, después de haber hablado muy mal de la escolástica, y puesto que siempre se va de un extremo a otro y es inevitable que así sea, no sería imposible, es probable, que hoy, si se considerara la escolástica, quedaríamos tan extrañados de comprenderla y de hallarla ingeniosísima, que llegaríamos a admirarla. Si yo hago profesión de creer que toda verdad está en el cristianismo, debo creer también que tal explicación del cristianismo debe comprender igualmente profundas verdades; por eso, no debéis ver en mí un enemigo de la escolástica. Pero no soy yo, es lá naturaleza humana quien lo dice. El pensamiento que se ejerce en un círculo que no ha trazado por sí mismo y que no osa sobrepasar será un pensamiento que puede contener toda verdad; pero no es éste aún el pensamiento en esa libertad absoluta que caracteriza a la filosofía propiamente dicha. Por ello, la escolástica, en mi opinión, está tan lejana de ser la última palabra de la filosofía como, hablando general y rigurosamente, apenas es filosofía, a mi entender.

Así como sabemos, señores, el día, el mes y el año en el cual ha nacido la filosofía griega, así sabemos

Digitized by Google

también, con la misma certeza y con mayores detalles aún, el día, mes y año en que ha nacido la filosofía moderna. ¿Sabéis cuánto tiempo hace que ha nacido? Van a darse cuenta, señores, de la juventud, de la infancia del espíritu filosófico que anima hoy a Europa. El abuelo de uno de vuestros padres hubiera podido conocer a quien ha dado al mundo la filosofía moderna. ¿Cuál es el nombre, cuál es la patria de este nuevo Sócrates? Infaliblemente debía pertenecer a la nación más avanzada en las vías de la civilización europea. Ha debido escribir, no en la lengua muerta que empleaba la Iglesia latina de la edad media, sino en la lengua viva, destinada a las futuras generaciones, en esa lengua llamada quizá a descomponer todas las demás y que ya ha sido aceptada de un extremo a otro de Europa. Ese hombre, señores, es un francés y se llama Descartes. Su primer obra fué escrita en francés, en 1637. Por tanto, de 1637 data la filosofía moderna. ¿Y cuál es, señores, el título de esta obra eminentemente histórica? *"El Método"*. Ya os he dicho que Sócrates no había tenido sistema; os diré que importa bastante poco que Descartes haya tenido uno. El pensamiento de Descartes que pertenece a la historia es el de su método. Sócrates era la reflexión libre; Descartes es la reflexión libre elevada a la altura de método, e incluso de método bajo su forma más severa. Descartes comienza por dudar de todo, de la existencia de Dios, de la del mundo, de la suya propia; y sólo se detiene en el punto en que no puede dudar sin dejar de dudar, a saber: lo que duda en él, el pensamiento. Señores, entre la reflexión de Sócrates y el método de Descartes hay un intervalo de dos mil años. Así como la dialéctica griega es mucho más sincera, seria y profunda que la del Niaya, de igual modo el método de Descartes es superior a los procedimientos del espíritu antiguo con toda la superioridad de nuestra civilización sobre la civilización griega. Digámoslo una vez más: sin duda alguna, Descartes tiene un sistema; pero no es ésa su gloria principal; su gloria, como la de Sócrates, es el

Digitized by Google

haber dado al mundo moderno el espíritu filosófico, el cual ha producido y producirá mil sistemas. *Del Método*, tal es el título, tan simple hoy, pero tan prodigioso entonces, bajo el cual Descartes presentó al mundo sus pensamientos.

Era Descartes un gentilhombre bretón, militar, que tenía en el más alto grado nuestros defectos y virtudes; claro, firme, resoluto, bastante temerario, pensando en su gabinete con la misma intrepidez con que se batía ante las murallas de Praga. Había hecho la guerra como aficionado, y filosofaba de igual modo, para ponerse en claro consigo mismo, no teniendo la menor ambición, habiendo abandonado su país, no por fuerza, como se cree, sino voluntariamente. Era bastante rico y muy bien nacido. El cardenal Richelieu, quien amaba al gran Corneille y era un buen conocedor de hombres, le ofreció o le prometió una pensión: no la tocó jamás. Con algo que hubiera puesto de su parte, protegido como estaba por el padre Mersenne, hubiera podido medrar. Pero prefería recorrer el mundo, errar por Italia, charlar con Galileo, ir a ocultarse después en un poblacho de Holanda, dejar sus huesos en el Norte, filosofando por filosofar, reflexionando por reflexionar, preocupado únicamente de la necesidad de entenderse consigo mismo, de darse cuenta de sus conocimientos y de ver claro en todo. Concedía infinitamente más valor a su método que a sus más ilustres descubrimientos; y a tal extremo, que en una obra póstuma que yo he dado al público, Descartes se burla de quienes se imaginan que sus descubrimientos físicos y matemáticos eran la gran ocupación de su vida. Les dice: "No entendéis mi pensamiento. He hecho descubrimientos para ejercitar mi método. Si es que valen algo, concluid que algo vale mi método, y aplicadlo de nuevo a lo que queráis, a las matemáticas, a la física, poco importa a qué." Incluso la aplicación del álgebra a la geometría la ha hecho como jugando; se preocupaba sobre todo de su método y a él volvía sin cesar. Es el alfa y omega de sus escritos.

Digitized by Google

Una vez dado al mundo en 1637 el espíritu filosófico (y hablamos ahora en 1828, señores-, no se da detenido; se da desarrollado con el progreso proporcional que debe existir entre el movimiento del mundo moderno, el del mundo griego y el del mundo oriental. En siglo y medio, pues apenas data de más lejos, no han faltado en Europa los sistemas filosóficos. Ciertamente, no han faltado; y sin embargo, es muy extraño que se reproche a la filosofía moderna el perderse en un dédalo de sistemas; verdaderamente, es demasiada severidad para su corta vida. Yo observo que lejos de haberse perdido en un caos de sistemas, sin haber carecido de fecundidad filosófica, apenas ha producido más de dos o tres escuelas; aun está en pañales, por decirlo así; sin duda, podemos estar orgullosos de cuanto ha hecho, pero debemos contar mucho más sobre lo que hará, sobre lo que está llamada a hacer. Desde el primero que interpretó los Vedas hasta el último filósofo indochino, la filosofía oriental no ha retrocedido; de Sócrates a Proclo, la filosofía griega tampoco ha retrocedido; la filosofía moderna no retrocederá desde Descartes a las futuras generaciones.

Observad que la filosofía moderna también tiene su unidad como la filosofía griega. Incluso su unidad me parece hasta la fecha mucho más evidente que su diversidad. Es esta unidad, y no puede ser otra cosa, ese punto común a todos los filósofos de utilizar su razón con absoluta libertad. Se dirá que esta ventaja no ha dejado de ser utilizada por los pensadores de la edad media. Abelardo, Alberto, santo Tomás eran, es verdad, espíritus originales, incluso temerarios; pero en sus ímpetus más atrevidos tenían puesta sin cesar la mirada en los límites que les imponía la autoridad eclesiástica, y en ellos se encerraban o al menos pretendían encerrarse. Hoy la emancipación es completa; incluso reina en la filosofía de nuestra edad una especie de escepticismo aparente, un excesivo espíritu negativo que pone en evidencia al mismo tiempo la predominante necesidad de refle-

Digitized by Google

xión y el estado infantil del arte de reflexionar. Este fenómeno no es nuevo. En los comienzos de la filosofía griega, entre Pericles y Alejandro, el espíritu negativo, aunque fuertemente contenido por dos genios tan profundamente positivos como Platón y Aristóteles, estaba sin embargo de moda. De igual modo, desde Descartes, el espíritu negativo lastra aún, y en Francia sobre todo, el vuelo de la alta filosofía. No hay que extrañarse ni asustarse por ello. Todo gran cambio del espíritu humano comienza por la hostilidad; pero es solamente el punto de partida de los grandes movimientos, no su fin. Los chismes de portería (permitidme esta expresión) contra lo que hay de más santo y venerable irán cediendo poco a poco ante el verdadero espíritu de nuestra época. Sobrepasaremos esos hábitos estrechos y pusilánimes con el amplio empleo de la libertad. Cuando en lugar de ser simples manumitidos seamos hombres libres, no se nos ocurrirá emplear esta libertad, de la cual tenemos plena e íntegra conciencia, contra lo más noble y grande; nos contentaremos con usarla, y la esterilidad de una crítica minuciosa desaparecerá ante las visiones positivas, amplias y fecundas.

Pensad, señores, que nada retrocede, que todo avanza. La filosofía ha ganado pasando de Oriente a Grecia; ha ganado inmensamente pasando de Grecia a Europa: sólo puede ganar, conforme se adentre en el porvenir. En mi última lección he intentado mostraros que la filosofía es, si puedo expresarme así, el punto culminante del pensamiento individual; hoy la habéis visto engrandecerse sin cesar en proporciones considerables según lo ha significado en cada una de las tres épocas de la historia del mundo. Yo tengo fe de que en un porvenir desconocido se extenderá el espíritu filosófico, de desarrollará, y que, así como es el más alto y último desarrollo de la naturaleza humana, el último grado del pensamiento, será de igual modo el último grado de la especie humana y el punto culminante de la historia. En Oriente, por cien criaturas

Digitized by Google

pensantes y que estaban por consecuencia en posesión de la verdad, había una —digámoslo mediante cifras para hacerme comprender— que intentaba darse cuenta de la verdad y ponerse en claro consigo misma. Siguiendo este cálculo, en Grecia quizá había tres. Pues bien: hoy, que estamos en la infancia de la filosofía moderna, puede decirse que probablemente hay siete u ocho personas que intentan comprenderse, que reflexionan. Crece, se extiende sin cesar el número de pensadores, de espíritus libres, de filósofos, hasta que predomine y llegue a ser la mayoría de la especie humana. Pero ese día, señores, no lucirá precisamente mañana.

Por tanto, señores, no tengamos presunción, pues repito que venimos de ayer y aun hemos avanzado muy poco; pero tengamos fe en el porvenir, y por consecuencia seamos pacientes en el presente. Siempre habrá masas en la especie humana; no debemos aplicarnos a descomponerlas y disolverlas por anticipado. La filosofía se da en las masas bajo la forma ingenua, profunda, admirable, de la religión y del culto. El cristianismo es la filosofía del pueblo. Quien os dirige la palabra ha salido del pueblo y del cristianismo y espero que siempre lo reconoceréis en mi profundo, en mi tierno respeto por cuanto al pueblo y al cristianismo se refiere. La filosofía es paciente: sabe cómo han sucedido las cosas en las generaciones pasadas y está llena de confianza en el porvenir. Feliz de ver las masas, el pueblo, es decir, casi todo el género humano en brazos del cristianismo, se contenta con tenderle suavemente la mano, ayudándole a elevarse más.

Señores, un hombre que evidenciaba raras virtudes y una alta capacidad política, al menos para quienes no son bastante ciegos para negar a sus adversarios, incluso a los más temibles, las cualidades que les honran, M. de Serre, en 1820, ante el progreso quizá entonces un poco amenazador del espíritu de libertad, exclamó con acento patético: «La democracia se desborda.» Y un hombre que no gozaba de virtudes me-

Digitized by Google

nos puras ni de menor capacidad, y quien unía a ello una inteligencia admirable de los tiempos presentes, le respondió: «Si entendéis por democracia el progreso siempre creciente, desde hace algunos siglos, de la industria, las artes, las leyes, las costumbres, la cultura, acepto semejante democracia; y, por mi parte, lejos de blasfemar de mi siglo, agradezco a la Providencia el haberme hecho nacer en una época en la cual ha llamado a mayor número de criaturas al goce de las virtudes, de las costumbres, de la cultura, antes reservadas a unos pocos.» Estropeo las bellas palabras de M. Royer-Collard al citarlas de memoria; pero estoy seguro de no falsear su sentido, de ser fiel a su pensamiento. También hoy se oyen muchas lamentaciones acerca del progreso creciente del espíritu, que, según se dice, disuelve y pulveriza las creencias políticas y religiosas de la Europa moderna. Ante todo, yo no veo esa disolución, no creo en ella; conozco un poco Europa y no está en vías de disolución. Existe solamente, existe, lo reconozco, un progreso considerable, un progreso perpetuo del espíritu filosófico, de la reflexión aplicada a todas las cosas. La especie humana lleva hoy el manto viril; quiere ver claro en más de un punto antes rodeado de respetables tinieblas. Pues bien: también yo ante este espectáculo, agradezco a la Providencia por haberme hecho nacer en una época en la cual se ha complacido en elevar poco a poco al grado más alto del pensamiento a un mayor número de nuestros semejantes.

Después de haber intentado defender a la filosofía en las dos primeras lecciones, en una mediante el análisis, en otra mediante la historia, presentaré en la próxima lección algunas consideraciones sobre la historia de la filosofía.

Digitized by Google

Lección Tercera

DEFENSA DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Sumario: *Recapitulación de las dos lecciones anteriores. Una palabra sobre el método empleado. — Tema de esta lección: Aplicación a la historia de la filosofía de cuanto ha sido dicho de la filosofía. 1º, que la historia de la filosofía es un elemento especial y real de la historia universal, como la historia de la legislación, de las artes y de las religiones; 2º, que la historia de la filosofía es más clara que las demás partes de la historia y contiene la explicación de las mismas. Demostración lógica. Demostración histórica. Explicación de la civilización índica por la filosofía. Bhagavad-Gita. Explicación del siglo de Pericles por la filosofía de Sócrates. Explicación del siglo XVI por la filosofía de Descartes. Explicación del siglo XVIII por la filosofía de Condillac y de Helvetius; 3º, que la historia de la filosofía viene la última en el desarrollo de los trabajos históricos, de igual modo que la filosofía está en el último grado del desarrollo interior del espíritu y del desarrollo de una época. — Relación de la historia de la filosofía con la historia en general. En Oriente no existe la historia, y por consecuencia no hay historia de la filosofía. En Grecia. En los modernos. De la situación favorable de nuestro siglo para la historia de la filosofía.*

Señores:

He intentado demostrar en mi primera lección que la filosofía es una necesidad especial, un elemento incontestable de la naturaleza humana e incluso que este elemento tan real como todos los otros les era superior, ante todo porque contiene en sí todas las luces, luego porque las comunica a los otros elementos y a todos los explica. En mi última lección, llamando a la historia en ayuda del análisis, he demostrado que la civi-

Digitized by Google

lización, como imagen visible de la naturaleza humana, también encierra en todas sus épocas un elemento filosófico, el cual sostiene con los otros elementos de la civilización exactamente la misma relación que el elemento filosófico que ya hemos reconocido y señalado en la conciencia individual sostiene con los demás elementos de la naturaleza humana. He aquí, señores, el punto a que hemos llegado. Me permito llamar vuestra atención acerca del método que a él nos ha conducido, puesto que este método presidirá toda mi enseñanza. Me sentiré feliz si puedo presentaros ahora algunas verdades importantes y poco extendidas; lo seré mucho más aún si logro establecer en vuestro espíritu lo que está por encima de toda verdad particular, a saber: el método; pues el método, garantizando la exactitud de las verdades que desarrollaré ante vosotros, os dará al mismo tiempo los medios de rectificar los numerosos errores que sin duda se me escaparán, y os ayudará a hallar por vosotros mismos nuevas verdades. Éste es sobre todo un curso de método; y repito que el método que presidirá estas lecciones es la identidad de la psicología y de la historia.

Después de haber defendido la filosofía, vengo hoy a defender la historia de la filosofía; vengo a aplicar a la propia historia de la filosofía cuanto he dicho de la filosofía misma, recomendándola por los mismos títulos y demostrando así que sostiene con las otras ramas de la historia universal de la humanidad las mismas relaciones que sostiene la filosofía con los otros elementos de la civilización y de la naturaleza humana. Por tanto, esta lección no será otra cosa que un corolario, una secuela de las dos primeras.

Ante todo, está completamente claro que si la filosofía es un elemento real, una necesidad fundamental de la humanidad, las diversas maneras según las cuales los hombres han satisfecho esta necesidad en los diversos tiempos y lugares, los desarrollos que este elemento ha sufrido al paso de los siglos, también me-

Digitized by Google

recen ser constatados, recogidos y reproducidos; en una palabra, que la historia de la filosofía ocupa por propio derecho un lugar en la historia general de la humanidad, de igual modo que la historia de la industria, la historia de la legislación, la historia de las artes y la de las religiones.

Temo seguir, señores; pero no soy yo, sino que es la lógica más vulgar la que saca por sí misma la consecuencia de las premisas que hemos propuesto. Si es verdad, como hemos demostrado, que el elemento filosófico de la naturaleza humana es superior a los demás elementos, entonces —lo digo con cierto embarazo, pero estoy forzado a decirlo— la historia de la filosofía también es superior a todas las demás partes de la historia de la humanidad; y es superior por las mismas ventajas que recomiendan a la filosofía: a saber, que es más clara que las otras ramas de la historia, y que si éstas la prestan su luz, ella les envía otra mucho más viva y penetrante que las ilumina en sus últimas profundidades, produciendo una inmensa claridad sobre todas las partes de la historia universal.

Decir que la historia de la filosofía es más clara que la historia política, que la historia de las artes, que la historia de las religiones, es, convengo en ello, adelantar una paradoja. Y, sin embargo, no es sino la consecuencia de la proposición que ha sido establecida en la primera lección: que toda claridad reside en las ideas. Ya sé que las abstracciones filosóficas no gozan de esta reputación. Es una pura ingratitud, señores; pues en el fondo otorgamos toda nuestra confianza a esas abstracciones que tanto acusamos, sólo en ellas creemos, sólo a ellas comprendemos, y es en ellas y por ellas que lo comprendemos todo. Tomemos un ejemplo muy elevado y muy vulgar al mismo tiempo. He aquí, señores, dos objetos muy positivos, muy reales, muy determinados, y que no tienen nada de abstracto: dos cantidades concretas; y he aquí otras

Digitized by Google

dos. En presencia de estos dos grupos de cantidades concretas muy diversas, y sean las que sean, yo afirmo, todos nosotros afirmamos que su relación numérica es una relación de igualdad. Pues bien: yo os pregunto si esta verdad, esta relación reside en lo determinado, en lo concreto de esos objetos, o si es independiente de ellos. Negad, si podéis, por ejemplo, que dos en sí iguala a dos en sí; yo os pregunto entonces si podríais decir legítimamente que estas dos cantidades concretas igualan estas otras dos cantidades concretas. No, señores; pues aquí es lo abstracto lo que ilumina lo concreto, y lo que constituye la verdad que en principio habíamos aprehendido. Entendedme bien: yo no quiero decir que el espíritu humano comience por la abstracción; que tenga en principio en sí mismo la inteligencia clara y perfecta de las relaciones abstractas de los números, y que después, armado con esta inteligencia, aborde los objetos sensibles y las cantidades concretas y determine sus relaciones. Ciertamente, no; pero yo sostengo que a la vista de estas cantidades concretas, los sentidos y la imaginación se estimulan ante la parte determinada de ese fenómeno exterior y visible, mientras que la relación de igualdad escapa a los sentidos y a la imaginación porque es invisible, intangible y no tiene existencia concreta; y sostengo que es el espíritu (lo sepa o no lo sepa) quien, dotado de esta facultad de concebir las relaciones de los números, una vez que dichas cantidades concretas se le presentan a los sentidos, y bajo esta condición, es el espíritu, digo, quien entra en ejercicio y concibe lo abstracto en lo concreto; de suerte que entonces, mediante una operación compleja cuyo misterio es el misterio mismo de la unión de nuestra naturaleza sensible con nuestra naturaleza intelectual, afirmamos que esas dos cantidades concretas que aquí están son numéricamente iguales. Pues bien: así como es el espíritu y no los sentidos quien aprehende esta relación, de igual modo la verdad, la relación aprehendida, está en lo abstracto y no en lo concreto; y no admitimos

Digitized by Google

la relación de cantidades concretas porque admitimos la relación de cantidades abstractas en sí mismas; y tan pronto como hemos separado mediante la reflexión las relaciones abstractas de los determinados sujetos que las contenían, sabemos que hemos llegado en este género a la fuente misma de la comprensión. Por tanto, en este ejemplo toda comprensión reside en la abstracción.

Tomemos otro ejemplo. Supongamos que tiene lugar en este momento cierto fenómeno; que un cambio cualquiera, positivo, determinado, concreto, suceda ante nuestros ojos en el mismo momento que hablamos; no hay nadie entre nosotros que no suponga en ese mismo instante que ese cambio no ha sucedido solo, es decir, que tiene una causa cualquiera, pero determinada, positiva, concreta. Esto es lo que todos supondríamos. Estamos hechos de tal manera que inmediatamente que nos aparece un fenómeno no podemos dejar de suponer una causa que le haga aparecer y a la cual le referimos. Pues bien: ¿dónde está, entre las cosas exteriores, en el fenómeno visible, esa relación que suponemos en ello, la relación de causa a efecto? Desde Hume no se puede suponer que el fenómeno sensible, en lo que tiene de determinado, de visible y concreto, encierre esa relación del efecto a su causa; está probado que el fenómeno sensible no da más que una conjunción fortuita, una conexión accidental: una bola de billar, por ejemplo, que está en movimiento detrás de otra; un movimiento que tiene lugar, y otro que le sucede en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, la relación de causa a efecto está ahí, y el género humano ahí la pone invenciblemente. Está ahí, pero no es la sensibilidad la que la descubre, sino el espíritu; y recíprocamente, lo que la constituye no es el fenómeno sensible y concreto, sino que es precisamente en la abstracción del principio donde reside su esencia y su fuerza; y también aquí es la verdad abstracta la que funda y legitima la verdad que se encuentra en lo concreto. Digámoslo una vez más, la abstracción no es el comien-

Digitized by Google

zo de la inteligencia, pues la inteligencia no comienza por la reflexión sino que es la abstracción la que, sin saberlo la inteligencia, la gobierna; y cuando la reflexión la ha despojado de las claridades aparentes que la ofuscaban, su evidencia es tal que entonces la inteligencia no exige ni admite ninguna otra. En el mundo visible existe una aritmética y una geometría superior que el mundo contiene, pero que no lo constituye, una aritmética y una geometría totalmente abstracta que aprehende el ojo del verdadero geómetra, y en la cual ve la naturaleza mucho mejor de lo que la ve en la realidad. Para Aristóteles el principio abstracto de la causalidad, invisible e inimaginable, puramente inteligible, la categoría de la causa en su abstracción, es el secreto de la vida íntima de la naturaleza y de esos mismos fenómenos del movimiento que la manifiestan y la velan. Toda comprensión, como toda verdad, reside pues en la abstracción; es decir, en la reflexión; es decir, en la filosofía. Me apresuro a volver a la historia.

También en la historia, señores, en toda época de la civilización, hay dos elementos. Existen acontecimientos materiales, ya se realicen en el campo de batalla o en el gabinete; existen movimientos más o menos considerables de la industria; existen obras maestras de las diferentes artes; reina tal o cual culto. Es éste el elemento exterior y, por decirlo así, concreto de una época. Sin duda que está en él el pensamiento de la época; pero está bajo formas que, manifestándola, la expresan infielmente, puesto que todas ellas la expresan y sólo pueden expresarla a su modo, es decir, de una manera especial, determinada y, por consecuencia, limitada; de suerte que hay contradicción necesaria entre el pensamiento y la forma que lo representa. Pero la filosofía despoja al pensamiento de toda forma exterior. Es la identidad del sujeto del pensamiento y de su objeto, la identidad absoluta del pensamiento que se toma a sí mismo por término de su propia acción. No

Digitized by Google

tiene una forma extraña, y por consecuencia no tiene forma limitada y finita; por consecuencia, además, desaparece toda contradicción. En fin, la filosofía es la reflexión; la reflexión es la conciencia más clara de uno mismo. Así, es en la filosofía donde el pensamiento de una época llega a saberse a sí mismo; en ninguna otra parte se conoce; está ahí, sin duda, pero es para sí mismo como si no existiera. Por tanto, la filosofía es el elemento interno, el elemento abstracto, el elemento ideal, el elemento reflexivo, la conciencia más viva y más alta de una época.

En todas las épocas de la civilización reina un pensamiento oscuro, íntimo, profundo, que se desarrolla como puede en el elemento exterior de esa época, en sus leyes, artes, religión, los cuales son para tal pensamiento símbolos más o menos claros que atraviesa sucesivamente para volver a sí mismo, para adquirir una conciencia y una inteligencia completa de sí mismo, tras haber agotado su despliegue total. Pues bien: esta conciencia, esta inteligencia, sólo puede adquirirla en la filosofía. Recorred los anales de la civilización y hallaréis que siempre es la filosofía de una época la que encierra su pensamiento completo, la que le despoja de sus velos políticos y religiosos, quien se encarga, por decirlo así, de traducirla a una fórmula abstracta, clara y precisa. Tomad a voluntad tal o cual época de la historia de la humanidad; dejad de lado su filosofía, evitad todas las luces que os presenten vuestros recuerdos de la filosofía de esa época, y veréis cómo se oscurece; por el contrario, devolvedle su elemento filosófico, y le devolvéis su explicación y su luz.

Transportaos, señores, a Oriente, y, para limitar vuestro horizonte, deteneos en la India. Dirigid una mirada a ese simbolismo universal que por todas partes se manifiesta y que sin duda expresa algo, e investigad sinceramente lo que exprese, lo que quiera decir esta historia política casi mitológica, sin cronología, co-

Digitized by Google

mo la eternidad; lo que signifiquen esos monumentos del arte y de la religión, tan extraños, tan desmesurados, tan extravagantes en apariencia. Sin duda suponen una idea; pero preguntaos cuál es. Si sois de buena fe convendréis que nada claro sale de ese espectáculo extraordinario. Por mi parte, confesaré que muchas veces, al considerar de nuevo los diversos monumentos de esta vieja civilización, mi pensamiento se doblega y se turba. Pero con sólo releer algunas páginas de una obra filosófica, inmediatamente vuelve a mi pensamiento el orden, la claridad, la precisión: una luz vasta y segura ilumina a mis ojos esta civilización misteriosa, y el espíritu de sus cultos, de su arte y de sus leyes se refleja por entero sobre este solo punto y en él queda al descubierto.

Abrid, por ejemplo, el Bhagavad-Gita; es un episodio muy corto de un poema inmenso. Dos grandes ejércitos, el de los Pandos y el de los Kuros, están frente a frente y próximos a llegar a las manos. Una inmensa carnicería se prepara. En uno de ambos ejércitos se halla un joven guerrero muy valiente, pero que en el momento de verter la sangre de sus parientes y amigos (pues ambos ejércitos están compuestos de amigos y parientes) siente que su valor le abandona. Incita a otro personaje a que adelante un poco su carro por la llanura, a fin de reconocer la situación; y después de haber comparado ambos ejércitos, el bueno de Ardschuna confiesa a Crishna su incertidumbre. ¿Qué le responde Crishna? «En verdad, Ardschuna, eres ridículo con tu piedad. ¿Qué hablas de amigos y parientes? ¿Qué hablas de hombres? Parientes, amigos, hombres, bestias o piedras, todo es uno. Una fuerza perpetua y eterna ha hecho todo lo que ves y lo renueva sin cesar. Quien hoy es hombre, ayer era planta, y quizá mañana lo vuelva a ser. El principio de todas estas cosas es eterno, ¡qué importa lo demás! Tú estás, como Schratrias, como perteneciente a la casta de los guerreros, condenado a batirte: hazlo, pues. Resultará una carnicería espantosa, pero al día siguiente el sol lucirá

Digitized by Google

sobre el mundo, iluminará nuevas escenas y el principio eterno subsistirá. Fuera de ese principio, todo lo demás es ilusión. El error fundamental consiste en tomar en serio lo que sólo es aparente; si tú concedes valor a lo aparente te engañas; si te arrebata tu acción, te engañas también; pues como todo es una gran ilusión, cuando se toma en serio la acción es una ilusión más; la belleza, el mérito de la acción, consiste en un hacer con cierta indiferencia a los resultados que produzca. Sin duda que es preciso obrar, pero como si no se obrara. No existe otra cosa que el principio eterno, el ser en sí. De ello se sigue que la suprema sabiduría consiste en dejar hacer, en hacer lo que se está forzado a hacer; pero como si no se hiciera, sin preocuparse del resultado, inmóvil en lo interior y con la mirada constantemente fija en el principio absoluto, única cosa que existe con verdadera existencia.»

He aquí, señores, bajo forma un poco occidental, el resumen filosófico de ese sublime episodio. Ahora, con esta antorcha en la mano, examinad lo que antes os había parecido tan oscuro, y al menos esas tinieblas se os harán visibles. Comprenderéis cómo ante ese teísmo terrible y quimérico, figurado en símbolos extravagantes y gigantescos, ha debido temblar y aniquilarse la naturaleza humana; cómo el arte, en su tentativa impotente de representar el ser en sí, ha debido entregarse sin medida a creaciones colosales y desordenadas; cómo, siendo Dios todo y el hombre nada, ha debido pesar sobre la humanidad una teocracia formidable, quitándola toda libertad, todo movimiento, todo interés práctico, por tanto toda verdadera moralidad; y cómo el hombre, despreciándose a sí mismo, no ha podido pensar en recoger la memoria de los actos que no realizaba, cómo no existe historia humana en la India, y desconoce por consecuencia la cronología.

Pasad del Oriente a Grecia; colocaos en el siglo de Pericles, por ejemplo, y comparad, respecto a claridad,

Digitized by Google

los acontecimientos exteriores, las medidas legislativas, las obras de arte, las representaciones de la religión, con esas abstracciones, en apariencia ininteligibles, a que da nombre la filosofía, y ved de qué lado se ilumina más el espíritu de este gran siglo.

Pericles dicta una ley en virtud de la cual todos los soldados de mar y de tierra recibirán una paga. ¿Qué significa semejante ley? Reflexionando, se encuentra que tal disposición convenía mucho a la dictadura de Pericles, quien, dando semejante ley bajo su administración, se atraía los ejércitos de mar y de tierra. También se encuentran otras maneras de comprender esa ley y la intención de su autor. Pero, en fin, examinada en sí misma, ¿qué claridad vierte sobre la época de que forma parte? ¿Ilumina mucho los restantes elementos de la misma? ¿Qué significa para la historia del arte y para la historia de la religión ateniense?

Cambiad el ejemplo. Considerad una obra de arte de esa época; por ejemplo, la bella estatua que podéis ver aquí, en el Museo del Rey, y que suele atribuirse al siglo de Pericles, la Palas llamada Palas de Velletri. Si os la representáis bien, si la comparáis con otras estatuas análogas que producía el cincel griego un siglo o dos antes del siglo de Pericles, hallaréis una diferencia evidente. En unas veréis los brazos ceñidos al cuerpo, los pies unidos, una pronunciada rigidez, ausencia de movimientos y de vida; en fin, un aspecto general que contrasta de modo asombroso con el que ofrece ante todo esta admirable estatua. La cual todavía resulta compacta, bastante maciza, de tamaño mayor que el natural y de estilo muy severo; pero los pies ya están suficientemente separados: en rigor, podría andar. Los paños marcan sin esfuerzo las diferentes partes del cuerpo: se siente que hay debajo un ser viviente. Un brazo porta el escudo, y el otro el signo de toda actividad y energía: la lanza. En sus rasgos, por su frente, un pensamiento tranquilo y profundo: se ve que no es una mujer; se ve, al mismo tiempo, que no es una divinidad indiferente a la humanidad, una cualidad

Digitized by Google

esencial del ser, sino algo de sobrehumano y de humano al mismo tiempo que tiene conciencia de sí, que puede, sabe, quiere, obra. No se necesita un estudio muy profundo para admirarse de este carácter de la Palas, sobre todo por su contraste con las obras análogas anteriores. Sin embargo, yo no estoy seguro de no haber tomado de mis estudios filosóficos algo de esta manera de concebirla. Y esto es tan verdad, que aun se discute sobre esta estatua tanto como sobre la ley de Pericles.

Examinad el culto más claro de todos los cultos griegos, el de la ciudad de las luces, el culto de Atenas, el culto de Minerva; poneos, si no ante monumentos, al menos ante las descripciones que de ellos nos restan. Se dice que todos los años, en las grandes panateneas, se llevaba en procesión al Acrópolis un navío simbólico con una vela misteriosa, en la cual figuraban los actos de la diosa; por ejemplo, su victoria sobre los Titanes, los hijos de la tierra. Nosotros entrevemos, hoy sobre todo, algo de estas representaciones simbólicas. Se ve bien que hay en ellas una idea de lucha entre la fuerza moral y la fuerza física; que esta Palas no es un símbolo astronómico, como las divinidades de Egipto; que no se trata aquí de una religión de la naturaleza, sino que implica alusiones a la civilización y a las leyes. Se percibe todo esto, pero tan oscuramente, que, en un diálogo de Platón, Sócrates declara no comprender absolutamente nada de todas estas representaciones fabulosas; y, dirigiéndose a un ministro del culto, le pregunta si entiende algo de semejantes cuentos. Sócrates le interroga además sobre otro culto, el de Júpiter, donde se decía que éste, para penar alguna mala acción de su padre Saturno, le había mutilado: drama mitológico del cual concluye el interlocutor de Sócrates (teniendo que censurar una acción de su padre), que para imitar a Júpiter no puede hacer nada mejor que acusar a su padre ante la justicia y pedir su muerte. He aquí cómo entendía Eutifrón (1) el culto de Júpiter. Sócrates te-

(1) Véase el diálogo platónico de este nombre.

Digitized by Google

nía la buena fe de declarar que él no comprendía nada de ello. Hoy, nosotros lo comprendemos más. Sin embargo, ¿ha logrado disipar la crítica simbólica toda oscuridad a este respecto?

Por el contrario, tomad la filosofía de Sócrates. Sócrates no tiene sistema, pero tiene unas direcciones para su pensamiento. Si bien no las traza por completo, al menos determina su punto de partida. Y este punto de partida consiste en aplicar la reflexión a todas las cosas, pero ante todo a la naturaleza humana. El estudio de la naturaleza humana, el conocimiento de sí mismo, tal es en Sócrates el verdadero comienzo de la filosofía. Mientras, con anterioridad, los pitagóricos limitaban toda filosofía a la teología y los jónicos la limitaban a la física, Sócrates es el primero que demuestra que si el hombre está en relación con el mundo y con Dios lo está en virtud de su propia naturaleza, por las leyes de su naturaleza; y por ello, que es esta naturaleza la que ante todo debe examinarse, a fin de saber cuáles pueden ser las verdaderas relaciones de la criatura humana, una vez bien conocida, con lo que no es ella misma, con el mundo y con Dios; en una palabra, a la teología y a la cosmología Sócrates sustituye o agrega la psicología. Así, sin misterios ni velos, he aquí el ser libre, el ser en posesión del movimiento voluntario, el ser personal, el ser social y progresivo, capaz de prever, de querer y de ejecutar su voluntad, capaz de energía y de sabiduría; he aquí, en fin, al hombre (hasta entonces descuidado e inadvertido por la física y la teología), establecido ahora como punto de partida y centro de todo estudio, constituído a sus propios ojos como ser de valor inestimable y como el más digno objeto del pensamiento. Esto es lo que dice categóricamente la filosofía socrática con las fórmulas severas y lúcidas de la abstracción metafísica. Esta abstracción da una claridad inmensa sobre todo el siglo que ha podido producirla. Con ella, nada más claro que el siglo de Pericles. Si el trabajo general de la época ha conducido a la creación de la psicología, es preciso que la pro-

Digitized by Google

pia idea de la psicología, a saber, la importancia de la personalidad humana, haya presidido la formación de esta época y la organización de los diversos elementos de que se compone. ¡Qué de cosas, antes enigmas indescifrables, podréis comprender ahora! Es claro que la idea general del siglo creador de la psicología tiene que haber sido la idea de la grandeza de la personalidad humana bajo todas sus formas, en todos sus grados, tanto en el cielo como en la tierra, en religión, en arte, en legislación, en filosofía. Siempre que la filosofía se ocupa de la persona, que atribuye una inmensa importancia al estudio de la persona humana, es que ha llegado el tiempo de la personalidad. Asegurad entonces que los dioses ante los cuales se ponga de rodillas esta personalidad serán dioses más o menos personales; asegurad que las representaciones del arte ya no caerán en una grandiosidad extravagante sino que tendrán ese carácter de mesura, finito en el seno mismo de lo infinito, que es precisamente el carácter de la persona humana; asegurad, en fin, que la legislación del tiempo será una legislación que respetará la libertad, la protegerá y la extenderá; que será liberal y más o menos democrática. He aquí por qué, en lugar de formar un ejército equipado a su propia costa, compuesto en consecuencia por las mejores fam lias, las de los ricos y las de los eupatridas, Pericles ha formado un ejército cívico, un ejército en el cual podía entrar todo el mundo. tanto pobres como ricos; un ejército penetrado del espíritu del tiempo y capaz de defenderle. He aquí también la explicación de la ley por la cual Pericles daba algunos óbolos a todos los ciudadanos nacidos libres que asistieran a las asambleas políticas. Yo no digo que sin el elemento filosófico el siglo de Pericles sea incomprensible; pero creo que ahora debe pareceros incontestable que la más alta claridad le viene de las propias abstracciones de la filosofía socrática.

Si aplicamos este punto de vista a la historia moderna, no le hallaremos menos fecundo ni menos luminoso.

Digitized by Google

Ante todo y en general, en el progreso de la civilización los elementos exteriores de cada siglo — y, si me permitís este lenguaje, los símbolos de la idea de cada siglo —, se limpian, se iluminan, revelando cada vez más el espíritu que los anima. Así, la idea del mundo griego es más transparente que la del mundo oriental, y la idea de la historia moderna lo es mucho más que la de la historia antigua. En nuestra época las artes, las leyes, los acontecimientos políticos o religiosos, tienen un carácter más ideal y luminoso; pero, por luminoso que sea este carácter, para comprenderle aún mejor, conviene dirigirse a la filosofía del tiempo, la cual está encargada de dar la fórmula más precisa, más general. Sin duda se comprende bastante fácilmente, sobre todo hoy, el íntimo pensamiento oculto en el movimiento religioso del siglo XVI, así como el porqué de los movimientos políticos en la revolución de Inglaterra. Sin embargo, sin insistir sobre este punto, pregunto si no se le comprende de un modo muy diferente cuando se le ve el final del siglo XVI resolviéndose en la filosofía cartesiana. El siglo XVI, con sus tendencias más íntimas, desconocidas por sí mismo, agrandadas e idealizadas, desarrolladas hasta sus últimas consecuencias, se hace hombre, señores, en la persona de aquel que dijo en 1637: «No existe otra autoridad que la del pensamiento individual; la propia existencia tiene por única manifestación el pensamiento; y yo sólo existo para mí mismo porque pienso. La autoridad de todas las verdades posibles sólo lo será a este título: que son evidentes para mí en mi libre pensamiento.» Con esto no queda recusada solamente la autoridad de Aristóteles, sino toda otra autoridad que no sea la del pensamiento. Una vez más, sin insistir en ello, concebís qué nueva luz proyecta sobre los hechos contemporáneos semejante hecho.

Podría tomar a voluntad un cierto número de siglos y, dados los elementos exteriores de cada uno de ellos, determinar la filosofía a la cual han debido conducir; o mejor, y con mayor seguridad, dada la filosofía de

Digitized by Google

una época, determinar por ella, de manera general, el carácter de todos los elementos exteriores de esa época. Mi l mitaré al siglo XVIII. Tomad la filosofía del siglo XVIII y ved si, dada esta filosofía, no deducís perfecta e inmediatamente el siglo entero.

Suponed, señores, que en medio de un siglo se levante un hombre y diga: No hay ninguna idea que no venga al hombre por sus sentidos. Y suponed que esta afirmación quede aceptada universalmente, constituya la filosofía del siglo. Suponed aún que al lado de este hombre se levante otro y agregue: Como no existe nada en el pensamiento que no provenga de los sentidos, y como todas nuestras ideas se reducen en último análisis a sensaciones de igual modo, en los motivos determinantes de nuestras acciones no hay nada que no pueda reducirse a un motivo interesado, al egoísmo. Suponed que esta doctrina haya parecido tan simple, tan evidente, tan incontestable al siglo que la escucha, que no haya encontrado ninguna oposición, que se haya establecido sin lucha, en todas las jerarquías y clases, y que el inmenso éxito de esta doctrina haya llevado a exclamar, con toda sencillez, en los salones de la capital, a una persona que representaba, por decirlo así, en pequeño, toda la inteligencia de su época: «No es de extrañar el éxito del libro de Helvetius; ha repetido el secreto de todo el mundo.» Ciertamente, no; no es el secreto de todo el mundo; no es el secreto de la humanidad ni de todas las épocas de la historia; pero es verdad que era el secreto de aquélla, y poco más o menos el de todo el mundo del siglo XVIII.

Pues bien; yo os pregunto si a esta luz del siglo XVIII no será fácil orientarse por ese siglo, si no podría determinarse por anticipado el necesario carácter de todos sus demás elementos. ¿Cuál podrá ser el gobierno de semejante época? Seguramente no será un gobierno libre, fundado en el conocimiento y respeto de los derechos de la humanidad, ¿pues, cómo podrían ser

Digitized by Google

sospechados, reivindicados, conquistados esos derechos? La filosofía de la sensación y del egoísmo ha debido ser contemporánea de un orden social sin dignidad, de un gobierno arbitrario y absoluto, pero de un gobierno absoluto que sucumbe él mismo por debilidad y corrupción. Repugna entonces que la religión tenga imperio alguno sobre las almas; pues toda religión, sea la que fuere, inculca una doctrina muy diferente que la del dominio de los sentidos y del placer. Las artes y la poesía serán necesariamente pequeñas y mezquinas, pues no puede admitirse que la forma del pensamiento y del sentimiento fuera grande cuando el sentimiento y el pensamiento mismos carecieran de grandeza.

Recorred así todos los elementos del siglo XVIII; podréis determinar perfectamente y por anticipado su carácter, buscando en ellos la contraprueba de su filosofía. Repito que se puede hacer las dos operaciones siguientes: ir de los elementos exteriores de una época a su filosofía, o ir de la filosofía de esta época a los demás elementos contemporáneos; con la diferencia de que, partiendo de la filosofía, nos situamos en el centro mismo de la época, mientras que, si partís de otro elemento, cualquiera que éste sea, quedáis en un punto de la circunferencia y os escapará el movimiento total.

Si estas consideraciones son exactas, se sigue de ellas que como la filosofía es el punto culminante de la naturaleza humana, la historia de la filosofía es también el punto culminante de la historia, la única historia verdadera, la historia de la historia.

La historia de la filosofía es a las demás partes de la historia de la humanidad lo que la historia de la humanidad es a la de la naturaleza exterior. En la naturaleza exterior hay también un pensamiento, pero un pensamiento que se ignora a sí mismo, y el cual, oculto y como sepultado en el mundo inorgánico, comienza a manifestarse en el mundo vegetal, manifestándose todavía más en el animal, y sin aprehenderse a sí mismo

Digitized by Google

ni llamarse *yo* más que en la humanidad, quiero decir, en la conciencia del hombre. Sí, señores, también existe una historia del mundo exterior; pues este mundo exterior tiene su base, su desarrollo regular y su progresión. Existe toda una escala de seres impersonales, la cual recorre el pensamiento para llegar a la conciencia de sí mismo; sólo empieza a saberse en la humanidad. Entonces comienza para él un nuevo desarrollo, más rico aún y tan regular como el precedente, y el cual también debe recorrer hasta llegar, no ya a la simple conciencia, sino al conocimiento absoluto de sí mismo. Para llegar a este conocimiento pleno y total de su naturaleza y de las riquezas que encierra, necesita el mismo trabajo que ha necesitado para llegar de la naturaleza inorgánica a la naturaleza personal. Este trabajo es toda la historia de la humanidad, con todos sus elementos, la historia industrial y política, la historia de las religiones, la historia de las artes; el último y más elevado es la historia de la filosofía. Es solamente en ella donde la humanidad se conoce a sí misma plenamente, con toda la riqueza de su desarrollo, con todos sus elementos, elevada, por decirlo así, a la más alta potencia y colocada en su claridad más verdadera. Así como la historia de la humanidad es el coronamiento de la historia de la naturaleza, de igual modo, la historia de la filosofía es el coronamiento de la historia de la humanidad.

He aquí por qué la historia de la filosofía viene siempre en último lugar. Cuando la historia política, la historia de las artes, la historia de las religiones son débiles, la historia de la filosofía es débil o nula. Cuando se engrandece la historia, la de la filosofía se engrandece en la misma proporción. Por ejemplo, hemos visto que en la India no ha habido historia por la razón de que no había libertad; porque a los hombres, no tomándose en serio, ni ellos mismos ni sus actos, no se les ocurría registrarlos ni tenerlos en cuenta; y porque siendo los jefes sacerdotes, y representando estos sacerdotes a sus dioses, siendo ellos mismos dioses, la cro-

Digitized by Google

nología se confundía con la mitología, y así la historia no ha podido llegar a una existencia independiente. Ahora bien; donde no hay historia o apenas hay historia de los otros elementos de la civilización, no esperéis una historia de la filosofía. En Grecia comienzan con la libertad la cronología y la historia. Allí los hombres eran libres y se respetaban, tomando en serio los actos que realizaban, recogiéndolos, escribiéndoles primero en crónicas, y elevándose poco a poco a la historia propiamente dicha. Entonces, y solamente entonces, es posible una historia de la filosofía. Fué también en Grecia donde ha nacido la historia de la filosofía; pero se ha mantenido y debía mantenerse en la infancia. Como únicamente ha brillado en Grecia la historia política, y apenas ha tenido historia de las artes ni de las religiones, la historia de la filosofía ha participado de esa debilidad general; apenas ha salido de la crónica; al menos, hasta nosotros sólo han llegado una especie de crónicas de la filosofía antigua. En la edad media no ha habido más que crónicas de todas clases. Fué con la civilización moderna cuando ha comenzado la historia, la cual ha salido de la crónica para alcanzar al fin su verdadera forma. Ha pasado poco a poco de la política al arte, y del arte a la religión. Desde hace medio siglo se han emprendido trabajos considerables acerca de las partes más elevadas de la historia de la humanidad. La historia de la filosofía ha llegado a su vez y tiene su lugar en ese progreso general de los trabajos históricos. Está en la fuerza de las cosas, en el destino de la civilización, de la historia y de la filosofía, que este movimiento se extienda sin cesar. Nacida ayer, un inmenso porvenir se extiende ante la historia de la filosofía. Llegada la última, le ha sido reservado el más alto lugar: los destinos de la filosofía deben ser los suyos. Esperemos que Francia, que ya ha comenzado con tanta brillantez la historia política, que ha dado un sucesor a Winckelmann, un intérprete a Creuzer, que en otro tiempo ha producido a Descartes, no sea infiel a sí misma, y que tras haber entrado por la vía filosó-

Digitized by Google

fica que ha abierto a otros pueblos, entrará a su vez en la de la historia de la filosofía y dejará en ella su huella. ¡Sería feliz, señores, si estas lecciones pudieran apresurar el porvenir, despertando la atención y el interés de tantos espíritus llenos de entusiasmo y de vigor hacia la filosofía y su historia!

Digitized by Google

Lección Cuarta

DEL MÉTODO Y DE SU APLICACIÓN

Sumario: *Que la historia de la filosofía es a la vez especial y general. — De las cualidades de un historiador de la filosofía. — Del amor a la humanidad. — Del método histórico. Dos métodos. Método empírico. Que es casi impracticable y no puede dar razón de los hechos. — Del método especulativo. — Alianza de ambos métodos en uno solo, el cual, partiendo de la razón humana, de sus elementos, de sus relaciones y leyes, buscaría el desarrollo de todo esto en la historia. El resultado de semejante método sería la identidad del desarrollo interior de la razón y de su desarrollo histórico, la identidad de la filosofía y de la historia de la filosofía. — Aplicación de este método. — Tres puntos que el método debe abarcar: 1º, enumeración completa de los elementos de la razón; 2º, su reducción; 3º, todas sus relaciones. — Antecedentes históricos de esta investigación. — Aristóteles y Kant. — Vicios de sus teorías. — 1º Enumeración de los elementos de la razón; 2º, reducción a dos, la unidad y la variedad, la identidad y la diferencia, la substancia y el fenómeno, la causa absoluta y la causa relativa, lo finito y lo infinito, el pensamiento puro y el pensamiento determinado; 3º, relaciones. — Contemporaneidad de dos ideas esenciales de la razón en el orden de su adquisición. — En la esencia, superioridad y anterioridad de uno sobre el otro. — En el tiempo, coexistencia necesaria de ambos. — Generación del uno por el otro. — Resumen.*

Señores:

La filosofía es a la humanidad lo que la humanidad es a la naturaleza; de igual modo, lo que la historia de la humanidad es a la historia de la naturaleza, la historia de la filosofía lo es a la historia de la humanidad. También hay un gran pensamiento, un pensamiento divino en el mundo físico, pero está en este mundo sin conocerse a sí mismo; sólo es a través de los

Digitized by Google

diferentes reinos de la naturaleza y mediante un trabajo progresivo como llega a la conciencia de sí mismo en el hombre, donde primeramente se conoce muy imperfectamente, hasta que, de grado en grado, y por así decir, de reino en reino, mediante el trabajo progresivo de la historia, no solamente alcanza la conciencia, sino la inteligencia plena e íntegra de sí mismo. Esta inteligencia absoluta y adecuada del pensamiento por sí mismo es la historia de la filosofía.

La consecuencia de esto, señores, es que la historia de la filosofía es a la vez una historia especial y una historia muy general. Es especial en cuanto traza el desarrollo de un elemento especial de la naturaleza humana: la razón; bajo este aspecto tiene sus propios acontecimientos, sus leyes particulares, su movimiento propio, un mundo aparte. Pero, como el desarrollo de la razón presupone el desarrollo de todos los demás elementos de la naturaleza humana, la historia de la filosofía presupone todas las otras ramas de la historia: la historia de la industria, la de la legislación, la del arte, la de la religión; su movimiento refleja todos los movimientos de las anteriores y secundarias esferas; sus leyes envuelven todas las demás leyes; en fin, señores, como ya he dicho en mi lección anterior, es la historia de la historia. Se ha considerado como una importante conquista del espíritu humano desde hace un siglo el haberse elevado del interés hasta entonces concentrado en algunos individuos y en los acontecimientos diplomáticos y militares, al superior interés por las costumbres, la legislación, las artes, el culto, de un pueblo, de un país, de una época dada; y, en efecto, ha sido éste un progreso real de la historia. Pero, ¿qué es un pueblo, un país, una época, en el movimiento general de la humanidad, en la cual se encuentran todos los pueblos, todos los países y todas las épocas, todas las legislaciones, todos los sistemas artísticos y todas las religiones? La idea de reproducir ese movimiento total tenía que ser una conquista tardía de la historia; data de los últimos años del último siglo. Pues bien, señores:

Digitized by Google

ese gran movimiento no es otra cosa que la base de la historia de la filosofía. No exagero; no hago más que sacar la consecuencia directa del principio: que la razón domina todas sus aplicaciones, que lo explica todo y no puede ser explicada.

Por tanto, al mismo tiempo que debe ser especial, una verdadera historia de la filosofía debe ser universal, plegándose a la historia entera de la humanidad. Nada humano le es extraño, pues nada humano escapa a la historia de la humanidad, y todo el trabajo de la historia de la humanidad pasa en la historia de la filosofía. La historia íntegra de la civilización no es otra cosa que el pedestal de la historia de la filosofía. Por tanto, la historia de la filosofía es eminentemente humana: contiene la historia de las religiones, de las artes, de la legislación, de la riqueza, y, hasta cierto punto, de la misma geografía física. Pues, si la historia de la filosofía se atiene a la historia de la humanidad, la historia de la humanidad se atiene a la de la naturaleza, primera base y teatro de la humanidad, a la constitución del globo, a su división, a la geografía física en una palabra. Considerada bajo este punto de vista, la historia de la filosofía tiene el mayor interés; pero, para llegar a esta altura, es preciso atravesar muchos siglos. Se necesitaría que la misma filosofía, de la cual no es otra cosa que su representación, hubiese logrado aprehender la armonía universal de las cosas, la armonía de la naturaleza y de la humanidad, así como la armonía de todas las partes de la humanidad entre sí bajo el dominio de la razón.

¿Quién realizará, señores, este ideal de la historia de la filosofía? Sería preciso un hombre que reuniera a los conocimientos más diversos y a la erudición más extensa puntos de vista filosóficos superiores; un hombre que no sea extraño a ninguno de los hechos de que se compone la inmensa historia de la humanidad, todos los cuales dominara mediante el pensamiento; quien, al mismo tiempo que pudiera seguirlos en su movimiento exterior, pudiera concebir sus relaciones secretas, su

Digitized by Google

orden verdadero, e ir a buscar este orden en su fuente única, en la inteligencia de los elementos constitutivos de la humanidad, para, desde el seno de ese mundo invisible de la conciencia, profetizar en cierto modo los acontecimientos del mundo exterior de la historia. Se necesitaría nada menos que un Leibniz, es decir, el espíritu más grande y de saber más vasto, y aun ese Leibniz tendría que estar en la cima del último siglo de la humanidad.

Retiro la mirada, señores, de ese ideal del historiador de la filosofía; no me atrevo a considerar más que una de las cualidades necesarias a este historiador; pero ésta la miro con placer cara a cara, porque no es una cualidad del espíritu, sino una cualidad moral, casi una virtud, la cual nunca nos recordaríamos excesivamente a fin de no perderla de vista, tanto en la ciencia como en la vida: me refiero al amor a la humanidad. El verdadero amor a la humanidad debe vincularnos a todo lo que al hombre pertenece. Si amáis la naturaleza humana, es preciso aceptarla tal como es, tomarla en todos sus aspectos. Ahora bien: reside íntegramente en cada uno de vosotros. Entrad en vuestra conciencia; aprehended en ella todas las partes del hombre sin desdeñar ninguna; aceptad igualmente la idea de lo útil, la idea de lo justo, la idea de lo bello, la idea de lo santo, la idea de lo verdadero, de lo verdadero en sí; es así como llegaréis a comprender todas las partes de la historia de la humanidad; pues, si hay en la naturaleza humana un solo elemento que os moleste, por el cual sintáis alguna repugnancia, transportaréis ese prejuicio a la historia, sucumbiréis a prejuicios fanáticos de uno u otro género; entonces no percibiríais en la historia otra cosa que la industria, el arte, la religión, la legislación o la filosofía. No separéis nada de esto, señores; aceptadlo todo, pues todo pertenece al hombre. Estudiad la humanidad íntegramente, primero en vosotros mismos, en vuestra conciencia, después en esa conciencia del género humano que se llama la historia.

Digitized by Google

Homo sum; humani nihil a me alienum puto. Que sea ésta nuestra común divisa. *(Aplausos).* Yo trataré de no serle infiel en esta historia de la filosofía que, según mis principios, no debe ser otra cosa que un resumen de la historia de la humanidad.

Por tanto, la historia de la filosofía que yo os presente, señores, será muy especial y muy general. No excluiré nada, pero todo lo dirigiré hacia el fin particular de la historia de la filosofía. Comenzaré por el teatro de la historia, por la geografía física; pondré después ante vuestros ojos los principales acontecimientos que constituyen la historia ordinaria; os recordaré las grandes instituciones políticas, las diversas formas de gobierno por que han pasado las sociedades humanas, las religiones que han civilizado al mundo, las artes que le han embellecido; y después de haber recorrido todos esos grados del desarrollo humano, abordaré finalmente el último y más elevado de todos, la filosofía. Comprenderéis que, apremiado por el tiempo, sin olvidar ninguno de esos grados, deba franquearlos rápidamente, contentándome con subrayar mi marcha y atravesar más o menos rápidamente las diversas esferas anteriores a la esfera filosófica para detenerme en ésta, recogiendo en ella cuidadosamente todas las luces que deben iluminar todas las demás esferas y servir de antorcha a la integridad de la historia.

Pero antes de ponernos en camino, nos falta por tratar, señores, una cuestión de la más alta importancia: la del método que puede conducirnos más seguramente al fin que nos proponemos y que nos ponga en posesión de una verdadera historia de la humanidad y de la filosofía. Esta cuestión se presenta necesariamente de modo previo, y en este curso, destinado particularmente al método, es para nosotros un estricto deber el abordarlo e intentar su resolución.

Hay dos métodos históricos y no puede haber más que dos. El que primero se presenta de modo natural

Digitized by Google

al espíritu es el método experimental. Parece que siendo la historia una colección de hechos, y no siendo la propia historia de la filosofía más que una colección de hechos de un género particular que se llaman sistemas, no hay más que aplicar a esos hechos el mismo método que se ha aplicado a los otros, a saber: el análisis experimental. Se trataría ante todo de constatarlos y de describirlos; y cuando estuvieran constatados y descritos, investigar sus relaciones, sacar leyes de estas relaciones y determinar con estas leyes el orden y desenvolvimiento total de la historia de la filosofía. Habría que tomar, por ejemplo, un cierto número de épocas, de escuelas, de sistemas célebres; estudiar sucesivamente esas épocas, esas escuelas, esos sistemas. Una observación reiterada daría poco a poco las relaciones que les separasen y uniesen, así como las leyes de su formación general. Nada parece más simple, más fácil y prudente que semejante camino; sin embargo (y solicito perdón del empirismo) este camino es a mi parecer poco más o menos impracticable y no puede llevar a ningún resultado importante.

Señores, si pretendéis que el único método histórico legítimo es el método experimental, sed fieles a esta pretensión; es decir, servíos exclusivamente del método experimental, no le abandonéis jamás, no admitáis nunca que otro método os gobierne y conduzca sin saberlo, incluso cuando creéis y pretendéis guiaros exclusivamente por la experiencia. Ahora bien; he aquí qué condiciones os impone el empleo exclusivo del método experimental. Ante todo, para el método experimental, el cual no supone resultado alguno anterior a la observación, no existen épocas de la filosofía. En efecto, ¿qué es una época de la filosofía? Es un cierto número de sistemas y de escuelas subsumidas bajo un punto de vista general que en opinión del historiador domina todos esos sistemas, todas esas escuelas, constituyéndolas en unidad. Vosotros concebís muy bien que no puede ser éste el punto de partida del método experimental, puesto que es contradictorio que el empirismo, al abor-

Digitized by Google

dar la historia, comience por transportar a ésta distinciones que el empirismo no ha hecho todavía, clasificaciones que no le vienen de sí mismo, resultados que le son extraños y que no serían para él más que puras hipótesis. Así, para el método experimental no existe Oriente, Grecia, Roma, la edad media, los tiempos modernos, o cualquier otra clasificación a la cual quizá conduzca la experiencia, pero de la cual no debe partir; de otro modo supondría lo que está en cuestión, y creyendo caminar *a posteriori*, en el fondo caminaría *a priori;* haría lo que no quiere hacer y no sabría lo que haría. En lugar de clasificaciones y divisiones históricas ya hechas, en lugar de épocas convencionales, no debe tener ante sí, en su comienzo, otra cosa que tres o cuatro mil años repletos de millares de escuelas y de sistemas, entre los cuales debe arrojarse y orientarse como pueda.

Pero, señores, para el método experimental, en su comienzo, no solamente no debe haber épocas, sino que tampoco debe haber escuelas. En efecto, ¿qué es una escuela? Es un cierto número de sistemas más o menos ligados en el tiempo, pero ligados sobre todo por íntimas relaciones y por una cierta semejanza de principios y de puntos de vista. Sin duda alguna, ello supone una clasificación, menos vasta que la de una época, pero supone también una clasificación; es decir, un resultado que sólo se puede lograr legítimamente al final de un largo examen, y que no puede encontrarse en el punto de partida del método experimental. Así, no existen escuelas, como no existen épocas, para este método en su punto de partida.

Y no se afirme que, por pisotear el prejuicio de las épocas y de las escuelas convencionales, recoja ante todo, y por su fe en el género humano, los grandes sistemas más conocidos en el mundo para apoyarse así en terreno tan sólido. También esto sería un prejuicio. Sin duda alguna, el género humano es una gran autoridad; pero no debe hablarse de la autoridad del género humano ni de ninguna otra autoridad cuando sólo se

Digitized by Google

pretende partir de la experiencia. En rigor, el empirismo no tiene el derecho de declarar que un sistema merezca más atención que otro, salvo cuando ha examinado y profundizado ambos sistemas. No tiene derecho a recorrer ligeramente ciertos sistemas, el de Posidonio el estoico, por ejemplo, y conceder mayor atención a Zenón; pues, ¿quién os dice que no merezca Posidonio la misma atención que Zenón? Sería preciso suponer que el género humano ha distribuído bien la gloria, lo cual es una hipótesis. Por ello, el empirismo no solamente debe estudiar los filósofos célebres, sino que debe recoger todos los filósofos, investigando los fragmentos dispersos y reconstruyendo penosamente los sistemas. He aquí, pues, al empirismo en presencia de cuatro o cinco mil años repletos, no de épocas, de escuelas, de sistemas célebres, sino de individuos. Abrid el catálogo que de los pitagóricos ha compuesto el docto Fabricio y hallaréis un buen número de ellos; sin embargo, han sido omitidos muchos que nosotros vamos descubriendo. Debe decirse otro tanto de los platónicos, de los estoicos, de los peripatéticos, de los alejandrinos. Pues bien: es preciso estudiar todo esto detalladamente, so pena de ser infieles al método experimental. Pero, como siguiendo con todo rigor este método, para llegar a resultados generales de algún valor se precisaría una vida de varios siglos, y como no se puede contar con semejante vida, será conveniente dirigirse a otro método.

Vayamos más lejos aún. Supongamos que después de haber interrogado a todos los sistemas aislados, dispersos a través de los siglos, hayamos llegado mediante la sola observación a una cierta reconstrucción de las diferentes escuelas, y por ellas a una cierta reconstrucción de las épocas fundamentales, y que el método experimental se halle en posesión de todos los hechos de la historia de la filosofía, distinguidos y clasificados entre sí: ¿qué habría alcanzado? Habría alcanzado, señores, una historia cronológica. Sabría que el Oriente no es Grecia, que el Oriente ha precedido a los mundos

Digitized by Google

griego y romano, que éstos han precedido a la edad media, la cual ha precedido a la época en que estamos. Éste es el hecho, y el método experimental no debe salir de los hechos ni de los caracteres reales de los hechos. Pues bien: ¿sería esto suficiente? ¿Será suficiente, después de haber examinado la historia del género humano, saber que de hecho tal época ha precedido a tal otra, la cual es a su vez anterior a una tercera? ¿Satisface este resultado a todas las necesidades del pensamiento? ¿Puede ser este resultado para la razón otra cosa que un punto de partida? ¿Consentiría la razón en no saber lo que fué sino como habiendo sido, y lo que es como siendo? ¿No quiere saber por qué lo que ha precedido le ha precedido, por qué lo que le ha seguido le ha seguido? ¿No quiere saber cuanto sepa de una manera razonable, en un orden que sea el de la razón? ¿No quiere darse cuenta de los hechos, comprenderlos en sus causas y referirlos a sus leyes últimas, es decir a algo necesario? A esto se ha respondido, se responde aún, que es del seno de los hechos de donde saldrá su necesidad. Pues bien: yo ruego que se tomen la molestia de operar la metamorfosis del hecho al derecho, de lo contingente a lo necesario, de lo relativo a lo absoluto. El día en que esa metamorfosis haya sido legítimamente operada, ese día creeré que, si bien el método experimental es impracticable, como he demostrado, es una lástima que lo sea, pues a la larga hubiera podido satisfacer las necesidades de la humanidad. Pero la dialéctica demuestra que esta metamorfosis es imposible; se ve lo que es, se observa, se somete a la experiencia; pero lo que debe ser, la razón de los fenómenos, su necesidad, eso no se ve, no se toca, no se aprehende, no se observa, y con ello entramos en otro mundo que no cae bajo el método experimental. Por tanto, sólo nos queda dirigirnos a otro método. Ensayémoslo.

Digitized by Google

Pensadlo seriamente. ¿Qué está en juego en la historia? ¿Con qué materia se hace la historia? ¿Cuál es el personaje histórico? Evidentemente, el hombre, la naturaleza humana. Existen muchos elementos diversos en la historia. ¿Cuáles pueden ser estos elementos? Una vez más, evidentemente, los elementos de la naturaleza humana. La historia, por tanto, es el desarrollo de la humanidad y solamente de la humanidad; pues sólo la humanidad se desarrolla porque sólo la humanidad es libre. Y ahora, ¿cuál es la primera dificultad bajo la cual sucumbía el método experimental? Era el número infinito de esos elementos posibles de la historia en los cuales este método debía empeñarse y se confundía necesariamente. Pero si no puede haber en la historia otros elementos que estos elementos de la humanidad, y si nosotros pudiéramos por anticipado, antes de entrar en la historia, estar en posesión de todos los elementos de la humanidad, habríamos ganado mucho; pues, al abordar la historia, sabríamos que no puede haber ni más ni menos que tales elementos, salvo las formas diversas que hubieran podido revestir. Ciertamente, habríamos avanzado mucho si tuviéramos en la mano todas las piezas de que se compone la máquina y cuyo juego vamos a estudiar.

Es más. Cuando se tienen todos los elementos — quiero decir, los elementos esenciales —, las relaciones de estos elementos se descubren como por sí mismos. Reside en la naturaleza de los diversos elementos el que se saque, si no todas sus relaciones posibles, al menos sus relaciones generales y fundamentales. Ahora bien: ¿qué son las relaciones generales y fundamentales de las cosas? Lo ha dicho Montesquieu y se ha repetido muchas veces: son las leyes de las cosas. *Las leyes son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas.* Quien ha elevado el mayor monumento, el único monumento sólido del último siglo, se ha guardado muy bien de dirigirse solamente a la experiencia, y se ha dirigido a la naturaleza de las cosas; y en ella, determinados los elementos esenciales, ha aprehendido

Digitized by Google

sus relaciones: ha erigido en leyes esas relaciones fundamentales y, establecidas las leyes, las ha aplicado a la experiencia y las ha transportado a la historia. Y en efecto, a menos de que la naturaleza de las cosas no abdique de sí misma al desarrollarse, será necesario que, de grado o por fuerza, esos elementos vuelvan a encontrarse en la historia con sus relaciones fundamentales; es decir, con sus leyes. De ahí ha resultado *l'esprit des lois*, el espíritu de las leyes.

Conozco los inconvenientes de este segundo método; sé que es posible creer que se han aprehendido los elementos esenciales de la naturaleza humana y no haber aprehendido otra cosa que un sistema demasiado extenso o demasiado limitado, un sistema falso bajo algún aspecto; y que, en tal caso, imponer ese falso sistema a la historia sería falsear la historia con un sistema. Lo sé y me apresuro a declarar que, si bien no existe otro método posible y razonable que éste que acabo de exponer, es preciso ponerse en guardia contra sus seducciones e inconvenientes, sometiéndolo a la prueba ruda y laboriosa del primer método. Y es a esto a lo que pretendía llegar.

El método experimental solo, apenas practicable, no puede conducir a otra cosa que al conocimiento de lo que fué, sin que se sepa por qué lo que fué ha sido, ha sido así, allí, y no de otro modo y en otra parte. Por otro lado, el método especulativo podría conducirnos a un falso sistema que nos llevara a su vez a una visión falsa de la historia. Pero reunid ambos métodos, haced como el gran físico, quien concibe y experimenta en su laboratorio, quien experimenta y concibe, sirviéndose al mismo tiempo de sus sentidos y de su razón. Comenzad por el método *a priori*, y dadle como contrapeso el método *a posteriori*. La identidad de ambos métodos es a mi modo de ver la antorcha a cuya sola luz podremos orientarnos por el laberinto de la historia. Es preciso comenzar por investigar los elementos esenciales de la

Digitized by Google

humanidad; después, de la naturaleza de estos elementos, sacar sus relaciones fundamentales; de tales relaciones, sacar las leyes de su desarrollo; y finalmente, pasando a la historia, preguntarse si confirma o repudia esos resultados.

Si la historia los confirma, señores, si la experiencia no hace más que reproducir la especulación, se seguiría: 1º, que habríamos encontrado una ruta que nos lleve a alguna parte, lo cual era imposible con el solo método experimental; 2º, que entonces ya no tendríamos los sistemas, las escuelas, las épocas, yuxtapuestas, por decirlo así, en el espacio, sucesivas en el tiempo, en simple cronología, sino que se subordinaría la cronología a un cuadro superior. La historia ya no sería entonces una serie de palabras incoherentes, puestas unas junto a otras sin que se sepa por qué: sería una frase inteligible, en la cual todas las palabras, presentando una idea, formarían un conjunto que a su vez representaría un pensamiento completo. No sería ni un sistema abstracto *a priori*, ni una simple cronología *a posteriori*, sino un sistema realizado, la alianza de lo ideal y lo real, algo finalmente razonable. En efecto, sería aventurar demasiado que la razón humana tuviera un desarrollo no razonable; es decir, que no fuera regular y sometida a leyes. ¿Cómo sería posible que la razón, desarrollándose, no se desarrollara conforme a su naturaleza, de una manera regular, supeditada a leyes? Ahora bien: la razón humana es el elemento filosófico. Los diferentes elementos de la razón humana con sus relaciones y sus leyes es lo que se llama filosofía. Por tanto, si todo esto se entrega a la historia y se desarrolla en ella de una manera razonable, se sigue que después de haber comenzado por la filosofía terminaremos también por la filosofía, y llegaremos así a la identidad de la filosofía y de la historia de la filosofía. La historia de la razón humana, o la historia de la filosofía, será algo razonable y filosófico. Será la filosofía misma con todos sus elementos, con todas sus relaciones, con todas sus leyes; es decir, la filoso-

Digitized by Google

fía en su desarrollo interior, representada en grande y con caracteres brillantes, en manos del tiempo y de la historia, realizada en la progresión visible de la especie humana.

Me parece que tal resultado vale la pena de ser buscado. No es un ensueño, señores; es el fruto de la misma naturaleza de las cosas. Es necesario en sí que la razón humana se desarrolle razonablemente, y, por consecuencia, que forme en su desarrollo algo regular, armónico, sistemático, filosófico. Es necesario en sí, que todo esto, entregado al tiempo y realizado en la historia, subsista y aparezca cada vez más en mayor escala. La identidad de la filosofía y de su historia es segura; sólo se trata de descubrirla y de ponerla a plena luz.

Para ser fieles al método que acabo de exponeros, es preciso investigar, ante todo, cuáles son los elementos de la razón humana.

¿Cuáles son los elementos de la razón humana, es decir, cuáles son las ideas fundamentales que presiden su desarrollo? Ésta es, señores, la cuestión vital de la filosofía. La razón se ha desarrollado mucho tiempo antes de que se investigara cómo se desarrolla; en filosofía como en todo, la práctica ha precedido a la teoría. Así como se ha admirado antes de investigar el porqué de la admiración, se han realizado actos desinteresados antes de analizar el desinterés, de igual modo se había aplicado la razón antes de haber interrogado su naturaleza, reconocido sus leyes, medido su alcance. La filosofía o la reflexión ha comenzado el día en el cual, en lugar de dejar a la razón humana desarrollarse por la virtud que le es propia, según sus leyes y el libre alcance de las mismas, se le han pedido cuentas de sí misma, de su naturaleza, de sus leyes, discutiéndose sus derechos, exigiéndola sus títulos. La filosofía ha comenzado ese día; desde entonces, señores, esta investigación siempre ha sido el esfuerzo de

Digitized by Google

todos los filósofos que han dejado huella en la historia de la filosofía.

Para ser dirigida metódicamente, esta investigación debe dividirse en tres puntos. Ante todo es preciso constatar, enumerar en su totalidad los elementos o ideas esenciales de la razón; es preciso tenerlos todos, estar bien seguro de que no suponemos alguno, de que no omitimos ninguno; pues si nos imaginamos uno solo, ese elemento puramente hipotético nos conduciría a relaciones hipotéticas, y resultaría un sistema hipotético. Por tanto, la primera ley de un método prudente es una enumeración completa. La segunda es un examen tan profundo de todos esos elementos que aboque a una reducción de los mismos y terminemos por tener en las manos el número determinado de elementos simples, irreductibles entre sí, indescomponibles y primitivos, los cuales son el límite infranqueable del análisis. La tercera ley del método es el examen de las diferentes relaciones de estos elementos entre sí. Digo de las diferentes relaciones, porque estos elementos pueden sostener un gran número de relaciones diferentes; no habría que suponer alguna, pero tampoco habría que olvidarla. Cuando tengamos todos estos elementos, cuando los hayamos reducido, cuando hayamos aprehendido todas sus relaciones, estaremos en posesión de los fundamentos de la razón y de su historia.

Señores: la investigación a la cual vamos a entregarnos ya ha ocupado y casi llenado una enseñanza sin duda olvidada, pero que debe ser un motivo de indulgencia para los resultados que me veo forzado a recordar en pocas palabras. Necesito deciros que, durante los seis años de que se compone la primera parte de mi carrera de profesor, de una u otra manera, bajo una u otra forma, apenas he tenido más que un solo fin: el análisis de los elementos fundamentales de la razón humana en las diferentes esferas donde se manifiestan, en materia de belleza, de moral, de derecho,

Digitized by Google

en todas las partes de la filosofía. Esta cuestión siempre ha estado presente ante mis ojos, y la manera como la he resuelto constituye el carácter propio de este primer período de mi labor docente. Espero, señores, que no dejaréis de creer en mi palabra y que no me castigaréis así por una culpa de la que no soy responsable, al verme forzado a abarcar en algunas lecciones toda la historia de la humanidad y de la filosofía. Pero también espero que siempre pensaréis que no improviso en ellas, que bajo todas mis palabras se esconden largas y penosas pesquisas. Hace más de doce años que he dado por primera vez en una tribuna pública la enumeración completa de los elementos de la razón humana, una reducción de esos elementos y un análisis de sus relaciones. Hoy me contentaré con exponer los resultados de esos trabajos, dejando a vuestra meditación el cuidado de fecundar esos gérmenes, y confiándome en la virtud de la historia, la cual, desarrollándolos, los confirmará. Quizá os parezca que me aventuro mucho, y sin embargo no hago otra cosa que resumir el trabajo de toda mi vida.

El análisis riguroso y científico de los elementos de la razón humana ha sido abordado dos veces con toda seriedad. Correspondía a uno de los primeros genios de quienes se honra la humanidad, después de haber investigado los elementos de todas las demás partes de la humana naturaleza, después de haber fundado sobre el propio método una ciencia nueva cuyos recientes progresos han aumentado la gloria de su fundador; correspondía, digo, a Aristóteles la tarea de penetrar en las profundidades de la razón humana, de someterla al mismo análisis que había producido la historia de los animales, de constatar y describir todos sus elementos. Hace unos cincuenta años que Kant, el moderno que más recuerda a Aristóteles por el método, la penetración y la amplitud de su espíritu, por el gusto y el sentimiento de realidad, ha renovado esta laboriosa em-

Digitized by Google

presa. Aristóteles había intentado una enumeración de los elementos de la razón humana bajo el título, tan célebre y tan desacreditado, de categorías. Kant ha utilizado poco más o menos el mismo vocabulario. Importa muy poco que se llame a las ideas que presiden el desarrollo de la razón humana categorías en griego, o principios de la naturaleza humana en inglés, o que se las designe por cualquier otra expresión correspondiente alemana; todas estas disputas de palabras deben dejarse para la escolástica. No se trata de palabras, sino de hechos. Yo pienso que después de Aristóteles y de Kant la lista de los elementos de la razón debe cerrarse, pues esos dos grandes análisis han agotado su estadística. Pero estoy muy lejos de pensar que la reducción que han hecho de esos elementos haya alcanzado el límite del análisis, ni que hayan discernido las relaciones fundamentales de los mismos. ¿Cuáles son, señores, los elementos hallados por Aristóteles y por Kant? ¿Cuál es la reducción en la cual podemos detenernos? ¿Cuáles son las relaciones esenciales de esos elementos? Son éstas gravísimas cuestiones, y me veo forzado a recorrerlas en algunos minutos.

Si procediera analíticamente, os enumeraría uno tras otro todos los elementos de la razón; os demostraría su realidad dirigiéndome a vuestra conciencia; y cuando estuvieran en vuestra conciencia tan claramente como en la mía, cuando estuvieran enumerados, constatados, descritos todos esos elementos, entonces procedería a su reducción y al examen de sus relaciones. Pero es preciso ir más aprisa; es preciso decir bruscamente que la razón humana, de cualquier modo que se desarrolle, sea lo que fuere aquello que aborde o considere, ya se detenga en la observación de la naturaleza que nos rodea o descienda a las profundidades del mundo interior, siempre concebirá todas las cosas bajo la razón de dos ideas. Examinando los números y la cantidad, le será imposible ver en ello otra cosa que la unidad o la multiplicidad. Éstas son las dos ideas a las cuales conduce toda consideración relativa al núme-

Digitized by Google

ro. Lo uno y lo diverso, lo uno y lo múltiple, la unidad y la pluralidad, he aquí las ideas elementales de la razón con respecto al número. Ocupándose del espacio, sólo podrá considerarlo bajo dos puntos de vista: concibe un espacio determinado, limitado, o el espacio de los espacios, el espacio absoluto. Ocupándose de la existencia, toma las cosas bajo la única relación en que existen, no pudiendo concebir más que la idea de la existencia absoluta o la idea de la existencia relativa. Pensando en el tiempo, concibe un tiempo determinado, el tiempo propiamente hablando, o el tiempo en sí, el tiempo absoluto; a saber, la eternidad, como el espacio absoluto es la inmensidad. Pensando en las formas, concibe una forma finita, determinada, limitada, mensurable, y algo que es el principio de esta forma y no es mensurable, ni limitada, ni finita; el infinito, en una palabra. Pensando en el movimiento, en la acción, no puede concebir más que acciones limitadas y principios de acciones limitadas, fuerzas, causas limitadas, relativas, secundarias, o bien una fuerza absoluta, una causa primera más allá de la cual, en materia de acción, no es posible buscar nada ni hallar nada. Pensando en todos los fenómenos exteriores o interiores que se desarrollan ante ella, en esta escena móvil de acontecimientos y accidentes de toda especie, tampoco en ella puede concebir más que dos cosas: la manifestación y la apariencia como apariencia y simple manifestación, o ese algo que retiene en lo aparente y que no cae en la apariencia; es decir, el ser en sí; para emplear el lenguaje de la ciencia, el fenómeno y la substancia. En el pensamiento concibe pensamientos relativos a esto o a lo otro, que pueden ser o no ser, y concibe el principio en sí del pensamiento, principio que pasa sin duda a todos los pensamientos relativos, pero que no se agota en ninguno. En el mundo moral aprehende algo bello o bueno, y aplica a ello invenciblemente esa misma categoria de lo finito y de lo infinito, que aquí es lo imperfecto y lo perfecto, lo bello ideal y lo bello real, la virtud con las miserias de la

Digitized by Google

realidad o lo santo en su altura y en su inmaculada pureza.

Me extendería inútilmente, señores; puesto que me veo forzado a rehuir el análisis, tanta mayor razón para que esta síntesis sea rápida. He aquí, en mi opinión, todos los elementos de la razón humana. Mundo exterior, mundo intelectual, mundo moral, todos ellos están sometidos a esas dos ideas. La razón no se desarrolla ni puede desarrollarse más que con estas dos condiciones. La gran división de las ideas hoy aceptada es la división en ideas contingentes e ideas necesarias. En un punto de vista más circunscrito, esta división es el reflejo de la división en la cual me detengo, y que podéis representaros bajo la fórmula de la unidad y de la multiplicidad, de la substancia y del fenómeno, de la causa absoluta y de las causas relativas, de lo perfecto y de lo imperfecto, de lo finito y de lo infinito.

Pensad en ello, señores; todas esas proposiciones tienen dos términos: el uno necesario, absoluto, substancial, causal, perfecto, infinito; el otro imperfecto, fenomenal, relativo, múltiple, finito. Un sabio análisis identifica entre sí todos los términos de la primera y de la segunda serie; identifica la inmensidad, la eternidad, la substancia y la causa absolutas, la perfección y la unidad, por una parte; por otra, lo múltiple, lo fenomenal, lo relativo, lo limitado, lo finito, lo imperfecto.

Por tanto, he aquí todas las proposiciones que habíamos enumerado reducidas a una sola, a una proposición tan vasta como la razón y lo posible: a la oposición de la unidad y de la pluralidad, de la substancia y del fenómeno, del ser y del parecer, de la identidad y de la diferencia, etc.

Puesto que hemos llegado a esta reducción, examinemos ahora la relación de ambos términos. Tomemos, por ejemplo, como proposición paradigmática, si podemos expresarnos así, la unidad y la multiplicidad.

Digitized by Google

¿Cuáles son las relaciones de los dos términos de esta proposición? ¿En qué orden los concebimos, los adquirimos? ¿Comenzamos, señores, por concebir y adquirir la idea de unidad, después de la idea de diversidad, o bien concebimos ante todo la idea de diversidad y después de la unidad? Señores, recogeos un instante, entrad por un momento en vosotros mismos, y decidme si, inmediatamente que os hablo de la idea de multiplicidad, os es posible dejar de concebir la idea de unidad; si, cuando os hablo de lo finito, no concebís necesariamente lo infinito. Pues bien; lo recíproco es igualmente verdadero. Cuando os hablo de la unidad, no podéis dejar de pensar en la variedad; cuando os hablo de lo infinito, no podéis dejar de concebir lo finito. No debemos afirmar, señores, como dos grandes escuelas rivales, que el espíritu humano comienza por la unidad y lo infinito, o bien por lo finito, lo contingente y lo múltiple; pues, si comienza por la sola unidad, le desafío a que alcance la multiplicidad; o, si parte de la sola multiplicidad, le desafío igualmente a que logre la unidad; si partiera del solo fenómeno, sin jamás desviarse de él, nunca llegaría a la causa primera, a la substancia; si partiera de la sola idea de imperfección, no llegaría a la perfección; si no considerara más que el vicio y el mal como tal, jamás hallaría la virtud y el bien; y recíprocamente. Las dos ideas fundamentales a las cuales se reduce la razón son, pues, dos ideas contemporáneas en la razón, sin las cuales no solamente no puede pasarse la razón, sino que le vienen al mismo tiempo. La una supone a la otra en el orden de adquisición de nuestros conocimientos. Así como no comenzamos solamente por los sentidos y la experiencia, ni comenzamos tampoco por el pensamiento abstracto y la sola inteligencia, sino que es preciso unir en uno ambos puntos de partida, de igual modo el espíritu humano no comienza por la unidad ni por la multiplicidad; no comienza ni puede comenzar por la una o la otra; una es contraria de la otra, pero lo contrario implica su contrario; sólo existe una a condición de

Digitized by Google

que exista la otra al mismo tiempo. He aquí sus relaciones en el orden de adquisición de nuestros conocimientos. Pero es ésta la relación de dos ideas en el espíritu, no la relación de dos ideas en sí mismas.

Sin duda, no es concebible una sin la otra. Pero, al mismo tiempo que no concebimos una sin la otra, tampoco concebimos que en el orden intrínseco de las cosas, en el orden en sí, pueda existir la variedad sin que previamente exista la unidad. La unidad, la perfección, la substancia, la eternidad, el espacio absoluto, nos parecen la afirmación, lo positivo, la idea superior y anterior, de la cual la diversidad, lo finito, lo imperfecto, lo momentáneo, lo sucesivo, no son otra cosa que la negación. Por tanto, es la unidad la que preexiste a la variedad, como la afirmación preexiste a la negación, como en las otras categorías el ser precede a la apariencia, la causa primera precede a las causas segundas y el principio de toda manifestación precede a la manifestación misma.

La unidad es anterior a la variedad; pero, aunque la una es anterior a la otra, una vez que son, ¿pueden darse aisladas? ¿Qué es la unidad, tomada aisladamente? Una unidad indivisible, una unidad muerta, una unidad que, conservándose en las profundidades de su existencia absoluta, no desarrollándose jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no existiera. De igual modo, ¿qué es la variedad sin unidad? Sería una variedad que, no siendo susceptible de unidad, no pudiendo ser referida a una unidad, no pudiendo ser elevada jamás a totalidad, a una colección cualquiera, jamás podrá ser adicionada, jamás podrá constituir una suma; sería una serie de cantidades indefinidas, de cada una de las cuales incluso ni podría decirse que es tal y no tal otra, pues esto equivaldría a suponer que es una, es decir equivaldría a suponer la idea de unidad: de manera que, sin unidad, la variedad también es como si no existiera. He aquí lo que produciría el aislamiento de la unidad y de la variedad; una es necesaria a la otra para ser, para

Digitized by Google

existir con verdadera existencia, con esa existencia que no es ni la existencia múltiple, variada, móvil, fugitiva y negativa, ni la existencia absoluta, eterna, infinita, perfecta, que es en sí misma como la nada de la existencia. Toda verdadera existencia, toda realidad reside en la unión de ambos elementos, aunque esencialmente una sea superior y anterior a la otra. Es preciso que coexistan, para que de su coexistencia resulte la realidad. La variedad carece de realidad sin la unidad; la unidad carece de realidad sin la variedad. La realidad o la vida (hablo ahora de la vida razonable, de la vida de la razón) es la simultaneidad de estos dos elementos.

Pero existe aún otra relación más que la coexistencia. (Os suplico mil perdones, señores, por deteneros durante tanto tiempo; pero no soy yo, es la fuerza de las cosas, es la dialéctica lo que os retiene.) No podéis separar la variedad de la unidad, ni la unidad de la variedad, la substancia del fenómeno, ni el fenómeno de la substancia; una es anterior a la otra, mas no existe sin la otra, sino que coexisten necesariamente. ¿Pero, cómo coexisten? ¿Cuál es el misterio de esta coexistencia? La unidad es anterior a la multiplicidad. Por tanto, ¿cómo la unidad ha podido admitir la multiplicidad? El pensamiento no podría admitir la una sin la otra; pero, en el orden real, hemos visto que una de ellas es anterior: ¿cómo se verifica, pues, ese movimiento de la unidad a la variedad? Aquí reside el vicio fundamental de las teorías antiguas y modernas; aquí está el vicio de la teoría de Kant. Pone la unidad de una parte, la multiplicidad de otra; pone lo infinito y lo finito en tal oposición, que el paso de la una a la otra parece imposible. Un análisis superior resuelve esta contradicción.

Hemos identificado todos los términos de la segunda serie entre sí; hemos identificado también todos los términos de la primera. ¿Y cuáles son estos primeros términos? La inmensidad, la eternidad, lo infinito, la unidad. Ya veremos en su día cómo la escuela de Elea, colocándose exclusivamente en este punto de vis-

Digitized by Google

ta, en la cima de la inmensidad, de la eternidad, del ser en sí, de la substancia infinita, ha desafiado a todas las demás escuelas a que, partiendo de ello, pudieran llegar al ser relativo, al finito, a la multiplicidad, y se ha burlado mucho de quienes admitían la existencia del mundo, el cual no es, después de todo, más que una gran multiplicidad. El error fundamental de la escuela de Elea proviene de que, entre todos los términos de la primera serie que hemos enumerado, ha olvidado uno que iguala a todos los demás en certidumbre y que tiene derecho a la misma autoridad de los demás: a saber, la idea de causa. La inmensidad o la unidad del espacio, la eternidad o la unidad de tiempo, la unidad de los números, la unidad de la perfección, el ideal de toda belleza, lo infinito, la substancia, el ser en sí, lo absoluto, son también una causa; no una causa relativa, contingente, finita, sino una causa absoluta. Ahora bien: siendo una causa absoluta, la unidad, la substancia, no puede dejar de pasar al acto, no puede dejar de desarrollarse. Si está dado solamente el ser en sí, la substancia absoluta sin causalidad, el mundo es imposible. Pero si el ser en sí es una causa absoluta, la creación no es posible, sino necesaria, y el mundo no puede dejar de ser. Si quitáis la categoría de causalidad al conjunto de las demás categorías, el observador superficial no le concederá mucha importancia, pero vosotros veis lo que entonces sucede: se destruye la posibilidad de la creación del mundo, pues sería una contradicción que la sola unidad pudiera pasar a la variedad y la substancia al fenómeno; supondría la contradicción de sacar lo relativo de lo absoluto; pero lo absoluto no es el *absolutum quid* de la escolástica: es la causa absoluta que, absolutamente creada, se manifiesta absolutamente, y que al desarrollarse cae en la condición de todo desarrollo, entra en la variedad, en lo finito, en lo imperfecto, y produce cuanto veis en torno vuestro.

Digitized by Google

Veamos en dónde estamos. Hemos enumerado, constatado, descrito, o más bien citado todos los elementos de la razón humana. Los hemos reducido a dos. Hemos hallado que, en el orden de adquisición de nuestros conocimientos, uno suponía al otro, era inseparable del otro. Hemos hallado al mismo tiempo que uno es anterior y superior al otro en esencia. Pero aunque uno sea superior al otro, hemos hallado que, una vez dada la existencia, uno carecería de realidad sin el otro, y que ambos son necesarios para constituir la vida real de la razón. Finalmente, hemos hallado que uno es producto del otro, que dado el primero, no solamente se da la posibilidad, sino la necesidad del segundo. Esta última relación es la relación más esencial de ambos elementos. La unidad en sí, como causa absoluta, contiene la potencia de la variedad y de la diferencia; la contiene, pero en tanto que no la ha manifestado es una unidad estéril; mas, en tanto que la ha producido, ya no es entonces la primera unidad, sino una unidad enriquecida con sus propios frutos, y en la cual se encuentran la multiplicidad, la variedad, la vida. Sucede lo mismo con el principio del pensamiento: no desarrollado y en estado de pura substancia es un principio intelectual sin el elemento de la diferencia y, por consecuencia, sin pensamiento alguno; desarrollado es una verdadera inteligencia, enriquecida con todos los pensamientos que contiene en potencia, y la cual logra el conocimiento de sí misma y de su fecundidad mediante la conciencia de sus productos.

En apariencia, señores, acabo de atormentaros con abstracciones. He hecho lo que antes han hecho mis maestros. Espero que muy pronto os probaré que esas pretendidas abstracciones constituyen el fondo de toda vida. Ante todo, esta unidad envuelta en sí misma, preñada, por decirlo así, de la diferencia y de la multiplicidad, y sin haberlas dado a luz todavía; después la variedad, la multiplicidad, lo finito, la acción relativa, desarrollada, en posesión del mundo, pero desvinculada de la unidad; finalmente, esta nueva unidad

Digitized by Google

que ha reaprehendido los elementos escapados de su seno, y que sólo entonces se sabe a sí misma como variedad y como unidad, todo en una pieza. Pues bien: esas categorías tan abstractas, y en apariencia tan vanas, constituyen la vida de la naturaleza, son nuestra propia conciencia, la vida de la humanidad, la vida misma de la historia. Tal será el tema de la próxima lección.

Digitized by Google

Lección Quinta

DIOS, LA CREACIÓN, EL MUNDO Y EL HOMBRE

SUMARIO: *Recapitulación. — Tres ideas como leyes de la razón. — Independencia absoluta de las ideas. — Las ideas como la inteligencia divina en sí misma. — Del verdadero carácter de la inteligencia. — Respuesta a algunas objeciones. — Paso de Dios al universo. De la creación. — Del universo como manifestación de la inteligencia divina y de las cosas que la constituyen. — Que esas ideas pasan al mundo y producen la armonía, la belleza y la bondad. — Expansión y atracción, etc., etc. La Humanidad. El hombre, microcosmos: la psicología, ciencia universal en pequeño. — Hecho psicológico o hecho de conciencia fundamental; tres términos aún: lo finito, lo infinito y su relación. — Todos los hombres poseen este hecho: la única diferencia posible es el más o el menos de claridad que tome en el tiempo y el predominio de tal o cual elemento, según la mayor o menor atención que se le conceda. Que lo mismo sucede con el género humano. Su identidad es la identidad de tres elementos en la conciencia del género humano. Las diferencias provienen del predominio de uno de ellos sobre los otros dos. Estas diferencias constituyen las diferentes épocas de la historia.*

Señores:

Recordad las conclusiones de la última lección. La razón, en cualquier sentido que se desarrolle, aplíquese a lo que se aplique, sea lo que fuere aquello que considere, no puede concebir nada sino bajo condición de dos ideas que presiden el ejercicio de su actividad, a saber: la idea de lo uno y la idea de lo múltiple, de lo finito y de lo infinito, del ser y del parecer, de la substancia y del fenómeno, de la causa absoluta y de las causas segundas, de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de la inmensidad y del

Digitized by Google

espacio, de la eternidad y del tiempo, etc. Aproximando todas estas proposiciones, uniendo, por ejemplo, todos los términos de la primera serie, quedan identificados por un análisis profundo; identifícanse igualmente entre sí todos los términos de la segunda serie; de suerte que resulta de todas estas proposiciones, comparadas y combinadas, una sola proposición, una sola fórmula, que es la fórmula misma del pensamiento, y la cual podéis exponer, según los casos, por lo uno y lo múltiple, el tiempo y la eternidad, el espacio y la inmensidad, la unidad y la variedad, la substancia y el fenómeno, etc. En fin, los dos términos de esta fórmula tan comprensiva no constituyen un dualismo en el cual el primer término está a un lado y el segundo a otro, sin más relación que la de ser aprehendidos al mismo tiempo por la razón. La relación que les liga es muy de otro modo esencial: la unidad, la substancia, el ser, la inmensidad, la eternidad, etc., el primer término de la fórmula, también es causa, y causa absoluta; y, en tanto que causa absoluta, no puede dejar de desarrollarse en el segundo término, a saber: la multiplicidad, lo finito, el fenómeno, lo relativo, el espacio y el tiempo, etc.

El resultado de todo esto es que ambos términos, así como la relación de generación que obtiene el segundo del primero, y que por consecuencia a él se refiere sin cesar, constituyen los tres elementos integrantes de la razón. No puede esta razón, aun en sus abstracciones más atrevidas, separar ninguno de esos tres términos entre sí. Por ejemplo, intentad quitar la unidad, y la sola variedad ya no será adicionable, no será comprensible; por otra parte, intentad suprimir la variedad, y sólo os quedará una unidad inmóvil, una unidad que no se manifiesta, y que no es por sí sola un pensamiento, puesto que un pensamiento está representado por una proposición y un solo término no basta a ninguna proposición. En fin, suprimid la relación que liga íntimamente la variedad a la unidad, y destruiréis también el vínculo necesario de ambos términos en toda proposición. Por tanto, podemos considerar como logro incon-

Digitized by Google

testable que esos tres términos son distintos, pero inseparables, y que constituyen al mismo tiempo una triplicidad y una unidad necesaria.

Elevados a esta altura, hemos perdido tierra, señores, y por ello importa reconocer perfectamente el lugar en que estamos; es preciso reconocer la naturaleza de estas tres ideas, las cuales, en su triplicidad y en su unidad, nos han parecido el fondo mismo de la razón.

¿Cuál es la naturaleza de las ideas? ¿Son las ideas simples signos que sólo existen en los diccionarios, puras palabras, y entonces debemos ser nominalistas? En modo alguno; pues los nombres, las palabras, los signos con ayuda de los cuales pensamos, sólo podemos admitirlos a condición de comprenderlos, y no podemos comprenderlos sino con la condición general de todo comprender, de entendernos con nosotros mismos; es decir, precisamente a condición de esas tres ideas que gobiernan y dirigen toda operación del pensamiento. Los signos son, sin duda alguna, poderosas ayudas para el pensamiento, pero no constituyen su principio interno: es de la mayor claridad que el pensamiento preexiste a su expresión, que no pensamos porque hablamos, sino que hablamos porque pensamos, porque tenemos algo que decir. Si se rechaza el nominalismo, ¿debemos, por tanto, ser realistas? ¿Debe admitirse que las ideas son cosas que existen como todas las demás; que son, como dijo Malebranche, pequeños seres en nada despreciables? Tampoco, señores. No; las ideas no son cosas como las otras cosas. ¿Quién ha visto ideas? ¿Quién ha tocado ideas? ¿Quién ha estado en relación con ideas? Si, lo que dudo mucho, los realistas han querido hablar de la existencia exterior de las ideas, han caído entonces en el absurdo más evidente. Me siento tentado a no imputárselo; pero, en fin, se les atribuye, erróneamente o con razón. Para escapar a este absurdo, ¿nos dirigiremos a los conceptualistas, recorriendo así el conocido círculo de las tres grandes escuelas francesas de la

Digitized by Google

edad media acerca de la cuestión de las ideas? Es corriente detenerse en ellos. Entendámonos, señores. Estoy presto a conceder que las ideas no son más que concepciones de la razón, de la inteligencia, del pensamiento, si nos entendemos acerca de la naturaleza de la razón, de la inteligencia, del pensamiento. Pensad bien en ello: ¿La razón es humana, rigurosamente hablando? ¿O bien, sólo es humana por cuanto hace su aparición en el hombre? ¿Os pertenece la razón? ¿Es vuestra? ¿Qué es lo que os pertenece? ¿Qué es lo vuestro en vosotros mismos? Señores, lo vuestro es la voluntad y sus actos. Yo quiero mover mi brazo y lo muevo; tomo una resolución y esta resolución es exclusivamente mía, no puedo imputársela a ninguno de vosotros; me pertenece, es de mi propiedad. Y es tan cierto, que si me place, tomo en el mismo instante una resolución contraria, quiero otra cosa, produzco otro movimiento, porque está en la esencia misma de mi voluntad el ser libre, el hacer o no hacer, el comenzar una acción o suspenderla, cambiarla, cómo y cuándo me plazca. ¿Ocurre de igual modo en las aprehensiones de la razón? La razón concibe una verdad matemática: ¿puede cambiar esta concepción, como mi voluntad ha cambiado hace un instante mi resolución? ¿Puede concebir que dos y dos no son cuatro? Intentadlo y no lo conseguiréis. Y, no solamente en matemáticas, sino en todas las demás esferas de la razón. Intentad concebir en moral que lo justo no es obligatorio; intentad concebir en arte que tal o cual forma no es bella: lo intentaríais en vano, pues la razón os impondrá siempre la misma aprehensión. La razón no se modifica voluntariamente; no pensáis como queréis, vuestra inteligencia no es libre. ¿Qué hemos de concluir, señores? Que no organizáis vuestra razón, que no os pertenece. Todo lo que es libre es vuestro; lo que no es libre no es vuestro. Sólo la libertad constituye la personalidad. No podemos menos de sonreír cuando en nuestros días se oye hablar contra la razón en tanto que individual. En verdad, se trata de un lujo declamatorio, pues no hay

Digitized by Google

nada menos individual que la razón. Si fuera individual sería personal, sería voluntaria y libre, la domeñaríamos como domeñamos nuestras resoluciones y actos volitivos; en todo momento cambiaríamos sus actos, es decir, sus concepciones. Si estas concepciones no fueran más que individuales, no podríamos pensar en imponerlas a otros individuos; pues imponer esas concepciones individuales y personales a otros individuos, a otras personas, sería el despotismo más desmedido y extravagante. Lo que en mí es puramente individual sólo tiene valor en mi ser individual. Pero las cosas no suceden así. Declararíamos completamente locos a quienes no admitieran las relaciones matemáticas de los números, a quienes no admitieran la diferencia entre lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto. ¿Por qué? Porque sabemos que no es el individuo quien constituye estas concepciones; o en otros términos, que la razón en sí no es individual, sino universal y absoluta; porque es a este título como obliga a todos los individuos, y un individuo, al mismo tiempo que se sabe obligado por ella, sabe que todos los demás están obligados a igual título. La razón no es, pues, individual; por tanto, no es nuestra, no nos pertenece, no es humana; pues — digámoslo una vez más — lo que constituye al hombre y su personalidad intrínseca es su actividad voluntaria y libre; cuanto no es voluntario y libre está agregado al hombre, pero no es parte integrante del mismo. Si se admite esto, señores, yo concederé que las ideas son concepciones de esta razón universal y absoluta que nosotros no constituímos, pero que aparece en nosotros y es ley para todos los individuos; de esta razón que Fenelón encontraba siempre al fin de sus investigaciones, intentando en vano abstraerla sin lograrlo jamás, y que apareciendo sin cesar pese a todos sus esfuerzos en sus pensamientos, a los más elevados como a los más vulgares, le arrancaba esta sospecha sublime: «¡Oh, razón, razón!, ¿no serás tú a quien yo busco?». Si se quiere entender así no hay dificultad alguna, y las ideas serán concepciones, no de la razón humana, sino de la

Digitized by Google

razón en sí. Sin embargo, señores, tened en cuenta que esta razón que en sí misma es universal y absoluta, y por consecuencia infalible, una vez que recae en el hombre y entra en relación con los sentidos, las pasiones y la imaginación, de infalible que era se vuelve falible. No es que ella se engañe, sino que aquello en que está la extravía; de ahí todas sus aberraciones, que son numerosas; y como derivan de la relación, que en el estado actual de las cosas es nuestra condición inevitable, también ellas son inevitables. La verdad puede ser aprehendida por la razón en su estado humano, si puedo expresarme así; pero puede no ser aprehendida siempre de la manera más fiel. Incluso entonces, no queda alterada ni destruída, sino que subsiste independientemente de la razón que no la aprehende o la aprehende mal. La verdad en sí misma es tan independiente de la razón, en su estado actual, como la razón en sí misma es independiente del hombre en quien aparece. Así preservada de la razón falible del hombre, no queda más que referirla a la razón no caída aún en la humanidad, a la razón universal, absoluta, infalible, a la razón eterna, fuera del espacio y del tiempo, separada de todo contacto con lo relativo, lo contingente y lo erróneo; a esa inteligencia, de la cual es la nuestra, o más bien la que hace su aparición en nosotros, un simple fragmento; a ese pensamiento puro e incorruptible que el nuestro refleja. Esta es la teoría de Platón y la de Leibniz, la teoría que yo mismo he adoptado y que hace algunos años he desarrollado tan amplia y frecuentemente en esta cátedra.

Las ideas no son, pues, puras palabras; tampoco son seres. Son concepciones de la razón humana; y el mismo rigor del análisis nos fuerza a referirlas al principio eterno de la razón humana, a la razón absoluta. Sólo a esta razón pertenecen; en cierto modo están prestadas a todas las demás razones. Es en ella donde existen; ¿pero de qué manera? No hay que ir muy lejos a buscarlo: existen por la existencia del espíritu; no son otra cosa que la manera de ser de la razón eterna.

Digitized by Google

Ahora bien: la manera de ser de la razón eterna y del espíritu absoluto es una manera de ser completamente intelectual e ideal. Aquí cesa toda discusión, el espíritu no se explica más que por sí mismo; él solo atestigua y legitima su manera de existir. Y observad que haciendo de las ideas, con Platón y Leibniz, las maneras de ser de la eterna Inteligencia, dais a esta inteligencia lo que le es necesario para ser una verdadera inteligencia, es decir para conocerse; pues lo propio de la inteligencia no es el poder conocer, sino el conocer en efecto. ¿Bajo qué condición existe la inteligencia para nosotros? No es a la simple condición de que haya en nosotros un principio de inteligencia, sino a condición de que ese principio se desarrolle; es decir, a condición de que salga de sí misma para poder tomarse a sí misma como objeto de su propia inteligencia. La condición de la inteligencia es la diferencia; y no puede haber acto de conocimiento más que allí donde haya varios términos. La unidad no es suficiente para la concepción, sino que le es necesaria la variedad; e incluso, no solamente es preciso que haya variedad, sino que se precisa una relación íntima entre el principio de la unidad y la variedad; sin lo cual, no siendo la variedad aprehendida por la unidad, queda la una como si no pudiera aprehender, y la otra como si no pudiera ser aprehendida. Adentraos un instante en vosotros mismos y veréis que lo que constituye la inteligencia en nuestra débil conciencia es la existencia de varios términos, de los cuales uno aprehende el otro, siendo el segundo aprehendido por el primero. Esto es conocer, comprender; esto es la inteligencia. La inteligencia sin conciencia, es la posibilidad abstracta de la inteligencia, no la inteligencia en acto; y la conciencia implica la diversidad y la diferencia. Ahora transportad todo esto de la inteligencia humana a la inteligencia absoluta; es decir, referid las ideas a la sola inteligencia a la cual pueden pertenecer, y tendréis, si es lícito expresarse así, la vida de la inteligencia absoluta; tendréis esta inteligencia con el entero desarrollo de los elementos que le son

Digitized by Google

necesarios para ser una verdadera inteligencia; tendréis todos los momentos cuya relación y movimiento constituyen la realidad del conocimiento.

Resumamos. Existen en la razón humana dos elementos y su relación; es decir, tres elementos, tres ideas. Estas tres ideas no son un producto arbitrario de la razón humana; lejos de ello, en su triplicidad y unidad constituyen el fondo mismo de la razón, aparecen en ella para gobernarla, como la razón aparece en el hombre para gobernarle también. Lo que era verdadero en la razón humanamente considerada, subsiste en la razón considerada en sí; lo que daba el fondo de nuestra razón da el fondo de la razón eterna; es decir, una triplicidad que se resuelve en unidad, y una unidad que se resuelve en triplicidad. La unidad de esta triplicidad es real, y al mismo tiempo esta unidad perecerá íntegramente en uno solo de los tres elementos que le son necesarios; por tanto, todos tienen el mismo valor lógico y constituyen una unidad indescomponible. ¿Cuál es esta unidad? La propia Inteligencia divina. He aquí hasta donde, señores, en alas de las ideas, para hablar como Platón, se eleva nuestra inteligencia; he aquí el Dios tres veces santo que reconoce y adora el género humano, y en nombre del cual el autor del sistema de mundo descubre e inclina siempre su cabeza octogenaria.

Estamos, señores, muy por encima del mundo, por encima de la humanidad, por encima de la humana razón. Todavía no existen para nosotros la naturaleza y la humanidad; sólo estamos en el mundo de las ideas. ¿Debemos esperar que, no habiéndose presentado aún la cuestión de la naturaleza ni la de la humanidad, se prefiera no calificar de panteísmo la teoría precedente? El panteísmo es hoy el espantajo de las imaginaciones débiles; ya veremos en su día a qué se reduce; mientras lleguemos a ello, espero que no se me acusará de con-

Digitized by Google

fundir con el mundo la eterna Inteligencia, la cual ya existe antes que el mundo y que la humanidad con la triple existencia que es inherente a su naturaleza. Pero si a esta altura la filosofía escapa a la acusación de panteísmo, no se le perdonará una acusación completamente opuesta y que la filosofía acepta: la de querer penetrar en la profundidad de la esencia divina, la cual, se dice, es incomprensible. Se quiere que sea incomprensible. Existen hombres, seres razonables cuya misión es comprender, y los cuales creen en la existencia de Dios, que sólo quieren creer en Él bajo esta expresa reserva: que su existencia sea incomprensible. ¿Qué se quiere decir con ello, señores? ¿Quiere decirse que sea absolutamente incomprensible? Pero lo que es absolutamente incomprensible no tiene relación alguna con nuestra inteligencia, en modo alguno puede ser admitido por ella. Un Dios que nos sea absolutamente incomprensible será un Dios sin existencia para nosotros. En verdad, ¿qué sería para nosotros un Dios que no hubiera creído su deber el dar a su criatura algo de sí mismo, suficiente inteligencia para que esta pobre criatura pueda elevarse hasta Él, comprenderle y creerle? Porque, ¿qué es creer, señores? Es comprender en algún grado. La fe, sea la que sea su forma, sea el que sea su objeto, vulgar o sublime, la fe no puede ser otra cosa que el consenso de la razón a lo que la razón toma como verdadero. Éste es el fondo de toda fe. Suprimid la posibilidad de conocer, y no quedará nada que creer, habréis suprimido la raíz de la fe. Podría decirse que, si bien Dios no es enteramente incomprensible, sí lo sería en cierto grado. Sea; pero yo ruego que se determine bien esa medida, y entonces sostendré que es precisamente esta medida de la comprensibilidad de Dios la que será medida de la fe humana. De tal modo Dios es poco incomprensible, que precisamente son las ideas las que constituyen su naturaleza, las ideas cuya naturaleza es ser inteligibles. En efecto, se ha investigado mucho si las ideas representan o no representan, si están conformes o no están conformes con sus objetos. En

Digitized by Google

verdad, la cuestión no consiste en saber si las ideas representan los objetos, pues las ideas están por encima de todas las cosas; la verdadera cuestión filosófica sería más bien la de saber si las cosas representan ideas; pues las ideas no son el reflejo de las cosas, sino que son las cosas el reflejo de las ideas. Dios, la substancia de las ideas, es esencialmente inteligente y esencialmente inteligible. Iré más lejos aún; y a este reproche de un misticismo pusilánime, responderé desde lo alto de la ortodoxia cristiana. ¿Pues saben, señores, cuál es la teoría que les he expuesto? No otra que el fondo mismo del cristianismo. El Dios cristiano es triple y uno al mismo tiempo, y las acusaciones que se alzaran contra la doctrina que enseño tendrían que remontar hasta la Trinidad cristiana. El dogma de la Trinidad es la revelación de la esencia divina, iluminada en toda su profundidad y considerada enteramente bajo la mirada del pensamiento. Y no parece que el cristianismo crea la esencia divina inaccesible o prohibida a la inteligencia humana, puesto que la da como enseñanza al más humilde de espíritu, puesto que es la primera verdad que inculca a sus hijos. Pero — se exclamará — ¿olvidáis que esta verdad es un misterio? No, no lo olvido; pero no olvidéis tampoco que este misterio es una verdad. Por lo demás, me explicaré claramente a este respecto. *(Marcado movimiento de atención.)* Misterio es una palabra que no pertenece al lenguaje de la filosofía, sino al de la religión. El misticismo es la forma necesaria de toda religión en tanto que religión; pero bajo esta forma tiene ideas que pueden ser abordadas y comprendidas en sí mismas. Y yo, señores, no hago otra cosa que repetir lo que han dicho antes que yo los grandes doctores de la Iglesia, santo Tomás, san Anselmo de Cantorbery, y el mismo Bossuet en el siglo XVII, al final de la «*Histoire universelle*». Estos grandes hombres han intentado una explicación de los misterios, y entre otros del misterio de la Santísima Trinidad; luego ese misterio, tan santo y sagrado a sus propios ojos, contenía ideas que era posible separar de su forma. La

Digitized by Google

forma simbólica y mística es inherente a la religión; en el caso que nos ocupa toma la apariencia de las relaciones humanas más íntimas y conmovedoras. Pero repitamos una vez más que si la forma es santa las ideas que están debajo lo son también; y son estas ideas las que la filosofía separa y considera en sí mismas. Dejemos a la religión la forma que le es inherente; siempre encontrará en nosotros el respeto más profundo y verdadero; pero al mismo tiempo, sin lesionar los derechos de la religión, ya he defendido yo y defenderé constantemente los de la filosofía. Ahora bien: bajo la reserva del más profundo respeto por las formas religiosas, el derecho y el deber de la filosofía consiste en no comprender, en no admitir nada sino en tanto que verdadero en sí y bajo la forma de la idea. La forma de la religión y la forma de la filosofía — digámoslo claramente — son diferentes; pero al mismo tiempo sus contenidos, si puedo expresarme así, son el mismo. Por tanto, allí donde hay identidad de contenido, sería una puerilidad insistir hostilmente sobre la diferencia formal. La religión es la filosofía de la especie humana; un pequeño número de hombres va más lejos aún; pero considerando la identidad esencial de la religión y de la filosofía, esa minoría rodea de veneración la religión y sus formas; y no la reverencia, señores, por una especie de indulgencia filosófica que estaría muy fuera de lugar, sino que la reverencia sinceramente porque es la forma de la verdad en sí. *(Aplausos.)* Excusadme, señores, estos desarrollos quizá excesivos; pero debo apresurarme ante el largo camino que he de recorrer.

Dios existe; existe con todo lo que constituye su verdadera existencia, con los tres momentos necesarios de la existencia intelectual. Ahora hay que dar un paso más, señores, hay que ir de Dios al universo. ¿Cómo darlo? ¿Qué es lo que conduce de Dios al universo? La creación. ¿Y qué es la creación? ¿Qué es crear? ¿Queréis la definición vulgar? Hela aquí: Crear es hacer

Digitized by Google

algo de nada, es sacar algo de la nada; y esta definición debe ser muy satisfactoria, puesto que se repite aún hoy casi por todas partes. Pero Leucipo, Epicuro, Lucrecio, Bayle, Spinosa y todos los pensadores un poco hábiles demuestran fácilmente que de nada no se saca nada, que nada puede salir de la nada; de donde se sigue que la creación es imposible. Tomando otra ruta llegamos a este otro resultado: que la creación es, no solamente posible, sino necesaria. Pero ante todo examinemos un poco esta definición, la de que crear es sacar de la nada. El fondo de la definición está en la idea misma de la nada. ¿Pero qué es esta idea? Una idea puramente negativa. Es la potencia del espíritu para hacer toda clase de hipótesis, para poder, por ejemplo, en presencia de la realidad, suponer lo contrario; y es una verdadera extravagancia ir de la posibilidad de una hipótesis a la realidad de la misma. Pero ésta es más desgraciada que otras hipótesis: encierra una contradicción absoluta. La nada es la negación de toda existencia; pero, ¿quién verifica en ella la negación de toda existencia? ¿Quién? El pensamiento; es decir, vosotros que lo pensáis. De suerte que vosotros los que pensáis, y que sois en tanto que pensáis y puesto que pensáis, y que lo sabéis, puesto que sabéis que pensáis, negando toda existencia os negáis precisamente vosotros mismos, vuestro pensamiento y vuestra propia negación. Si prestarais atención al principio mismo de vuestra hipótesis, este principio la destruiría, o la hipótesis destruiría el principio. Lo que se ha dicho de la duda, lo que Descartes ha demostrado respecto a la duda, se aplica con mayor razón a la idea de la nada. Dudar es creer, pues dudar es pensar. ¿Cree que duda quien duda, o duda su dudar? Si duda su dudar, destruye con ello mismo su escepticismo; y, si cree que duda, lo destruye también. De igual modo, pensar es ser y saber que se es, es afirmar la existencia; pero proponer la hipótesis de la nada es pensar; luego es ser y saber que se es; luego es proponer la hipótesis de la nada con la condición de la presuposición contraria, a saber: la

Digitized by Google

de la existencia del pensamiento con la existencia de quien piensa. En vano se intenta salir del pensamiento y de la idea de existencia. En el fondo de toda negación yace una afirmación. En el fondo de la idea de la nada está, como condición absoluta, la presuposición de la existencia, la existencia de quien propone ese mismo supuesto de la nada.

Por tanto, debe abandonarse la definición de que crear es sacar de la nada, pues la nada es una quimera y una contradicción. Ahora bien: abandonando la definición, deben abandonarse sus consecuencias, y la consecuencia inmediata de la hipótesis de la nada como condición de la creación es otra hipótesis; pues, una vez que se entra por la vía de la hipótesis se marcha de una en otra, sin poder salir de ellas. Puesto que Dios no puede crear más que sacando de la nada, y no se saca nada de nada, y sin embargo este mundo es de modo incontestable, sin que haya podido ser sacado de nada, se sigue que no ha sido creado; por tanto, se obtiene la consecuencia de que es independiente de Dios, de que está formado en virtud de su propia naturaleza y de las leyes que de su naturaleza derivan. De aquí otra hipótesis, la de un dualismo en el cual Dios está por un lado y el mundo por otro; es decir un absurdo. Pues, precisamente todas las condiciones de la existencia de Dios son absolutamente contradictorias a la existencia independiente del mundo. Si el mundo es independiente se basta a sí mismo; sería absoluto, eterno, infinito, todopoderoso; y si Dios es independiente del mundo, debe ser absoluto, eterno, todopoderoso. He aquí dos omnipotencias en mutua contradicción. No me sumiré más en este abismo de hipótesis y de absurdos.

¿Qué es crear, señores, no conforme al método hipotético, sino según el método que hemos seguido, según ese método que recurre siempre a la conciencia humana para aplicar sus resultados, mediante una inducción superior, a la esencia divina? Crear es una cosa muy fácil de concebir, puesto que es algo que hacemos a cada instante; en efecto, creamos siempre que verifi-

Digitized by Google

camos un acto libre. Yo quiero algo, tomo una resolución, luego otra, y otra más; la modifico, la suspendo, la prosigo. ¿Qué es lo que yo hago? Produzco un efecto que no refiero a ninguno de vosotros, que refiero a mí mismo como causa y como causa única; de modo que, con relación a la existencia de este efecto, no busco nada por encima o más allá de mí mismo. He aquí lo que es crear. Creamos un acto libre; digo que lo creamos, pues no lo referimos a ningún principio superior a nosotros; nos lo imputamos de modo exclusivo. No era, y comienza a ser en virtud del propio principio de causalidad que poseemos. Así, causar es crear, ¿pero con qué? ¿Con nada? No, sin duda alguna; por el contrario, con el fondo mismo de nuestra existencia; es decir, con toda nuestra fuerza creadora, con toda nuestra libertad, con toda nuestra actividad voluntaria, con toda nuestra personalidad. El hombre no saca de la nada la acción que no ha hecho aún y que va a hacer; la saca del poder que tiene para hacerla; la saca de sí mismo. He aquí el tipo de una creación. La creación divina es de la misma naturaleza. Dios, si es una causa, puede crear; y si es una causa absoluta, no puede dejar de crear; y creando el universo, no lo saca de la nada, lo saca de sí mismo, de esta fuerza de causación y de creación de la cual nosotros, débiles hombres, poseemos una pequeña parte; toda la diferencia de nuestra creación a la de Dios estriba en la diferencia general de Dios al hombre, en la diferencia de la causa absoluta a una causa relativa.

Creo, pues, que causo; produzco un efecto, pero este efecto expira ante la mirada misma de quien lo produce, apenas se extiende más allá de la conciencia; frecuentemente muere en ella, nunca la sobrepasa mucho; incluso con toda la energía de su fuerza creadora, el hombre encuentra muy fácilmente límites a su creación. En el mundo interior, estos límites son mis pasiones, mis debilidades; en el exterior, el mundo mismo que obstaculiza mi movimiento. Yo quiero producir un movimiento y frecuentemente sólo produzco la volición del

Digitized by Google

movimiento; el más miserable accidente paraliza mi brazo, el obstáculo más vulgar se opone a mi poder; y tanto mis creaciones como mi fuerza creadora son relativas, contingentes, limitadas; pero, en fin, son creaciones, y ese es el tipo de la concepción de la creación divina.

Dios crea, pues. Crea en virtud de su potencia creadora. Saca el mundo, no de la nada, que no existe, sino de sí mismo, que es la existencia absoluta. Siendo su carácter eminente una fuerza creadora absoluta que no puede dejar de actualizarse, no se sigue que la creación sea posible, sino que es necesaria; se sigue que, creando Dios sin cesar e infinitamente, la creación es inagotable y se mantiene constantemente. Es más: Dios crea consigo mismo; luego crea con todos los caracteres que le hemos reconocido y que pasan necesariamente a sus creaciones. Dios está en el universo como la causa está en su efecto, como nosotros mismos, causas débiles y limitadas, estamos en tanto que causas en los débiles y limitados efectos que producimos. Y si Dios es para nosotros la unidad del ser, de la inteligencia y de la potencia, con la variedad que le es inherente y con la relación tan eterna y necesaria como los dos términos que une, se sigue que todos estos caracteres están también en el mundo y en la existencia visible. Por tanto, señores, la creación no es un mal, sino un bien; y así nos la representan, en efecto, las Sagradas Escrituras: «Y vió que estaba bien». ¿Por qué? Porque le era más o menos conforme.

He aquí, señores, al universo creado, necesariamente creado y manifestando a Aquél que le ha creado; pero esta manifestación, en la cual hace su aparición el principio de la manifestación, no le agota. Me explicaré.

Yo quiero y produzco una volición; mi fuerza voluntaria aparece mediante este acto y en este acto; aparece en él, pues es a ella a quien refiero este acto. Por tanto, está en el acto. ¿Pero cómo está? ¿Está íntegramente en él, de manera que no le quede nada más? No, seño-

Digitized by Google

res; y hasta tal punto es verdad, que después de haber realizado tal acto, produzco un acto nuevo, lo modifico o lo cambio. El principio interior de causación, aunque desarrollándose en sus actos, retiene lo que le constituye principio y causa, y no se absorbe en sus efectos. De igual modo, si Dios hace su aparición en el mundo, si Dios está en el mundo, si Dios se vierte en él con todos los elementos que constituyen su ser, sin embargo no se agota en él; y después de haber producido este mundo uno y triple al mismo tiempo, no se conserva menos íntegramente en su unidad y triplicidad esenciales.

Señores, es bajo este doble punto de vista de la manifestación de Dios en este mundo y de la subsistencia de la esencia divina en sí misma, aunque se haya manifestado en el mundo, como se da la verdadera relación del mundo con Dios: relación que es al mismo tiempo una relación de semejanza y de diferencia. Pues repugna que Dios, al manifestarse, no se vierta hasta cierto punto en su manifestación, y al mismo tiempo repugna que el principio de manifestación no se conserve superior a la manifestación que produce con toda la superioridad de la causa sobre su efecto. El universo es, por tanto, un reflejo imperfecto, pero un reflejo al fin de la esencia divina.

Yo no puedo ni quiero, señores, establecer aquí una teoría completa del mundo exterior: una metafísica de la física y de las leyes intelectuales ocultas bajo las leyes físicas ordinarias. Pero todos los hombres, tanto el ignorante como el sabio, ¿no ven en el universo una armonía constante? Sería negar que el mundo dura, que vive dos minutos seguidos; pues, si no hubiera armonía en los movimientos del mundo, éste quedaría destruído. Ahora bien: ¿Qué es la armonía? La armonía supone la unidad. ¿Y no supone más que la unidad? No, señores, pues la unidad produce la armonía, pero no es la armonía. Existe ya variedad en la armonía; ade-

Digitized by Google

más, tiene la relación de la variedad a la unidad, tiene la mezcla de la unidad y la variedad en perfecta medida; esto es la armonía y la vida del universo. He aquí, señores, por qué encontráis bello al mundo; es esta relación íntima de la unidad y de la variedad la que constituye la belleza del mundo; es esta misma relación la que, produciendo su existencia, su duración y belleza, da también a las leyes su carácter bienhechor; pues estas leyes, armónicas en sí mismas, producen por todos lados la armonía. Pero todo esto no son más que generalidades. Entrad en detalles, recorred las diversas esferas en que la ciencia ha dividido al mundo, y hallaréis en ellas los mismos caracteres que os ha ofrecido el aspecto general de la naturaleza. Tomad la mecánica, la astronomía, la física; en ellas está la base de todos los fenómenos ulteriores. ¿Qué halláis en ellas? Dos fuerzas al mismo tiempo opuestas y ligadas entre sí. Hallaréis ante todo la divisibilidad al infinito, es decir la expansión universal. Ahora bien; la divisibilidad al infinito no es otra cosa que el movimiento de la unidad a la variedad concebido sin límites. Suponed que sea realmente sin límites: ¿sabéis lo que entonces sucedería? La disolución de todas las cosas. En efecto, si la divisibilidad no tuviera contrapeso, todo se dividiría y se subdividiría infinitamente; los elementos resultantes de esta subdivisión infinita se subdividirían a su vez infinitamente. Suponed que esta divisibilidad no se agote ni se detenga: no habría contigüidad en el espacio ni continuidad en el tiempo; no habría elementos distintos, no habría más que cantidades indefinidas escapando a toda enumeración, a toda composición y adición. Esta ley, esta tendencia de la divisibilidad infinita se da en el mundo, ¿pero cómo se da? A condición de otra ley, la de la atracción universal. La atracción es el retorno de la variedad a la unidad, como la expansión es el movimiento de la unidad a la variedad. Y el mundo subsiste porque estas dos leyes universales están en mutua relación, equilibrándose entre sí; en una palabra, porque están en armonía. ¿Queréis ascender por

Digitized by Google

la escala del mundo, por las diversas esferas de que se compone? Pasad de la mecánica, de la astronomía y de la física a la química, a la fisiología vegetal y animal: volveréis a hallar esos dos movimientos y su relación: la cohesión y su contrario, la asimilación y su contrario, con la relación íntima que les une. No insisto, señores. En Francia los grandes hallazgos de la ciencia de la naturaleza ya comienzan a mostrarse claramente a través de los trabajos especializados y preocupan a todos los pensadores. Ya comienza entre nosotros una filosofía de la naturaleza, quizá más avanzada en otras partes, pero más hipotética; aquí es más circunspecta, pero de mayor porvenir. Me he contentado con trazar apresuradamente algunos rasgos de ese gran conjunto. Y llego a la humanidad.

Nada perece en la vida universal; todo se transforma y todo se resume. La mecánica, la física, pasan a la química, la cual pasa a la fisiología vegetal y también halla lugar en la economía animal. Pues bien: todos esos antecedentes, todos esos grados de la vida están en la humanidad. La humanidad es todo esto más el conocimiento de ello; estos son los elementos constitutivos de toda existencia retraída a la mirada de la conciencia.

El estudio de la conciencia es el estudio de la humanidad. En el vocabulario filosófico se llama psicología a ese estudio de la conciencia. Luego, señores, si el hombre resume al mundo entero, como el mundo entero refleja a Dios, si todos los momentos de la esencia divina pasan en el mundo y se hacen visibles en la conciencia del hombre, juzgad del alto rango del hombre en la creación, y, por consecuencia, del rango de la psicología en la ciencia. El hombre es un universo abreviado; la psicología es la ciencia universal concentrada. La psicología contiene y refleja todo — Dios y el mundo —, bajo el ángulo preciso y determinado de la conciencia. Todo está en ella en límites reducidos, pero to-

Digitized by Google

do está. En la conciencia hay sin duda miles y miles de fenómenos, como en el mundo exterior; pero de igual modo que el mundo exterior puede resumirse en dos grandes leyes más su relación, así pueden resumirse y se resumen todos los hechos de la conciencia (creo haberlo demostrado en otra ocasión) en un hecho constante, permanente, universal, que subsiste en todas las circunstancias posibles, que tiene lugar tanto en la conciencia del pastor como en la de Leibniz, que reside en toda conciencia con una sola condición: que tenga un acto de conciencia. Es el hecho más vulgar y el más sublime: el más vulgar, puesto que se da en todas las conciencias; el más sublime, porque encierra las más vastas consecuencias. Es el hecho mismo de la humanidad aprehendido por la humanidad; es el conocimiento de la humanidad por sí misma. Contiene toda la psicología íntegramente.

Hay, señores, un arte psicológico, pues la reflexión es por decirlo así contra natura, y este arte no se aprende en un momento; no se repliega sobre sí misma fácilmente sin dilatado ejercicio, sin un hábito constante y un aprendizaje laborioso. Por tanto, en lugar de entregarme ahora a un análisis profundo del hecho de la conciencia, que el auditorio podría tener alguna dificultad en seguir, me contentaré con presentaros los caracteres generales del hecho. No temáis, seré breve.

En tanto que el hombre no se conoce, no se aprehende, no tiene conciencia de sí mismo, no conoce ni aprehende nada; pues sólo podemos saber en tanto que existimos para nosotros mismos, es decir en tanto que sabemos que somos; todo saber implica el saber de sí mismo, no un saber desarrollado, sin duda, sino ese saber que consiste por lo menos en saber que somos. En tanto que el hombre no es para sí mismo, es como si no fuera; pero desde el momento en que se conoce (y notad que no hablo aquí de un saber desarrollado y científico), sólo se conoce a condición de saber todo lo demás de la misma manera que se sabe a sí mismo. Todo está dado en todo; y el hombre, aprehendiéndose, abordándose a

Digitized by Google

sí mismo, toca ya todo lo que podrá alcanzar más tarde.

Cuando yo me aprehendo me separo de todo lo que no es mi yo; y discerniéndome de todo lo que no soy yo, hago dos cosas: 1º, me afirmo a mí mismo como siendo; 2º, afirmo como siendo también aquello de que yo me distingo. Yo no soy yo, no soy ese yo que no se confunde con nada extraño a él sino a condición de distinguirme de todo lo demás; y distinguirse de algo es suponer que eso de que se distingue existe. Por tanto, el hombre sólo se encuentra encontrando otra cosa que le rodea y, por consecuencia, le limita. En efecto, entrad un momento en vosotros mismos y reconoceréis que el yo que sois es un yo limitado por todas partes por objetos extraños. Este yo es, pues, finito; e incluso es yo en tanto que limitado y finito. Pero, si el mundo exterior limita el yo y le obstaculiza en todos sentidos, también el yo reobra sobre el mundo, lo modifica, se opone a su acción y, en cierto grado, le imprime la suya; y este cierto grado, por débil que sea, llega a ser para el mundo una frontera, una limitación. Así, el mundo, que en su oposición al yo es el límite del yo, o el no-yo, queda a su vez contradicho, modificado, limitado por el yo, el cual, al mismo tiempo que está forzado a reconocerse limitado, limita y confina, marca a su vez al mundo exterior, al no-yo de que se distingue, su carácter ceñido, limitado y finito. He aquí la mutua oposición en la cual nos aprehendemos; esta oposición es permanente en la conciencia, dura tanto como la conciencia. Pero esta oposición —pensad bien en ello, señores— se resuelve en una sola y misma noción, la de lo finito. Este yo que somos es finito; el no-yo que le limita es finito también y limitado por el yo; lo son en diferente grado, pero lo son igualmente; por tanto, estamos aún en la esfera de lo finito. ¿No hay en la conciencia ninguna otra cosa?

Sí, señores. Al mismo tiempo que la conciencia aprehende al yo como finito en su oposición al no-yo igualmente finito, refiere ese yo y ese no-yo finitos, limitados, relativos y contingentes a una unidad superior,

Digitized by Google

absoluta y necesaria que les contiene y explica, y la cual tiene todos los caracteres opuestos a aquellos que el yo halla en sí mismo y en el no-yo que le es análogo. Esta unidad es absoluta, así como el yo y el no-yo son relativos. Esta unidad es una substancia, así como el yo y el no-yo, siendo substanciales por su relación con la substancia, son en sí mismos simples fenómenos, modificables como fenómenos, limitados como fenómenos, desvaneciéndose y reapareciendo como tales fenómenos. Además esta unidad superior no es solamente una substancia, sino también una causa. En efecto, el yo sólo se aprehende en sus actos, como una causa que obra sobre el mundo exterior; y el mundo exterior no llega a la conciencia del yo sino mediante las impresiones que en él produce, mediante las sensaciones que el yo experimenta y que ni hace ni puede destruir, que no puede pues referir a sí mismo, y que refiere entonces a algo extraño a sí como causa. Esta causa general es el mundo; y como es una causa finita, y el yo también es una causa finita, la unidad, la substancia que contiene el yo y el no-yo, siendo una causa, debe ser, conforme a su naturaleza, una causa infinita.

No está en manos del hombre, señores, el destruir uno solo de estos tres términos del hecho de conciencia. Constituyen el fondo de la conciencia, la materia con la cual hacemos todas nuestras ideas ulteriores, todas nuestras convicciones. En todo momento, en todas las circunstancias más vulgares de nuestra existencia, creemos que existimos, creemos que también existe un mundo exterior, el cual es, como nosotros, limitado, variable y finito; y referimos este mundo, nos referimos nosotros mismos, a algo mejor, más allá de lo cual es imposible concebir nada en materia de existencia, duración, potencia y sabiduría. Por tanto, la conciencia tiene tres momentos, como la naturaleza, como la propia esencia divina; perfecciona una y manifiesta la otra.

La identidad de la conciencia constituye la identidad del conocimiento humano. Sobre este fondo común el

Digitized by Google

tiempo traza todas las diferencias que distinguen a los hombres. Los tres términos de la conciencia forman en ella una síntesis primitiva más o menos confusa. Frecuentemente el hombre se detiene en ella, y éste es el caso de la mayoría de los hombres; algunas veces sale de ella y agrega a esta síntesis primitiva el análisis, la desarrolla mediante la reflexión, despeja el fenómeno complejo sometiéndolo a una luz que, extendiéndose sucesivamente por cada uno de los tres términos de la conciencia, los ilumina entre sí. ¿Qué sucede entonces? Que el hombre sabe mejor lo que ya sabía. Toda la diferencia posible de un hombre a otro reside en esto.

Tal es, señores, la superioridad de la reflexión y de la ciencia humana con respecto a las creencias primitivas de la conciencia; no es mayor. Agregad que puede suceder que la reflexión, que es sucesiva y que no se dirige más que a uno de los términos de la conciencia cada vez, preocupada por uno de ellos, se detenga en él exclusivamente y desdeñe los demás, mutile la conciencia, substituya a la síntesis y a la aprehensión confusa pero completa de la conciencia, un análisis imperfecto, una ciencia exclusiva.

Pues bien: cuanto he dicho del individuo lo digo también del género humano. He absuelto al individuo y a la naturaleza humana; he rendido homenaje a la Providencia, al encontrar en la conciencia del más vulgar de los hombres los tres términos que están en la reflexión científica más desarrollada, que están en la naturaleza, que están en Dios mismo. La única diferencia entre los individuos es la mayor o menor claridad en la manera de darse cuenta de sus elementos, y en la preocupación por hacer dominar tal o cual elemento ante la reflexión. El género humano, señores, tanto en la primera como en la última generación, posee ni más ni menos los tres elementos que hemos señalado. No pertenece al poder del tiempo el agregar un cuarto término. Constituye esto la unidad e identi-

Digitized by Google

dad del género humano. Pero no hay historia de lo que no es más que uno, idéntico a sí mismo, permanente, sin cambio, sin movimiento; si el género humano fuera siempre idéntico a sí mismo, si no sostuviera frente a sí mismo graves diferencias, no tendría historia, pues no hay historia sino de lo que cambia. La variedad en la unidad es el elemento de la historia. La potencia de la variedad entra en la escena de la historia, cae en brazos del tiempo como producto ampliado de lo que sucede en pequeño en la limitada escena de la conciencia individual. El género humano sostiene frente a sí mismo, en el curso de su destino, las mismas diferencias que el individuo mantiene relativamente a sí mismo en los límites del suyo. El género humano, que siempre tiene de modo permanente los tres elementos fundamentales de la conciencia, admite también diferencias en el grado de claridad con que los reconoce, así como en el grado de atención que presta a uno u otro. Ahora bien: las diferencias características que dividen el desarrollo de la conciencia individual constituyen las diferentes épocas de la vida del género humano; es decir, las distintas épocas de la historia.

¿Y cuáles son, cuáles deben ser las diferentes épocas de la historia del género humano? ¿En qué orden se suceden esas diferentes épocas? Para saberlo, es evidente que es preciso haber reconocido en qué orden se desarrollan las diferencias que hemos señalado en la conciencia del género humano y en la del individuo. ¿Es la idea de lo infinito o la idea de lo finito la que preocupa ante todo a la humanidad? Y en este último caso, ¿cuál de ambos términos de lo finito la afecta ante todo? Esto es, señores, lo que se trata de reconocer con precisión para poder determinar rigurosamente el orden necesario de las grandes épocas de la historia. Nuestra próxima lección quedará consagrada al examen y solución de este problema.

Digitized by Google

Lección Sexta

CONCIENCIA E HISTORIA

Sumario: *Recapitulación. — Retorno sobre el hecho fundamental de la conciencia. — Distinción de la forma reflexiva de este hecho y de su forma espontánea. Carácter de la espontaneidad. — Que es en el hecho de la espontaneidad de la razón donde se declara la independencia absoluta y la impersonalidad de las verdades racionales. — Refutación de Kant. — Identidad de la razón humana en la aprehensión espontánea de la verdad. — Reflexión, elemento de diferencia. Necesidad y utilidad de la reflexión. — Historia, condición de todo desarrollo. Tiempo. Condición del tiempo. Sucesión. Condición de la sucesión. Particularidad, división, contradicción. Necesidad y utilidad de todo ello. — Fin de la historia. — De la verdadera perfectibilidad. — Que no puede haber más de tres grandes épocas históricas.*

Señores:

Hemos recorrido mucho camino en la última lección. Partiendo de la razón humana nos hemos elevado hasta Dios para descender a la naturaleza y llegar a la humanidad. Éste es el círculo de las cosas; éste es el círculo de la filosofía. Hemos recorrido todas las partes de la filosofía, rápidamente, es verdad, pero de modo regular y con el severo encadenamiento y el orden mismo de la necesidad.

Era muy necesario, señores, partir de la razón humana; era éste el punto de partida legítimo, puesto que era el solo punto de partida posible. Es con la razón humana como hacemos, comprendemos, rechazamos o admitimos todas las cosas; así, era de ella de

Digitized by Google

donde debía partirse. Hemos encontrado en la razón humana tres ideas, que ella no constituye, pero que la dominan y gobiernan en todas sus aplicaciones. No era difícil el paso de estas ideas a Dios, pues estas ideas son Dios mismo. Para ir de la razón a Dios no es necesario recorrer un amplio camino ni recurrir a intermediarios extraños; el único intermediario es la verdad; la verdad que, no proviniendo del hombre, se refiere por sí misma a un origen más elevado. Era imposible detenerse allí. Siendo Dios una causa y una fuerza, al mismo tiempo que es una substancia y una inteligencia, no podía dejar de manifestarse. La manifestación de Dios queda implicada en la idea misma de Dios; y el paso de Dios al mundo también era necesario. En efecto, en el mundo hemos reconocido la causa; hemos reconocido en la armonía, que es el carácter eminente de este mundo, la relación de la variedad a la unidad, es decir el cortejo completo de las ideas. El movimiento interior de las fuerzas del mundo, en su desarrollo necesario, produce de grado en grado, de reino en reino, este ser maravilloso cuyo atributo fundamental es la conciencia; y en esta conciencia hemos vuelto a hallar precisamente los mismos elementos que bajo condiciones diferentes ya habíamos hallado en la naturaleza, los mismos elementos que ya habíamos reconocido en Dios mismo. El hecho fundamental de la conciencia es un fenómeno completo, compuesto de tres términos, a saber: el yo y el no-yo, ceñidos, limitados, finitos; además la idea de algo más, del infinito, de la unidad, etc.; y por último la idea de la relación del yo y del no-yo, es decir de lo finito en lo infinito que lo contiene y explica. Éstos son los tres términos de que se compone el hecho fundamental de la conciencia. Ahora bien: este hecho, trasladado del individuo a la especie y a la historia, es la base de todos los desarrollos ulteriores de la humanidad. Por tanto, señores, importa mucho examinarle atentamente y recoger los caracteres diversos que un análisis profundo pueda encontrar en él.

Digitized by Google

Cuando ahora cada uno de vosotros se repliega sobre sí mismo y entra en su conciencia, halla en ella los tres elementos que hemos señalado. Ante todo, os halláis a vosotros mismos, es decir un ser evidentemente limitado, reducido, finito. Ya en posesión de esta idea de lo limitado, reducido y finito, no os es suficiente, no podéis deteneros en ella, y la noción clara y determinada de lo finito implica para vosotros la de lo infinito. Hoy día tanto en la inteligencia desarrollada como en las lenguas, que son lo que la inteligencia ha hecho de ellas, lo finito supone lo infinito, así como lo infinito supone lo finito. El contrario llama a su contrario, y se da la relación tanto como los dos términos que la sirven de base. Esto es tan completamente evidente como necesario. Mediante este fenómeno fundamental de la conciencia, constatado, descrito, desarrollado, hacéis o se ha hecho la categoría de lo finito y de lo infinito, de lo particular y de lo universal, de lo contingente y de lo necesario, de la variedad y de la unidad, etc. Y ello es tan cierto, que incluso os es imposible pronunciar uno de esos nombres sin que el otro os venga inmediatamente a la boca; y acude a vuestros labios precisamente porque la idea que representa penetra irresistiblemente en vuestra conciencia. He aquí cómo suceden hoy las cosas. ¿Pero siempre han pasado así? Notad cuál es el carácter eminente del hecho que acabo de recordaros: que cuando tenéis uno de los tres términos, tenéis los otros dos, los concebís, los afirmáis, y si, por hipótesis, intentarais negarlos, no lo lograríais; existe a vuestros propios ojos la imposibilidad de no hacer lo que hacéis, la imposibilidad de no concebir lo que concebís; se da la tentativa de una duda, de una negación, y al mismo tiempo la persuasión de que esta tentativa es imposible. La necesidad de la concepción, es decir la negación intentada y convencida de su impotencia, es el carácter propio del fenómeno, tal como se manifiesta hoy en la conciencia. Pero yo os pregunto, señores, si la inteligencia comienza por una negación. No me to-

Digitized by Google

maré la molestia de demostrar que la inteligencia no comienza por una negación, puesto que una negación supone la afirmación a negar, como la reflexión supone algo anterior a lo que se aplica. Vosotros no comenzáis por la reflexión ni por la negación; comenzáis por una operación que se trata de determinar, y que es la base necesaria de la negación y de la reflexión. Pero la reflexión, que supone una operación anterior, ¿puede agregar algunos términos a aquellos que están contenidos en esta operación que la lógica nos demuestra como base necesaria de toda reflexión? Implicaría, señores, que la reflexión aumente la operación a la cual se aplica. Reflexionar es volver sobre lo que fué; es volver con ayuda de la memoria sobre el pasado, y hacerlo presente a la conciencia. La reflexión se agrega a lo que fué, ilumina lo que es, pero no crea nada. Se sigue de ello, que si la reflexión no crea nada, si supone una operación anterior, será preciso que en esta operación anterior haya tantos términos como en el fenómeno, tal como hoy sucede y tal como la reflexión lo descubre en la conciencia. En una negación vencida, intentada y reconocida impotente, no puede haber otra cosa que lo que ya había en la afirmación primera, en el fenómeno al cual se aplica la reflexión. He aquí el resultado de la lógica más vulgar; pero si tenéis la fuerza de volver más profundamente sobre vosotros mismos, de atravesar la reflexión, de llegar a la base de toda reflexión, convertiréis en un hecho evidente de conciencia el resultado que la lógica os impone.

Yo quiero pensar, y pienso. ¿Pero no os ha sucedido algunas veces, señores, que pensáis sin haber querido pensar? Transportaos entonces al primer hecho de la inteligencia, pues la inteligencia ha debido tener su primer hecho; ha debido tener un cierto fenómeno en el cual se ha manifestado por primera vez. Antes de este primer hecho, vosotros no existís para vosotros mismos; o si existís para vosotros mismos, como la inteligencia no se había desarrollado en vosotros, ignoráis que sois una inteligencia que puede desarrollar-

Digitized by Google

se, pues la inteligencia sólo se manifiesta mediante sus actos, al menos por uno; y antes de este acto no está en vuestro poder el sospecharla, y la ignoraríais absolutamente. Pues bien: cuando se ha manifestado la inteligencia por primera vez, es claro que no se ha manifestado voluntariamente. Sin embargo se ha manifestado, y vosotros habéis tenido la conciencia más o menos viva de ello. Tratad de sorprenderos pensando involuntariamente, y os encontraréis así en el punto de partida de la inteligencia; podréis observar así, con mayor o menor precisión, lo que pasa y debe pasar necesariamente en el primer hecho de vuestra inteligencia, en ese tiempo que ya no existe ni puede volver. Pensar es afirmar; la primera afirmación en la cual no ha intervenido la voluntad, ni por consecuencia la reflexión, no puede ser una afirmación mezclada de negación, pues no se comienza por una negación. Por tanto, es una afirmación sin negación, una aprehensión instintiva de la verdad, un desarrollo completamente instintivo del pensamiento. La virtud propia del pensamiento es pensar; intervengáis o no intervengáis, el pensamiento se desarrolla. Es en ese momento una afirmación que no está mezclada a negación alguna, una afirmación pura, una aprehensión pura. Ahora bien: ¿qué hay en esta intuición primitiva? Todo lo que habrá más tarde en la reflexión; pero si todo está en ella, todo está en otras condiciones. Nosotros no comenzamos por buscarnos, pues eso ya sería suponer que sabemos que existimos; pero he aquí que ha habido un día, una hora, un instante solemne de la existencia, en el cual sin habernos buscado nos hemos encontrado; el pensamiento, en su desarrollo instintivo, nos descubre que existimos; nos afirmamos con seguridad profunda, con una seguridad tal que no queda mezclada con ninguna negación. Nos aprehendemos, pero no discernimos con toda la claridad de la reflexión nuestro propio carácter, que es el ser reducidos y limitados; nos distinguimos de una manera precisa de este mundo, y no discernimos con toda precisión el ca-

Digitized by Google

rácter de este mundo; nos encontramos y encontramos al mundo, y aprehendemos alguna cosa aun a lo cual naturalmente, instintivamente, referimos el mundo y nosotros mismos; distinguimos todo esto, pero sin separarlo con toda severidad. La inteligencia, desarrollándose, aprehende todo lo que es, pero no puede aprehenderlo al principio de una manera reflexiva, distinta, negativa; y si bien lo aprehende todo con perfecta certeza, lo aprehende también con un poco de confusión.

Tal es, señores, el hecho de la afirmación primitiva, anterior a toda reflexión y pura de toda negación; es el hecho que el género humano ha llamado inspiración. La inspiración, en todas las lenguas, es distinta de la reflexión. Es la aprehensión de la verdad —sobreentendiéndose, las verdades esenciales y fundamentales —, sin intervención de la voluntad y de la personalidad. La inspiración no nos pertenece. No somos en ella más que simples espectadores; no somos agentes, o bien toda nuestra acción consiste en tener conciencia de lo que en ella se verifica; sin duda, es ya actividad, pero no es actividad reflexiva, voluntaria y personal. La inspiración tiene por carácter el entusiasmo; está acompañada de esta emoción potente que arrebata al alma de su estado ordinario y subalterno y separa en ella la parte sublime y divina de su naturaleza.

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y en efecto, ante el hecho maravilloso de la inspiración y del entusiasmo, no pudiendo el hombre referirlo a sí mismo, lo relaciona con Dios, y llama revelación a la afirmación primitiva y pura. ¿Está equivocado, señores, el género humano? Cuando el hombre, con la conciencia de su débil intervención en la inspiración, refiere a Dios las verdades que él no ha hecho y que le dominan, ¿está equivocado? Ciertamente, no. Pues,

Digitized by Google

¿qué es Dios? Ya os lo he dicho, es el pensamiento en sí, el pensamiento absoluto con sus momentos fundamentales, la razón eterna, la substancia y causa de las verdades que el hombre aprehende. Por tanto, cuando el hombre refiere a Dios la verdad que no puede poner en conexión ni con este mundo ni con su propia personalidad, la vincula a quien debe vincularla; y la afirmación absoluta de la verdad sin reflexión, la inspiración, el entusiasmo, es una verdadera revelación. He aquí por qué, quien en la cuna de la civilización posee en más alto grado que sus semejantes el maravilloso don de la inspiración pasa en opinión de todos por confidente e intérprete de Dios. Lo es para los demás, señores, porque lo es para sí mismo; y lo es para sí mismo, porque en efecto lo es en sentido filosófico. He aquí el origen sagrado de las profecías, de los pontificados y de los cultos.

Observad también, señores, un particular efecto del fenómeno de la inspiración. Cuando el hombre, apremiado por la aprehensión viva y rápida de la verdad, transportado por la inspiración y el entusiasmo, intenta traducir al exterior lo que dentro de sí sucede, intenta expresarlo mediante palabras, sólo puede expresarlo con palabras del mismo carácter que el fenómeno que tratar de comunicar. La poesía es la forma necesaria, la lengua de la inspiración, y la palabra primitiva es un himno. Nosotros no comenzamos por la prosa, sino por la poesía, porque no comenzamos por la reflexión, sino por la intuición y la afirmación absoluta.

Se sigue también que no comenzamos por la ciencia, sino por la fe, por la fe en la razón, pues no existe otra. En efecto, en el sentido más estricto, la fe implica una creencia sin límites, con la sola condición de que sea en algo que no sea nosotros mismos, y que, por consecuencia, llegue a ser para nosotros una autoridad sagrada a la cual invoquemos contra los demás y contra nosotros mismos, convirtiéndose en regla y medida de nuestra conducta y de nuestro pensamiento. Luego, ese carácter de la fe, que más tarde, en la lucha de la

Digitized by Google

religión y de la filosofía, se opondrá a la razón, ese carácter es precisamente un carácter esencial a la razón; pues, si es cierto que no tenemos fe más que en aquello que no somos nosotros, y que debe ser impersonal toda autoridad que en nosotros reine, también es cierto que nada es menos personal que la razón, la cual no nos pertenece propiamente, siendo precisamente ella, ella sola, quien al desarrollarse nos revela desde lo alto las verdades que nos impone inmediatamente y que nosotros aceptamos al principio sin consultar la reflexión. ¡Fenómeno admirable e incontestable, que identifica la razón y la fe en la aprehensión primitiva, irresistible e irreflexiva de la verdad!

Para abreviar y para entendernos con pocas palabras en cuanto seguirá, llamo espontaneidad de la razón a ese desarrollo de la razón anterior a la reflexión, a ese poder que tiene la razón para aprehender ante todo la verdad, para comprenderla y admitirla, sin pedirse ni darse cuenta.

Esta misma razón espontánea, reglada y medida de la fe, es la que más tarde y a manos de la reflexión engendrará con ayuda del análisis lo que la filosofía llamará y ha llamado categorías de la razón. Mediante su propia virtud, el pensamiento espontáneo e instintivo entra en ejercicio y nos da ante todo nosotros mismos, el mundo y Dios; nosotros y el mundo con límites confusamente aprehendidos, y Dios sin límites; el todo se da en una síntesis donde lo claro y lo oscuro aparecen confundidos. Poco a poco la reflexión y el análisis enfocan su luz sobre este fenómeno complejo; entonces todo se aclara, se pronuncia y se determina; el yo se separa del no-yo, el yo y el no-yo en su oposición y relación nos dan una idea clara de lo finito; y como lo finito no puede bastarse a sí mismo, supone y llama a lo infinito, y he aquí las categorías del yo y del no-yo, de lo finito y de lo infinito, etc. ¿Pero cuál es la fuente de estas categorías? La aprehensión pri-

Digitized by Google

mitiva. Su primera forma no fué en modo alguno la reflexión, sino la espontaneidad; y como en la reflexión no hay algo más que en la espontaneidad, ni en el análisis que en la síntesis primitiva, las categorías, aun en su forma ulterior, desarrollada, científica, no contienen nada que la inspiración no contuviera. ¿Y cómo habéis obtenido las categorías? Una vez más, las habéis obtenido mediante el análisis, es decir mediante la reflexión. Pero la reflexión tiene por elemento necesario la voluntad, y la voluntad es la personalidad, sois vosotros mismos. Por tanto, las categorías obtenidas mediante la reflexión, por su relación con la reflexión, la voluntad y la personalidad, tienen el aire de ser personales; y de tal modo tienen este aire, que se ha hecho de ellas leyes de nuestra naturaleza, sin explicarse demasiado cuál sería nuestra naturaleza; y el mejor analista moderno, Kant, después de haber separado para siempre todas las categorías de la sensación y de todo elemento empírico, después de haberlas enumerado y clasificado, atribuyéndolas una fuerza irresistible, como Kant las encuentra en el fondo de la conciencia, que es donde yace toda personalidad, las refiere a la naturaleza humana y concluye que no son otra cosa que leyes de nuestra persona; y como somos nosotros quienes formamos el sujeto de nuestra conciencia, Kant las llama subjetivas en su vocabulario, leyes subjetivas, es decir personales; de suerte que, cuando las transportamos a la naturaleza exterior, según él no hacemos otra cosa que transportar el sujeto al objeto, y para hablar alemán, objetivamos las leyes subjetivas del pensamiento sin llegar a una objetividad legítima y verdadera. Después de haber arrancado las categorías al sensualismo, Kant les ha dejado ese carácter de subjetividad que tienen en la reflexión. Ahora bien: si son puramente subjetivas, personales, no tenéis el derecho de transportarlas fuera de vosotros, fuera del sujeto para el cual están hechas; así el mundo exterior que os da su aplicación podrá ser una creencia invencible, pero no un ser existente en sí mismo; y Dios

Digitized by Google

también podrá ser para vosotros un objeto de fe, pero no un objeto de conocimiento. Después de haber comenzado por el idealismo, Kant desemboca en el escepticismo. El problema en el cual este grande hombre ha naufragado es el mismo problema que la filosofía moderna halla aún ante sí. Yo le he dado hace tiempo una solución que el tiempo no ha alterado. Esta solución consiste en la distinción de la razón espontánea y la razón reflexiva. Si bajo su profundo análisis hubiera visto Kant la fuente de todo análisis; si hubiera visto bajo la reflexión el hecho primitivo y cierto de la afirmación pura, habría visto que no hay nada menos personal que la razón, sobre todo en el fenómeno de la afirmación pura; y que, por consecuencia, nada es menos subjetivo, y que las verdades que así nos son dadas son verdades absolutas: subjetivas, convengo en ello, por su relación al yo en el fenómeno total de la conciencia, pero objetivas en cuanto que son independientes. La verdad es absoluta, independiente de nuestra razón, así como lo que se llama nuestra razón es verdaderamente distinto de nosotros mismos. La razón no es subjetiva; el sujeto es el yo, es la persona, la libertad, la voluntad. La razón no tiene carácter alguno de personalidad y de libertad. ¿Quién ha dicho jamás «mi verdad», «vuestra verdad»? Lejos de poder constituir las verdades que la razón nos descubre, es nuestro honor y nuestra gloria el poder participar en ellas.

Resumamos. El carácter de espontaneidad de la razón es la demostración de la independencia de las verdades aprehendidas por ésta. Sí, señores, cuando hablamos del mundo, no hablamos de él basados en la fe sobre nosotros mismos, pues nos apoyaríamos entonces en una autoridad extraña e incompetente, sino que hablamos de él basándonos en la fe de la razón en sí misma, la cual domina la naturaleza tanto como la humanidad. Cuando hablamos de Dios tenemos derecho a hablar de Él porque hablamos conforme a Él mismo, conforme a

Digitized by Google

la razón que le representa. Estamos, pues, en la verdad, en la esencia y en la substancia de las cosas; y estamos en ella en virtud de la razón, la cual es en su principio la substancia verdadera y la esencia absoluta.

El hecho que acabo de señalaros, señores, es un hecho universal. La reflexión, la duda, el escepticismo, pertenecen a algunos hombres; la aprehensión pura, la fe espontánea pertenece a todos. La espontaneidad es el genio de la humanidad, como la filosofía es el genio de algunos hombres. En la espontaneidad apenas existe diferencia de hombre a hombre. Existen sin duda naturalezas más o menos felizmente dotadas, en las cuales el pensamiento se ilumina más fácilmente y la inspiración se manifiesta con más esplendor; pero, en fin, el pensamiento se desarrolla espontáneamente con mayor o menor energía en todos los seres pensantes, y esta identidad de la espontaneidad en la raza humana unida a la identidad de la fe absoluta que engendra, constituyen la identidad del género humano. ¿Quién no cree, tomándose en el hecho del ejercicio espontáneo de su inteligencia, quién no cree en sí mismo, en el mundo? Esto es evidente para nuestra existencia personal y para la del mundo. Pues bien, sucede lo mismo respecto a la existencia de Dios. Leibniz ha dicho: Hay ser en toda proposición. Pero una proposición no es otra cosa que un pensamiento expresado, y en toda proposición hay ser porque hay ser en todo pensamiento. Luego la idea del ser, en su grado más bajo, implica una idea más o menos clara pero real del ser en sí, es decir de Dios. Pensar es saber que se piensa, es fiarse en su pensamiento, es fiarse en el principio del pensamiento, es creer en el principio del pensamiento, es creer en la existencia de este principio; como no es un creer ni en sí ni en el mundo, y como es creer sin embargo, es evidente que es un creer — se sepa o se ignore — en el principio absoluto del pensamiento; de suerte que todo pensamiento implica

Digitized by Google

una fe espontánea en Dios, y no existe ateísmo natural. No solamente digo que no existe lengua en la cual esté ausente este nombre, sino que si se pusieran ante mis ojos diccionarios que lo desconocieran yo no quedaría turbado y preguntaría sólo esto: Cualquiera de los hombres que hablen esa lengua, ¿piensa y tiene fe en su pensamiento? ¿Cree, por ejemplo, que él existe? Si cree esto me es suficiente; pues, si cree que existe, cree por tanto que el pensamiento de creer que existe es digno de fe; luego hay fe en el principio del pensamiento; por consiguiente, en él está Dios. Precisamente porque en todo pensamiento está la fe en el principio del pensamiento, creo que toda palabra pronunciada con confianza no es nada menos que una profesión de fe en el pensamiento, en la razón en sí, es decir en Dios. Toda frase es un acto de fe; y esto es tan exacto que en la aurora de las sociedades toda frase primitiva es un himno. Buscad en la historia de las lenguas, de las sociedades, en toda época primitiva y no hallaréis nada que sea anterior a su elemento lírico, a los himnos, a las letanías. Tan cierto es, que toda concepción primitiva es una aprehensión espontánea, sellada por la fe; una inspiración acompañada de entusiasmo, es decir un movimiento religioso. En ella, señores, lo repito, está la identidad del género humano. Por todas partes y bajo su forma instintiva y espontánea, la razón es igual a sí misma en todas las generaciones de la humanidad y en todos los individuos de los cuales esas diversas generaciones se componen. Quienquiera no haya sido desheredado del pensamiento tampoco ha sido desheredado de las ideas que despiertan su desarrollo más inmediato, y que la ciencia presentará más tarde con todo aparato y bajo el título ostentoso de categorías. Bajo su forma ingenua y primitiva, esas ideas son las mismas por todas partes. Es en cierto modo el estado de inocencia, la edad de oro del pensamiento. Respetad por tanto, señores, respetad la humanidad, toda la cual posee la verdad bajo esta forma. Respetad la humanidad en todos sus miembros,

Digitized by Google

pues en todos sus miembros está el rayo divino de la inteligencia y una confraternidad esencial en la unidad de las ideas fundamentales que derivan del desarrollo más inmediato de la razón.

Sin embargo, señores, bajo esta unidad existen diferencias; existen en el género humano, de siglo en siglo, de pueblo en pueblo, de individuo en individuo, diferencias manifiestas. No deben negarse, sino que deben comprenderse e investigar de dónde vienen. ¿De dónde pueden venir? De una sola causa. La razón se desarrolla de dos maneras: espontánea o reflexivamente. No existe otra forma de pensamiento: espontaneidad o reflexión, aprehensión y afirmación pura de la verdad con seguridad perfecta, no sólo sin ninguna mezcla de duda, sino sin la misma suposición de una posibilidad de negación, o concepción necesaria de la verdad después del intento de una negación confesa de absurdidad y rechazada, síntesis primitiva y oscura, o análisis claro y más o menos perfecto. Ahora bien: hemos visto que la espontaneidad no admite apenas diferencias esenciales. Por tanto, las diferencias sorprendentes que se manifiestan en la especie humana nacen de la reflexión. Un análisis serio de la reflexión cambia esta inducción en hecho certero.

¿A condición de qué reflexionáis? A condición de la memoria. ¿A condición de qué existe la memoria? A condición del tiempo, es decir, de la sucesión. La reflexión considera los elementos del pensamiento sucesivamente, y no todos a la vez. Si los considera sucesivamente, los considera, por un momento al menos, aisladamente; y como cada uno de estos elementos es importante en sí mismo, puede ser tal el efecto que produzca sobre la reflexión que ésta tome ese elemento particular del fenómeno complejo del pensamiento como siendo el pensamiento entero y el fenómeno total. Este es el peligro de la reflexión; es en esta posibilidad donde

Digitized by Google

yace la posibilidad del error, y es en esta posibilidad del error donde reside la posibilidad de las diferencias. No hay diferencia alguna en la aprehensión de la verdad, o bien estas diferencias son muy poco importantes; es en el eror, esencialmente móvil y diverso, donde puede darse la diferencia, y el error nace de una visión incompleta y parcial de la cosa. Repito, señores, que en ello reside toda posibilidad de error; por consecuencia, reside en la reflexión. Pero sin la reflexión tampoco habría jamás esa alta claridad que resulta de un examen sucesivo y alternativo de los diferentes puntos de vista de un hecho, de un problema, de una cosa. Sin la reflexión el hombre sólo representaría un débil papel en la aprehensión de la verdad; no tomaría posesión de ella, no se la apropiaría, como se la apropia mediante la reflexión. Por tanto, se trata de un alto y excelente desarrollo de la razón humana, y es bueno que este desarrollo tenga lugar, incluso a condición de todos los azares de error.

Si todo azar de error reside solamente en esto, se sigue que el error no es ni puede ser jamás una extravagancia completa, un delirio total; pues un delirio total, aun en el caso de la locura real, sería imposible. En efecto, ¿a condición de qué puede haber error? A condición de que haya en él pensamiento y conciencia. ¿A condición de qué puede haber en él conciencia? A condición de que haya en la conciencia alguno de los elementos necesarios de esta conciencia. Si, por ejemplo, no creéis al menos en vosotros mismos, no aprehenderéis nada, no pensaréis nada, y no habrá conciencia alguna. No perdáis esto de vista. Para que haya conciencia, incluso con aberración, es preciso que haya por lo menos conciencia de uno de los elementos de la conciencia; por tanto, es preciso que haya aprehensión de alguna cosa real, es decir, de alguna verdad. Por consecuencia, el error no es un error total y absoluto, pues en el error total y absoluto perecería la propia posibilidad de la conciencia. En ella sólo es posible un error particular. Y si sólo es posible un error particular, se

Digitized by Google

sigue que al lado del error siempre habrá alguna aprehensión de verdad. Así, por ejemplo, la reflexión, aplicándose a la conciencia e intentando la hipótesis de la duda y de la negación, logra no admitir uno de los términos de la conciencia, supongamos que lo infinito, y se detiene en lo finito. He aquí lo infinito negado, rechazado. Sea. Pero la conciencia no queda destruída, pues subsisten todos los demás elementos. Al lado de este error habrá la creencia en el mundo exterior y la creencia en sí mismo. El error recae sobre un punto, la aprehensión de la verdad recae sobre otro; pero hay aún, habrá siempre, verdad en la conciencia. Se me objetará con el escéptico absoluto, con aquel que lo niega todo. Responderé como en mi última lección: ¿Niega que niegue? ¿Duda de que duda? No pregunto más que esto. Si cree que duda, afirma que duda; pues si afirma que duda, afirma que existe en tanto que duda. Cree, pues, en sí mismo. Esto ya es algo. Y me encargaría así de ir restableciendo sucesivamente todos los elementos de la creencia general. En sus aberraciones más raras, la reflexión siempre es reductible, porque sus aberraciones siempre son parciales. Siempre hay recursos allí donde queda algún elemento de verdad; y no puede dejar de haber algún elemento de verdad en el pensamiento, incluso para el escepticismo más absoluto en apariencia. En días de crisis y de agitación, la duda y el escepticismo entran con la reflexión en muchos espíritus excelentes que gimen y se espantan de su propia incredulidad. Pues bien: yo tomaré su defensa contra ellos mismos; yo les demostraré que siempre creen en algo. Tomad las cosas por su buen lado, señores. Cuando os falte la verdad sobre un punto y no os falte sobre otro, vinculaos a esa parte de la verdad que poseéis y engrandecedla sucesivamente. De igual modo, cuando veáis a uno de vuestros semejantes que, no pudiendo negarse a sí mismo (pues sería de una dificultad casi inimaginable), se pone a dudar de la existencia del mundo (lo cual tampoco es muy corriente) y sobre todo de la existencia de Dios (lo que parece

Digitized by Google

más fácil y más frecuente, sin serlo mucho más), decid entonces y repetidlo constantemente que ese ser no está degradado, que cree aún, puesto que todavía afirma algo, que por tanto tiene fe, si bien esta fe recae y se concentra sobre un solo punto; y, en lugar de considerarle sin cesar como un ateo, como un escéptico, por la fe que le falta, consideradle más bien por la que le queda, y veréis que en la reflexión más parcial, más limitada, más escéptica, siempre queda un elemento considerable de fe y de vigorosas y extensas creencias. Esto en cuanto a la reflexión. Pero bajo la reflexión aun está la espontaneidad; y, cuando el sabio ha negado la existencia de Dios, escuchad al hombre, interrogadle, sorprendedle, y veréis que todas sus palabras implican la idea de Dios, que la fe en Dios reside sin saberlo en el fondo de su corazón. En fin, y para resumir, siempre está ahí la espontaneidad indestructible del pensamiento, el cual produce y sostiene todas las verdades esenciales, incluso bajo la reflexión más escéptica; y además, en la reflexión el error jamás se da por entero, sólo es parcial; proviene de la sucesión necesaria de los elementos de la conciencia y del pensamiento, bajo la mirada penetrante pero limitada de la reflexión.

Transportad a la escena de la conciencia universal, al gran teatro de la historia, cuanto acabo de mostraros en la reducida escena de la conciencia individual. También se da en ella la unidad del género humano con sus diferencias, las cuales se engrandecen en proporción a la escena, pero no cambian de naturaleza.

Los diferentes elementos de la conciencia del género humano no se desarrollan en el tiempo, en la historia, sino a condición de ser sucesivos, por tanto a condición de aparecer uno después de otro. Luego, en el momento en que uno de ellos aparece el otro no ha aparecido aún. El género humano, que espontáneamente cree en todo, sin distinguir nada, en el momento en que aparece uno de ellos se preocupa reflexivamente por este elemento, y

Digitized by Google

en su debilidad no ve más que éste. Tiene razón en creer que este elemento existe, pero se equivoca en creer que existe sólo éste. De ahí el error. Tampoco ahora es el error una extravagancia; es únicamente una visión incompleta.

Pero este elemento particular que aparece en la escena de la historia, en tanto que parcial y circunscrito, no puede ser suficiente a la duración del tiempo; y por consecuencia, después de haber aparecido está condenado a desaparecer; puesto que ha comenzado a ser, debe perecer. Sólo lo que no comienza a ser no deja de ser, es infinito, universal, absoluto. Lo que constituye la identidad del género humano, es decir la verdad, ni ha comenzado un día ni perecerá jamás. Lo que comienza y termina son las diferencias, es decir los errores. La primera diferencia es flor de un día, viene y desaparece; luego se presenta otra diferencia que tiene el mismo destino, otro elemento que nos ilusiona a igual título y se desvanece a su vez. Nos detenemos en éste como nos hemos detenido en el primero. No estamos equivocados, repito, por creer en él; pero estamos equivocados por creer en él solamente. Por tanto, nueva verdad y al mismo tiempo nuevo error. Entendedme bien, señores, todo es verdad tomado en sí; pero lo que tomado en sí es verdadero, puede llegar a ser falso si se considera exclusivamente. Toda nueva verdad que aparece en el escenario de la historia es un nuevo error, y todo error es una verdad, hasta que de verdades incompletas en verdades incompletas, es decir, de errores en errores, el círculo de verdades y de errores se realiza, los diferentes elementos del pensamiento se manifiestan, se redimen, se aclaran y llegan a su completo desarrollo.

A primera vista, ¿qué se percibe en la historia? No se perciben más que particularidades: primero tal pueblo, luego tal otro, tal época, tal sistema; siempre particularidades. Nada existe realmente sino bajo la condición de la particularidad. Toda particularidad nace y, por consecuencia, declina. Por tanto, es vana toda parti-

Digitized by Google

cularidad; por tanto, no percibiréis en la historia otra cosa que ilusiones, al mismo tiempo que bajo otro punto de vista no percibiréis más que verdades. La historia es una sucesión de verdades y una sucesión de errores; es esa su forzada condición, pues la condición de la historia es la sucesión; la condición de la sucesión es la particularidad, la condición de la particularidad es el error, la diversidad del error, la oposición, la contradicción, la miseria. Lo que en la reflexión individual era sucesión y división es en la historia la lucha y la guerra. La guerra es el gran carácter que presenta la historia, un espectáculo a primera vista lleno de tristeza. Quien no posee el secreto de los movimientos de la historia, quien no sabe que todo error encierra una verdad cuyo solo defecto es el ser incompleta, al contemplar la historia cree que el género humano está en perpetuo error, y no ve más que errores luchando entre sí; y como no hay probabilidad de que esto termine y de que el género humano, después de haber estado hasta el año 1828 en perpetuo flujo y reflujo de ilusiones contradictorias, logre por fin la verdad y la paz, el error y la discordia se propaga en cierto modo del pasado al porvenir y sumen al espectador en profunda melancolía. Es muy natural este parecer; casi es inevitable al comienzo de la reflexión y de los estudios históricos; pero no debe sucumbirse a él, sino que es preciso decirse que todo error no es más que una apariencia e implica una verdad, y que el error, si puedo expresarme así, es la forma de la verdad en la historia. Todos estos errores, es decir todas estas verdades, se suceden, comienzan y perecen, se contradicen y se destruyen; las épocas se empujan y devoran sucesivamente. Pues bien: eso es un bien. ¿Por qué? Porque bajo esta condición, bajo esta sola condición, se desarrollan los elementos fundamentales de la humanidad. ¿Sabéis qué se precisa para que conozcáis una cosa? ¿Sabéis qué se precisa para que conozcáis lo que pasa en vuestra conciencia? Se precisa que se aplique a ello la reflexión; y la condición de la reflexión es el considerar las cosas

Digitized by Google

una a una, el no poder eludir el tiempo para conocer y saber. De igual modo, una idea sólo aparece en el escenario de la historia en su particularidad para que se desarrolle, para que todos sus momentos esenciales, todos los poderes ocultos que guarda en su seno maduren y se manifiesten. Toda idea cuyo desarrollo no ha sido agotado todavía es desconocida bajo algún aspecto; no conocéis un principio sino a condición de conocer todas sus consecuencias; digo todas sus consecuencias, pues si os falta una sola habrá en ese principio algo esencial que ignoraríais, un aspecto de la verdad que no estaría develado. Para conocer todos los repliegues de una idea hay que considerarla totalmente aislada, hay que separarla de todas las demás, tomarla como un todo, para considerarla en su comienzo, en su medio y en su fin; sólo entonces, exclusivamente considerada, la habéis profundizado y sabéis lo que es, apareciendo desnuda a vuestra vista. Así se realiza cada idea en la historia: se despliega aislada y sucesivamente, y cuando ha agotado su desarrollo, cuando todos sus puntos de vista se han manifestado, ya ha representado su papel en el teatro del mundo y deja la escena a otra, la cual sigue el mismo destino. ¿Os repugna esta movilidad, este perpetuo cambio? ¿Sabéis entonces qué es lo que os repugna? Os repugna la ilustración, el conocimiento, la ciencia. La ciencia sólo se adquiere laboriosamente, con el sudor de nuestra frente, a condición del perpetuo trabajo de la humanidad. La espontaneidad es la inocencia, la edad de oro del pensamiento; pero la virtud vale más que la inocencia, y la virtud impone una lucha perpetua. La historia, señores, no tiene edad de oro; comienza en la edad de piedra con las diferencias y las contradicciones del tiempo y del movimiento. Somos tan débiles que para nosotros el conocer a fondo una cosa supone la condición de ignorar otras. La condición del conocimiento profundo de un elemento en todos sus momentos fundamentales es la visión exclusiva del mismo. No olvidéis, en fin, que si todos estos puntos de vista, todos esos sistemas, todas esas épocas —

Digitized by Google

excelentes en sí mismas, pero incompletas —, se destruyesen entre sí, habría aún algo que les ha precedido y que les sobrevive, a saber: la humanidad. La humanidad abarca todo, se aprovecha de todo, y siempre avanza a través de todo. Y cuando digo la humanidad, digo todos los poderes que la representan en la historia, la industria, el Estado, la religión, el arte, la filosofía. Respecto a la filosofía, por ejemplo, la razón avanza sin cesar. No puede perecer en el movimiento de la historia, puesto que no ha nacido. El platonismo ha comenzado y ha tenido su fin. Es una desgracia, si se quiere. ¿Pero, para quién? Para el platonismo, y no para la humanidad; pues después de Platón ha venido Aristóteles, y la humanidad, sin perder al primero, ha ganado al segundo. ¿O es que Platón se ha perdido para la humanidad? ¿No ha dominado en su tiempo? ¿No ha impreso a su siglo un movimiento que ha dejado huella? ¿No ha depositado en la historia un elemento memorable? Aristóteles y el peripatetismo han depositado en ella otro elemento nuevo. Es así, de elemento en elemento, unidos los unos a los otros, como se va enriqueciendo el tesoro de la historia. La historia es un juego donde todos pierden sucesivamente, excepto la humanidad, quien gana siempre, tanto con la ruina del uno como con la victoria del otro. Las revoluciones tienen a gala el sucederse, pero todas están dominadas por la humanidad. En efecto, la humanidad es superior a todas las épocas. ¿Qué hacen todas las épocas? Aspiran a substituir a la humanidad; miden su duración e intentan llenarla: aspiran a dar una idea completa de la humanidad. ¿Qué hacen las diferentes filosofías? Aspiran a dar una representación completa de la razón. Por tanto, cada filosofía es buena en su lugar y en su tiempo, y también es bueno que todas se sucedan y reemplacen. De igual modo, en la historia general todo se sucede, todo se destruye, todo se desarrolla y tiende al cumplimiento del fin histórico.

¿Cuál es este fin? ¿Cuál es el fin de la humanidad y de la vida? ¿Nos contentaremos, señores, con ese lugar común de la perfectibilidad indefinida? ¿Pero, qué es

Digitized by Google

una perfección indefinida? Se concibe el perfeccionamiento de un ser, una vez definido y asignado el tipo de perfección de ese ser. Definido el tipo, está dado el fin de su perfeccionamiento; pues éste puede tener su plan, sus leyes, su progreso regular y graduable, su punto de partida. Pero cuando el fin es indefinido, ¿quién puede medir y determinar la ruta? ¿Y qué es el perfeccionamiento para quién no sabe en qué consiste la perfección? Es preciso establecer de modo absoluto en qué consiste, o no hablar más de una perfectibilidad sin fin, sin medida posible, es decir ininteligible. He aquí a qué se condena, si se entiende por indefinido lo no definido, lo no definible. ¿Se entiende de otro modo? ¿Quiere decirse que la humanidad es perfectible con perfectibilidad infinita? Repugna creerlo. Sin embargo es lo que se está forzado a concluir de las declamaciones corrientes sobre esta materia. No invento nada, señores; se ha dicho, en efecto, que la perfectibilidad era indefinida, es decir ilimitada; y como se presentaba de modo natural la objeción de la vida física con sus breves límites, amenazando abatir la hipótesis, se ha exagerado la quimera de la perfectibilidad hasta el punto de asegurar (me es difícil repetirlo) que no solamente la vida física del hombre llegará a aumentar más o menos años, sino que con el progreso de las ciencias naturales y con una sabia filosofía se dilatará casi indefinidamente, y de este modo casi alcanzaremos la inmortalidad en este mundo. Pero esta esperanza es excesiva. Ciertamente, el hombre es perfectible, pero en un sentido muy diferente. La humaniad tiene su fin, y por tanto camina sin cesar y regladamente desde su punto de partida al fin marcado: se perfecciona. El perfeccionamiento proviene del fin superior que persigue, tanto en cada época dada como en el conjunto de la historia. Esta es su perfectibilidad, no existe otra. No es lícito imaginarse que el hombre cobrará con el tiempo una nueva naturaleza, la cual adquirirá nuevos elementos con nuevas leyes. El hombre cambia mucho, pero no cambia fundamentalmente; el hombre está dado con sus

Digitized by Google

límites necesarios en su naturaleza, inteligencia y constitución física. No es infinito, sino finito, el desarrollo de su inteligencia; es mensurable por la naturaleza misma de esta inteligencia y por su alcance. Además hemos visto que no puede haber en la inteligencia humana más que tres ideas. Aunque la reflexión pudiera aplicarse a la conciencia durante millares de siglos, la desafío a que pueda ver otra cosa que lo que es, es decir, los tres elementos diversamente combinados. Y las combinaciones no son inagotables. Una vez que tenéis los elementos justos de la combinación podéis calcular todos los modos. Si la reflexión no puede añadir a la conciencia un solo elemento, la historia no podrá añadir un solo elemento a la naturaleza humana. La desarrolla y eso es todo. He aquí su solo poder, y por consecuencia su solo fin. El fin de la historia y de la humanidad no es otra cosa que el movimiento del pensamiento, el cual aspira necesariamente a conocerse completamente, y no pudiendo conocerse completamente sin haber agotado todos los puntos de vista de sí mismo, tiende, de punto de vista en punto de vista, mediante un progreso mensurable, a la visión total de sí mismo y de todos sus elementos substanciales sucesivamente redimidos, iluminados por sus contrastes, por sus conciliaciones momentáneas y por sus nuevas luchas. Tal es el fin general de la historia y de la humanidad. Una vez asignado este fin y determinado este tipo de perfección es determinable el movimiento de la humanidad y de la historia para alcanzarle. El perfeccionamiento progresivo es cierto, pero es definible, es finito; tiene por medida y por límite la naturaleza humana, la propia naturaleza del pensamiento. Lo repito: aunque el individuo dure diez siglos y la humanidad millones de años, ni el individuo ni la humanidad lograrían dar un solo elemento nuevo. El individuo nace, y porque nace muere, diga lo que quiera Condorcet. Si la razón comienza a aprehender tal idea particular, la agotará y dejará de considerarla. Si tal pueblo cumple la idea que está llamado a realizar, pasará después de haber realizado esta idea.

Digitized by Google

El sistema del empirismo y de la sensación podrá ser muy vasto; pero, no obstante, no basta al pensamiento: nació un día y pasará como otros muchos sistemas. ¡Digo!: pese a la inmortalidad que se había prometido, ha pasado o se ha oscurecido ya. Es bajo esta condición como se cumple el círculo de la historia, que es el círculo del pensamiento. Digámoslo una vez más: este círculo está dado. En efecto, ¿cuántos elementos hay en el pensamiento? Ya lo habéis visto: tres, ni más ni menos, a saber: lo finito, lo infinito, y la relación de lo finito con lo infinito. Por tanto me parece absolutamente imposible que pueda haber más de estos tres caracteres, más de estos tres puntos de vista en el desarrollo del pensamiento y de la humanidad. Por consecuencia, sólo habrá tres grandes épocas. No hago más que enumerar estas tres grandes épocas sin ponerlas en orden determinado: habrá necesariamente una época en la cual el género humano estará preocupado sobre todo de tal idea particular, de la idea de lo finito por ejemplo, y dará a todas sus creaciones y concepciones ese carácter exclusivo; o bien, deslumbrado exclusivamente por la idea de lo infinito, las dará a todas este único carácter; o bien, en fin, después de haber conocido y agotado en su particularidad — es decir, en su verdad y en su error al mismo tiempo — estas dos ideas aisladas, intentará averiguar su verdadera relación. No puede haber más que tres épocas. Cada una de ellas será más o menos comprensiva, pero no puede haber más. Es esto lo que se trata de establecer, así como el orden de estas tres épocas. Este será el tema de mi próxima lección.

Digitized by Google

APÉNDICE

Digitized by Google

FRAGMENTOS DE LA LECCIÓN SÉPTIMA

I

La humanidad, encontrándose ante todo necesariamente débil y miserable, no se toma en serio y apenas presta atención a sí misma. Una vez desvinculada del principio eterno de las cosas, no es ella misma lo que la preocupa, sino el principio al cual se atiene aún; es para sí misma como si no existiera. Sostengo, pues, que la primera época de la humanidad debe ser necesariamente el predominio de la idea de infinito, de la idea de unidad, de la idea de lo absoluto y de la eternidad. Es ésta una época de inmovilidad para la raza humana. La vida, esta vida fugitiva de la cual no goza aún, sólo le parece un miserable reflejo de la eternidad. Como se cree débil, no produce más que cosas débiles, limitadas, miserables, que se suman a la conciencia que tiene de su impotencia, adentrándose más y más en el sentimiento de su miseria y debilidad. Pero poco a poco, después de haber vivido en este mundo como en una tumba, como en una prisión, se da cuenta sin embargo de que esta tumba, esta prisión es muy amplia; se mueve por ella poco a poco, se agita con la libertad que le es propia, y al fin con la grandeza que es inherente a su libertad; esta libertad se fortifica por el ejercicio, se acrece, produce maravillas. Entonces la humanidad se toma en serio. Concibe su importancia, concibe la be-

Digitized by Google

lleza de la vida y del mundo, la grandeza de la creación; y el encanto de la creación, del mundo y de la vida, el sentimiento embriagador de su fuerza le hace olvidar todo lo demás. Entonces llega necesariamente la época de la personalidad y de lo finito, y ahora concibiréis que esta época debe ser la segunda y no la primera. Cuando estas dos épocas hayan cumplido su tarea, vendrá una tercera que ya no será ni puede ser el dominio de lo infinito ni el de lo finito. La humanidad no retrocede jamás, sino que después de haber agotado los extremos, conociéndose en toda su fuerza y en toda su debilidad, llega a la concepción tardía de la relación necesaria de lo finito con lo infinito. De ahí una época que, sin ser la primera ni la segunda, tiende a una conciliación de ambas.

II

La primera época de la humanidad engendra la segunda, la engendra en sentido propio; es decir, que los resultados de todas clases producidos por la primera, la industria, el Estado, el arte, la religión, la filosofía, devienen el germen de la segunda, la base sobre la cual ésta trabaja y de la cual saca un desarrollo completamente diferente; y los restos fecundos de las dos primeras, combinados entre sí, sirven de cuna y de raíz a la tercera. Así, la historia es una geometría inflexible; todas sus épocas, su número, su orden, sus desarrollos relativos, están escritos en lo alto con caracteres indelebles; y la historia no es solamente una geometría sublime, sino también una geometría viviente, un todo orgánico cuyos diversos miembros son, como en la verdadera fisiología, totalidades reales, con vida aparte, y que al mismo tiempo se penetran tan íntimamente que todos conspiran a la unidad de la vida general. La verdad de la historia es la expresión de esta vida general. No se trata, pues, de una verdad muerta que

Digitized by Google

tal o cual siglo pueda aprehender, sino que cada siglo la engendra sucesivamente, y sólo el tiempo la saca por completo del armónico trabajo de los siglos.

III

Como la humanidad es el resumen del universo, el cual es una manifestación de Dios, se sigue que en último término la historia es nada menos que la última repercusión de la acción divina. El admirable orden que en ella reina es un reflejo del orden eterno; la necesidad de sus leyes tiene por último principio a Dios mismo, considerado en sus relaciones con el mundo y particularmente con la humanidad, que es la última palabra del mundo. Ahora bien: Dios, considerado en su acción perpetua sobre el mundo y sobre la humanidad, es la Providencia. Porque Dios o la Providencia está en la naturaleza, ésta tiene leyes necesarias, que el vulgo llama fatalidad; y porque la Providencia está en la humanidad y en la historia, la humanidad tiene leyes necesarias, y la historia su necesidad. Esta necesidad que el vulgo confunde con la fatalidad exterior y física, que no existe, y por medio de la cual designa y desfigura la Sabiduría divina aplicada al mundo, esta necesidad es la demostración sin réplica posible de la intervención de la Providencia en los asuntos humanos, la demostración de un gobierno del mundo moral. Los grandes hechos de la historia son los decretos de este gobierno, revelados a la humanidad por su propia historia y promulgados por la voz del tiempo. La historia es la manifestación de los designios providenciales de Dios sobre la humanidad; los juicios de la historia son los juicios del propio Dios.

Digitized by Google

IV

Considero la idea del optimismo histórico, la idea de un plan general de la historia, como la más alta idea que la filosofía haya alcanzado. Sólo esta idea hace posible una filosofía de la historia. Es la conquista de nuestro tiempo. Es suficiente para dar ese carácter de superioridad que debe tener el último llegado de la especie humana. Ella sola bastaría para agradecer a la Providencia el habernos hecho nacer en una época en la cual se comienza finalmente a comprender y a amnistiar la existencia en todos sus momentos, y, por consecuencia, a comprender y a reverenciar más a Aquél que la ha creado.

FIN

Digitized by Google